

Sophie Saint Rose

Pap

argilla

Por orgullo

Sophie Saint Rose

Capítulo 1

Xana le guiñó un ojo a uno de los clientes habituales y metió la propina en el balón de cristal, que tenía al lado de la caja, haciéndole reír. Se apartó su flequillo castaño de su corte cleopatra dándose la vuelta, para ver a dos tipos al fondo de la barra que estaban a punto de pelearse. Más bien un grandullón se estaba metiendo con un chico que no tenía pinta de saber ni dónde estaba. Caminó con chulería hasta allí, moviendo las caderas mostrando la minifalda negra que apenas le cubría el trasero, y apoyó las manos en la barra de mármol blanco, levantando una ceja. Les fulminó con sus ojos verdes. —¡Eh!

El grandullón sonrió empujando al chaval hacia atrás y apoyó el codo sobre la barra sonriendo. —Hola, preciosa. —Pasó su mirada por sus pechos cubiertos por el top blanco con el logo del local. —¿A qué hora sales? —gritó por encima de la música.

Xana sonrió apoyando los codos en la barra y cerca de su cara le dijo en el mismo tono. —Cuando maduras.

Los que estaban alrededor se echaron a reír y él perdiendo la sonrisa se enderezó. Ella hizo lo mismo. —¡Ahora lárgate de mi barra antes de que llame a seguridad!

—¡No he hecho nada!

—Este es un local de nivel. ¡No queremos camorristas!

El chico la miró asombrado porque el grandullón le sacaba la cabeza y ella no parecía intimidada en absoluto. Xana le sonrió. —¿Qué quieres tomar, guapo?

—¡Eh, que estaba yo primero! —Volvió a empujar al chico y Xana se cabreó.

—¿Qué pasa? ¿Qué en ese cabezón no tienes dos neuronas? ¡Te he dicho que te largues de mi barra!

—¡Serás zorra! ¡Me vas a servir porque es tu trabajo! —dijo amenazante. Alargó la mano e intentó cogerla por la camiseta, pero ella fue más rápida y cogió una botella estrellándosela en la cabeza.

Dos de seguridad llegaron corriendo y le sujetaron por los brazos, aunque el tío estaba a punto de desplomarse. Ella miró la botella y gimió. — ¡Mierda! ¡Un coñac de trescientos pavos!

—Xana, tendrás que pagarlo —dijo Ryan tirando del tío a punto de partirse de la risa.

—Sí, ya. —Puso los ojos en blanco haciéndole reír y otra de las camareras se acercó por detrás.

—¿Estás bien?

—Sí, un payaso. No es nada. —Miró al chaval y frunció el ceño. —
¿Tienes veintiuno?

El chico se sonrojó. —Tengo veinticuatro.

Xana sonrió tirando la boca de la botella a la basura. —Genial. ¿Qué te pongo?

—Una cerveza.

—Marchando. —Fue hasta la nevera y sacó un botellín poniéndoselo delante. —Veinticinco pavos.

Él le sonrió tímidamente y le dio treinta. —Quédate el cambio.

—Gracias, guapo. —Miró alrededor y vio que estaba solo. —¿Y tu gente? ¿Ya están servidos?

—Vengo solo. —Sonrió apoyándose en la barra para acercarse. —¡Me han dicho que este sitio está de moda!

—Sí. —Vio por el rabillo del ojo que dos chicas se acercaban. —
Aprovecha, te van a entrar.

El chico la miró confundido y cuando las dos chicas se pusieron a su lado se sonrojó intensamente. Xana sonriendo les preguntó si querían algo y pidieron unas cervezas.

Le extrañó que el chico no las invitara si quería conversar, pero era su problema. Siguió sirviendo a otras personas y estaba poniendo un gin-tonic cuando vio que el chaval dejaba marchar a las chicas sin haberles dirigido la palabra y eso que se habían puesto a tiro. Se preguntó si era gay porque las chicas eran monísimas.

Dos minutos después sonrió acercándose a él. Debía ser porque le daba pena al verle tan solo. —¿Por qué no has hablado con ellas?

Se puso como un tomate. —No se me da bien.

—Conmigo no lo haces mal. —Sonriendo cogió su botella y le dio un sorbo sorprendiéndolo. —¿Eres tímido?

—Sí. Demasiado. Mi hermano dice que parezco idiota.

Eso no le gustó. No era justo criticar a la gente por cómo era. Cada uno tenía un carácter y si era tímido, era tímido. —Yo también soy tímida —dijo en coña.

Él se echó a reír y Xana alargó la mano. —Alexandra, pero todos me llaman Xana.

—Philip. —Se la estrechó encantado. —¿Por qué te llaman así?

—Mi hermana no podía decir Alexandra cuando le pusieron la ortodoncia y me llamaba Xana para que no nos riéramos de ella. Así me quedé. —Se encogió de hombros. —Me gusta.

—En el norte de España las Xanas son pequeñas diosas que viven cerca de los ríos y manantiales.

Le miró sorprendida porque era la primera persona que se encontraba en Nueva York que sabía eso. —Tú no eres de aquí, ¿verdad?

Él se echó a reír negando con la cabeza. —Soy de Inglaterra.

—¿De qué parte?

—Cerca de Sheringham.

Xana se echó a reír. —No tengo ni idea de dónde está eso.

—Al este.

—¿Y te has mudado a Nueva York?

Negó bebiendo de su cerveza. —Estoy a punto de terminar un curso de especialización en Columbia. Mañana es el último día y en una semana de vuelta a casa.

—¿Y qué has estudiado?

—Gestión y administración de empresas. Era un curso aburridísimo sobre desarrollo.

Xana sonrió pasando la bayeta por la barra y le hizo un gesto con la mano para que esperara un momento e ir a servir a un cliente. Le miró de reojo acercándose a la chica que le estaba pidiendo un Cosmopolitan y puso los ojos en blanco cuando se dio cuenta de que le estaba mirando las piernas. Todos los tíos eran iguales.

Sirvió a la chica y después a una pareja. Estaba recogiendo una bandeja que le había llevado una compañera llena de vasos y escuchó —Xana, ¿me pones otra?

Al parecer estaba perdiendo la vergüenza.

Se acercó a él con otra cerveza y le dijo —A esta invito yo.

Él sonrió. —Gracias.

—Así que te vas en una semana. —Se apoyó en la barra. —¿Y qué te ha parecido Nueva York? ¿Te lo has pasado bien?

—Este es el segundo sitio que conozco. ¡No, el tercero! La universidad, mi hotel y esta discoteca.

Le miró asombrada. —¡Estarás de broma!

Negó con la cabeza encogiéndose de hombros. —No he tenido tiempo.

—Tienes mucho que ver en una semana. —Se sonrojó y parecía que no tenía intención de conocer la ciudad. —¡Vamos, no puedes irte sin conocer lo mejor de Nueva York! ¡Es la mejor ciudad del mundo!

—Ya, pero es que hacer turismo solo es...

Ella lo entendió. —¿Sabes qué vamos a hacer? Como pasado mañana empieza mi verano, voy a pasar contigo los próximos días hasta que te vayas.

—¿Empieza tu verano?

—Ya tengo trabajo para septiembre y mis padres me han regalado un viaje por Europa con unas amigas en plan mochilero.

Los ojos de Philip brillaron. —¿Vas a ir a Inglaterra?

—Pues no lo tenemos previsto. La verdad es que era más por Italia y Grecia. Si teníamos tiempo, nos pasaríamos por París.

—Si reservas unos días para Londres, te lo enseñaré todo y habrá trato. Tú me enseñas Nueva York y yo te enseño Londres. —Él extendió la mano. —¿De acuerdo?

¿Unos días en Londres antes de volver? Podía hacerlo. Le miró a los ojos los tenía castaños o negros. Vete tú a saber con las luces de la discoteca, pero no parecían los ojos de una mala persona. Además si veía algo raro, siempre podía perderle de vista en Nueva York y olvidar lo de Londres. Sonrió estrechando su mano. —Hecho.

Dos días después quedaron ante la puerta del Empire State, que era

visita obligada. Increíblemente mientras visitaban los lugares más emblemáticos de la ciudad, se forjó una sorprendente amistad pues tenían muchísimas cosas en común. Sus gustos musicales y las películas hicieron que esa noche fueran a ver una peli de terror. Los días siguientes fueron estupendos y se divirtieron muchísimo pasando casi todo su tiempo libre juntos. Ella decidió dejar lo mejor para el final y el último día le llevó a la Estatua de la Libertad cogiendo un ferry desde Battery Park. Comieron pizza con macarrones cerca de la zona Cero y pasearon por Central Park en coche de caballos. Esa noche él la invitó a cenar al Plaza, pero Xana se negó.

—Iremos a comer los mejores espaguetis de Nueva York. Ya verás, te vas a chupar los dedos por siete pavos. No hace falta gastarse una fortuna para pasarlo bien.

Él la miró extrañado. —No le das importancia al dinero, ¿verdad?

—Todo lo contrario. Le doy mucha importancia, pero no lo es todo en la vida.

—¿Y qué es lo más importante para ti?

Le miró con sus preciosos ojos verdes. —La familia. Eso es lo más importante. En la que naces y la que creas al ser adulto. No creo que haya nada más importante. —Él hizo una mueca. —¿No te llevas bien con tu familia? — Al ver que se incomodaba susurró mientras caminaban por la Quinta —Lo

siento, no quería cotillear.

Philip forzó una sonrisa. —Ya lo sé. Eres la persona menos cotilla que he conocido nunca. No me has preguntado nada sobre mi familia ni mis amigos. Ni siquiera me has preguntado si tengo novia.

—Tú a mí tampoco —dijo maliciosa haciéndole reír—. Además, quería saber si iba a pasar unos días en Londres con un psicópata y las preguntas sobre tu familia no me servirían de nada. Suelen llevar una vida totalmente normal frente a los demás.

—Cierto. Eso dicen las series que nos gustan tanto.

Sonrió cogiéndolo por los hombros. —Vamos a comer un helado.

—¿Es que nunca dejas de comer?

—Lo quemo caminando. Aquí se camina mucho. ¿No te has dado cuenta?

—Sí, algo había notado —dijo agotado haciéndola reír.

Estaban cenando en el italiano que conocía desde que se había mudado a Nueva York y él la miró fijamente con sus ojos negros dejando la copa sobre la mesa, mientras se ponía morada de espaguetis. —Me has preguntado por mi familia. —Ella le miró sorprendida dejando de masticar. —Y si te digo la verdad sólo tengo un hermano y una tía. Gregory es mi hermano mayor y ha sido mi tutor desde que tenía dieciocho años.

Tragó a toda prisa. —Vaya, menuda responsabilidad. —Philip asintió mirando la copa de vino como si hubiera tenido una infancia muy triste. —
¿Cuántos años tenías cuando murieron tus padres?

—Nueve años.

—Lo siento mucho —dijo cogiendo su mano por encima de la mesa—.
Debió ser muy duro para los dos.

—Yo era un niño y Gregory tuvo que convertirse en un hombre. —
Sonrió con pena. —Han pasado quince años y todavía recuerdo esa noche.

—¿Fue en un accidente?

—Sí. Murieron juntos, pero se iban a divorciar. Siempre estaban discutiendo. No recuerdo que nunca se dieran un beso. —A Xana se le cortó el aliento viendo la tristeza en sus ojos y no supo qué decir. Philip forzó una sonrisa. —Pero no quiero contarte esa historia.

—Puedes contarme lo que quieras. Sé escuchar muy bien.

—Eso ya lo veo. El caso es que yo no conozco la vida familiar a la que tú estarás acostumbrada, por eso no puedo pensar que la familia sea lo más importante.

—¿Y qué es lo más importante para ti?

—En este momento la amistad —dijo mirándola a los ojos—. Nunca he tenido una amiga como tú.

Xana se emocionó por sus palabras. —Pues los amigos se cuentan sus vidas.

—Muy bien. Pregunta lo que quieras.

—¡Camarero, más vino! Va a ser una noche muy larga.

Philip se echó a reír asintiendo y así fue. Sin irse a dormir, porque Xana se negaba a perder horas durmiendo, estuvieron toda la noche hablando y sin cambiarse siquiera fueron al JFK. Acompañó a Philip mientras facturaba las maletas y él sonrió con el pasaporte británico en la mano. —Han sido las mejores vacaciones de mi vida.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer. Cumplir con lo prometido y devolverme el favor.

—Tienes mi número y mi dirección de correo.

—Te llamaré por Skype todas las semanas.

La miró inseguro. —¿Lo harás?

—También puedes llamarme tú.

—Me gustaría que conocieras a mi hermano cuando estés allí.

—Estaré encantada de conocerlo y a tu tía también.

Philip sonrió y como parecía que no se atrevía, le abrazó con fuerza. Él la correspondió y cuando se apartaron, Xana se dio cuenta de que se había emocionado. A ella se le partió el corazón, porque sabía que se había creado

un vínculo muy fuerte entre ellos.

—Estoy deseando llegar a Londres. —Sonrió intentando disimular que estaba a punto de llorar.

—Ven todos los días que puedas y no te preocupes por el alojamiento.

—Vale.

La besó en la mejilla como si fuera su hermano, porque ambos sabían que su relación no tenía nada de sexual. —Te quiero —dijo ella sorprendiéndole.

—Joder, Xana. —La volvió a abrazar. —Si hubiera tenido una hermana, me hubiera gustado que fuera como tú. Yo también te quiero. —La besó en la frente y se alejó para pasar los controles.

Xana emocionada se despidió con la mano. —¡Te llamaré!

Él asintió mirándola hasta que se perdieron de vista entre la multitud y ella incomprensiblemente se sintió como si estuviera perdiendo algo muy importante. Con tristeza fue hasta la salida diciéndose que en unas semanas le vería de nuevo.

Cogió su mochila de la cinta transportadora y se la cargó al hombro dando un saltito para acomodarla a la espalda buscando la salida, sin darse

cuenta de que dos hombres la observaban con admiración. Llevaba unos vaqueros cortados por debajo del trasero que mostraban sus largas piernas morenas y una camiseta de tirantes verde. Caminando hacia la salida, traspasó unas puertas de cristal y miró a su alrededor buscando a Philip. Le vio a su derecha esperándola con un cartel de bienvenida que ponía “Bienvenida, yanqui”

Se echó a reír acercándose corriendo y se abrazaron con fuerza. —
¿Qué tal lo has pasado?

—Ha sido genial, pero pasaba de París. Prefería venir a pasar algo de tiempo contigo si el trabajo te lo permite.

—Estoy de vacaciones hasta que te vayas. —Le cogió la mochila como todo un caballero y fueron hasta la salida. —Como mi hermano también se cogía vacaciones y tú vienes dos semanas, ¿qué te parece si pasamos unos días en la playa? Está haciendo un tiempo estupendo.

Al salir se detuvo en seco porque estaba lloviendo y los dos se echaron a reír. —Hacía un tiempo estupendo —dijo él divertido—. Lo prometo.

—Da igual. He tomado mucho el sol. ¿No se nota?

—Estás preciosa. Vamos, tengo el coche allí.

Fueron hasta un coche gris mientras ella le contaba sus peripecias en

Roma y abrió la puerta para sentarse después de que Philip metiera la mochila en el portaequipajes. Distraída se sentó viendo el volante y él se echó a reír.

—¿Conduces tú?

—Muy gracioso. No conduzco en Nueva York como para hacerlo aquí.

—Se bajó rodeando el coche para montarse a la izquierda y Philip arrancó mientras se ponía el cinturón. —¿Entonces qué hacemos?

—Pasaremos unos días en Londres y después te enseñaré algo de la parte de Inglaterra donde nací. ¿Qué te parece el plan?

—Perfecto. Enséñame el Londres que no conoce nadie.

—Si no lo conoce nadie, ¿cómo voy a enseñártelo?

—Ja, ja.

—Me alegra tenerte aquí.

Ella le miró sonriendo radiante. —¿Le has pedido una cita?

—¿De qué hablas?

—De esa que me contaste por teléfono. Esa que trabaja contigo.

La miró con horror. —¿Estás loca? Es una diosa.

—Es una mujer. ¿Por qué no va a salir contigo? Yo salgo contigo.

—Como amigos. No es lo mismo.

—Si no te arriesgas, no ganas. Eso dice mi padre. Además, eres muy

atractivo. —La miró incrédulo. —¡Qué sí! Tienes esos caracolillos castaños y esos ojos negros... Estás algo delgado, pero se arregla comiendo.

Philip se echó a reír a carcajadas. —Estás loca.

—Y yendo al gimnasio. En tres meses no te reconocería ni tu hermano.

—Él hace ejercicio.

Xana gruñó cruzándose de brazos. —Estoy segura de que lo hace todo bien por lo que me has contado.

La miró asombrado. —Pues sí que lo hace todo bien.

—Por lo que me has contado...

—¡Xana! Creo que te he dado una impresión equivocada.

—Cielo, me he dado cuenta perfectamente cómo es por las conversaciones que hemos tenido y me he formado una opinión. Pero no te preocupes. Soy objetiva y si me he equivocado, me retractaré.

Philip la miró divertido. —Lo harás. Puede que sea algo duro, pero os llevareis bien.

—Por supuesto que sí. El Conde me caerá genial. Y si no me cae bien, no pasa nada porque es a ti a quien quiero —dijo dramática.

—Estás fatal.

Xana chilló al ver la Torre de Londres a lo lejos y se olvidaron de lo

demás. Sólo se preocuparon en pasarlo bien. Como en Nueva York, se hicieron mil fotos con todos los monumentos que se encontraron. Ella no podía irse de Londres sin una foto con uno de los guardias reales y les dio la paliza todo lo que pudo hasta que Philip consiguió una foto donde el tío la miraba de mala leche. Toda una proeza.

En un pub por la noche comieron pescado con patatas y bebieron cerveza hasta estar algo achispados, provocando que Xana terminara bailando con varios y Philip tuviera que sacarla de allí antes de que formara un tumulto.

El último día la llevó a un mercado de Covent Garden donde ella se volvió loca comprando cosas para toda su familia.

Philip resignado la siguió y cuando se compró una camiseta de lentejuelas con la bandera británica casi se muere de la risa. —¿Cuándo te vas a poner eso?

—Cuando vaya de marcha. Va a causar sensación —dijo saliendo de la tienda. Se detuvo en seco al ver una tienda de antigüedades y se acercó al escaparate donde había unos gemelos con una G en nácar—. Parecen antiguos, ¿verdad?

—¿Son para tu padre?

—Son para tu hermano.

La miró sorprendido. —¿Le regalas a él y a mí no?

—Tú tienes mi compañía. A él le gorroneo la casa.

Philip puso los ojos en blanco antes de seguirla al interior. Ante el anticuario levantó uno de los gemelos y se lo mostró. —¿Se los pondrá? No hay nada que más me fastidie que regalar algo que luego se queda en un cajón.

Su amigo frunció el ceño. —Son bonitos. Y llevan su inicial. Creo que le gustarán. Yo nunca le he regalado nada.

Le miró sorprendida. —¿Cómo que no le has regalado nunca nada a tu hermano? Yo le llevo mil cosas a la mía. ¡Me va a salir una hernia discal de cargar la puñetera mochila por toda Europa!

Philip se encogió de hombros. —Él sí que me regala de vez en cuando, pero como yo era pequeño en Navidades... Después dejamos de hacerlo y me daba dinero para que me comprara lo que me diera la gana.

Ella gimió por dentro y le dio el gemelo al anticuario. —¿Me los envuelve para regalo? Y que sea algo bonito porque son para un Conde. Ah, y aplique un diez por ciento de descuento que se ha pasado un poco.

—Le pondré hasta un lazo.

—Perfecto.

Sonrió radiante haciendo que el hombre carraspeara antes de alejarse. Philip rió por lo bajo. —No hay quien se te resista, ¿verdad?

—Mi padre dice que soy una encantadora de serpientes. —Juntó las

manos emocionada. —Tengo muchas ganas de verle. Hace tres meses que no les veo.

—Les echas de menos, ¿verdad?

—Un montón. Pero en diez días nos volveremos a ver y estaré con ellos hasta septiembre.

—¿Estás nerviosa?

—¿Por el trabajo nuevo? Sí. Espero que se me dé bien.

—Se te va a dar genial —dijo divertido—. Estás más que preparada.

—Muy gracioso.

El hombre volvió con un paquetito primorosamente empaquetado en un papel dorado con un lazo de seda negro. —¡Qué bonito! Gracias. —Le tendió la tarjeta de crédito. —No estoy nerviosa por el trabajo. Estoy nerviosa por los compañeros.

—En la discoteca no tenías problemas de adaptación.

—Sí, pero eso era distinto. —Se encogió de hombros. —Bueno, da igual. Me adaptaré.

—Claro que sí. ¿Acaso no me he adaptado yo?

—¿Tu hermano te ha dicho algo de tu trabajo? ¿Cree que lo haces bien?

—No creo que ni haya preguntado si se me da bien o no. La empresa es mía a un cuarenta por ciento y me tienen que tragar.

—Estoy segura de que te esfuerzas muchísimo para estar a la altura.

Philip sonrió cogiéndola por los hombros y besándola en la sien. —Tú sí que sabes subirme el ánimo. Y lo harás estupendamente.

—Más me vale.

A la mañana siguiente salieron de Londres en dirección Norwich, pero Philip decidió pasarse por Cambridge para que le echara un ojo. Se quedó impresionada con el King's College y sacó mil fotos. Al final decidieron pasar la noche allí y se hospedaron en una antigua posada que daba la impresión de entrar en otro siglo.

—Tu país es maravilloso. Todo es precioso y hay mil cosas que ver. Tenéis mucha suerte.

—Nueva York tampoco está mal —dijo él haciéndola reír.

—¿Crees que le molestará a tu hermano que nos hayamos quedado a pasar la noche?

—No creo. Eso sí estaban en Dartmoor.

—¿Tu tía también estará allí? No le he comprado nada —dijo

asustada.

—Dale la camiseta de las lentejuelas.

—Qué gracioso. ¿La casa se llama Dartmoor por su título?

—No, es por un antepasado del sur que se casó y se hizo una casa en Sheringham. Le puso su apellido, pero después se perdió a través de los siglos. Al menos para esta parte de la familia.

—Qué fascinante esto de la nobleza. Así que tu hermano es el Conde de Sheringham, pero eso es el título.

—Exacto. Se llama Gregory Robert Huntley, Lord Huntley para los amigos.

—¿Y tus antepasados eran Lores y Ladys?

—Sí.

—¿Y tú eres Lord?

Chasqueó la lengua como si eso no fuera importante. —Soy hijo de un Conde, pero el título lo hereda el primogénito. Los hijos de mis hijos no heredarán nada. Bueno, las acciones de la empresa que ya es mucho. El título al final es una pesadez porque tienes que conservar el patrimonio y es carísimo. No envidio en nada a Gregory por tener que hacerse cargo del caserón. No sé por qué no se deshace de él.

—Querrá conservar su herencia. Me parece muy noble. —Al darse

cuenta de lo que había dicho se echó a reír. —Noble, ¿lo pillas?

—Estás fatal.

—Mejor para ti.

Philip miró distraído su cerveza. —A veces creo que le hemos cargado con todo el peso del mundo. La empresa, la casa, yo...

Ella le miró con cariño. —Seguro que lo ha hecho muy a gusto. ¿Por qué no se ha casado?

—Creo que tanta responsabilidad le ahogó demasiado. Estuvo a punto una vez, pero la dejó antes de que se repartieran las invitaciones.

—Le entró el pánico.

—Quizás era demasiado. Yo tenía quince años y cuando le pregunté por qué lo había hecho, dijo que tenía otras cosas que hacer que escuchar a Lisa a todas horas con el tema de la boda.

Se echó a reír. —Qué romántico.

Philip sonrió bebiendo y después de tragar añadió —La verdad es que era algo cotorra. Me volvía loco con sus chismorreos e intentaba meterme a su hermana por los ojos y eso que me sacaba tres años.

—Mmm, una de dieciocho. Lo que hubieras fardado en el instituto.

—Era un colegio de chicos donde yo era el último mono.

—Apuesto a que fue el colegio al que fue tu hermano y que era un
hacha en los deportes.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó sorprendido.

—Porque es perfecto. ¡Tenía que destacar!

—¿Y tú cómo eras en el instituto?

—Era animadora —dijo maliciosa haciéndole reír—. Levantaba la
pierna como nadie.

—De eso estoy seguro.

Capítulo 2

Al día siguiente en el coche ella preguntó impaciente. —¿Queda mucho?

—Estamos llegando —dijo divertido—. ¿Ya te aburres?

—Tengo que ir al baño. —Apretó las piernas haciéndole reír.

Xana vio otro palacio y suspiró. —Madre mía, ¿es que en este país no hay más que chozas así? Para verlos todos necesito un año por lo menos.

—Éste no se puede ver —dijo tomando la curva y yendo hacia allí.

—Entonces no te pares. Ya tengo muchas fotos y me meo.

Philip divertido le guiñó un ojo. —Bienvenida a Dartmoor Abbey.

Asombrada miró hacia la mansión, palacio o lo que se llamara aquello. ¡Era enorme! —¿Esa es tu casa?

—Esa es la casa donde nací. Mi casa está en Londres y ya la conoces.

—Madre mía —susurró acercándose a la luna delantera mientras atravesaban los jardines impecablemente cuidados. La enorme escalinata doble estaba ante ellos y había una gran terraza que rodeaba la mansión, que era de piedra. Tenía tres pisos con ventanales enormes y tres tejados muy inclinados, donde el tejado central era algo más grande que los otros dos. Se quedó con la boca abierta al ver los ventanales de tres metros de alto, que acababan en semicírculo en los extremos. ¡Era una casa de cuento! —¿Cuántas habitaciones tiene esa monstruosidad?

Riendo su amigo contestó —Setenta y seis. Eso sin contar las del servicio. Seis salones y una sala de baile. ¿Qué te parece la choza?

Bufó mientras él pasaba ante la escalinata sin detenerse para seguir un camino que rodeaba la casa. —Un despilfarro.

Philip asintió metiendo el coche en una especie de granero antiguo, pero precioso. —Antes aquí se guardaban los carruajes. Se ha ido remodelando con los años, pero se conservó el exterior para que no se perdiera el estilo original.

—Carruajes —dijo con los ojos como platos y atónita vio que había uno detrás de varios coches carísimos al fondo del garaje. Un carruaje negro como los de las películas.

Philip se echó a reír. —A veces mi hermano lo presta para alguna

boda. Lo hacía mi padre y mi abuelo, así que él...

—Sigue la tradición.

—Exacto.

—Todo muy tradicional.

Se bajaron del coche y ella cogió su mochila viendo el Jaguar gris que tenían aparcado al lado. —Apuesto a que éste es el de tu hermano.

—Exacto. Y aquel y aquel. —Le señaló un Land Rover negro y un Mercedes gris. —El mercedes clásico es el de mi tía. No quiere cambiar de coche ni muerta.

Philip cogió la pequeña maleta que había llevado. —¿Necesitas ayuda con eso?

—No, gracias.

Salieron al exterior y caminaron por el césped entrando en la terraza. Pensaba que había que rodear toda la casa para entrar, pero Philip entró por una puerta lateral que daba a un oscuro pasillo que tenía piedra en el suelo. —
¿Hay fantasmas?

—En el pasado se decía que sí, pero yo no he visto ninguno.

—Entonces es que no hay.

Subieron unas escaleras para salir a un enorme salón que tenía un piano de cola en un lateral. Era un piano increíble y muy antiguo. Era blanco

con imágenes pintadas en los laterales y las patas labradas eran doradas, como la tapa del piano, a juego con el banquito que tenía delante. Volvió a mirar la enorme chimenea disimulando que estaba impresionada. —Para calentar esta casa, necesitareis muchas chimeneas.

Philip se echó a reír a carcajadas y Xana al ver el cuadro de encima de la chimenea se detuvo en seco. Era un hombre moreno vestido con un traje de noche antiguo. Parecía vestido para una fiesta como los de las películas, pero ella no se fijó en eso. Eran sus ojos lo que le llamaron la atención. Parecía realmente triste.

—Es uno de mis antepasados. El vigésimo quinto Conde de Sheringham. Se llamaba Robert y dicen que perdió al amor de su vida por orgullo.

—¿Por orgullo?

—Al parecer ella no se fijó en él sino en otro hombre. Cuando su amada se enamoró de él, no le perdonó haber sido el segundo plato.

Miró a su amigo asombrada. —¿Es broma?

—No.

—¿Perdió al amor de su vida porque ella antes se había enamorado de otro?

—No se había enamorado. No lo entiendes. En aquella época las

casaban casi sin conocer a sus pretendientes. Bailaban un par de veces y hala. Al parecer cuando la presentaron, ella rechazó bailar con él por su mal humor y eso provocó que se fijara en ella. Se moría de celos porque bailaba con todos y cuando al final ella lo hizo con él, consiguió llevársela a la cama y deshonorarla. No se casó con ella por orgullo. Porque todo el mundo había visto como le rechazaba durante semanas. Al parecer la dama se fue al continente, creo, y él nunca se lo perdonó.

—¿Cómo lo sabes?

—El conde tenía un diario.

—¿Puedo leerlo? —preguntó entusiasmada.

—Tendrás que pedirle permiso a Gregory. Ahora el diario es suyo.

—Sabes que esos documentos son muy delicados —dijo una voz grave desde la puerta.

Xana se volvió y cuando sus ojos se posaron en aquellos ojos negros, sintió que su corazón se paraba. Separó los labios sin darse cuenta porque todo su cuerpo reaccionó a él. Sin poder evitarlo sus ojos recorrieron sus rasgos. Desde su cabello negro, pasando por su recta nariz, hasta llegar a sus finos labios, que parecían crispados mientras la observaba de arriba abajo. Y parecía que no le gustaba lo que veía.

—Gregory, ella es Xana.

Fascinada vio cómo se acercaba. Debía medir más de uno noventa y llevaba unos pantalones de vestir negros con una camisa del mismo color con las mangas remangadas hasta los codos. El Conde era todo un hombre. Aún en shock, fue consciente de cómo se acercaba a ella y extendía la mano. — Bienvenida a Dartmoor Abbey.

Sonrió disfrutando del sonido de su voz, que era mucho más grave que la de Philip. Dios mío era todo un hombre. —Hola, guapo —dijo sin darse cuenta.

Gregory frunció el ceño mientras ella se acercaba casi pegándose a él y le cogía la mano. —Estás para comerte.

Philip se echó a reír y palmeó la espalda de su hermano. —Xana no se corta.

—De eso ya me he dado cuenta —dijo muy tenso intentando apartar la mano, pero ella la apretó más dejándolo atónito. Gregory la apartó de golpe y Xana hizo una mueca al verle dar un paso atrás.

—¿Puedo llamarte Greg? —Dio un paso hacia él, pero su Conde retrocedió muy tenso.

—No.

Puso morritos. —Te he traído un regalito. ¿No puedo llamarte Greg? ¿Cómo te llaman tus amigos?

—Gregory.

—¿Es coña?

—Seguro que tu invitada está cansada —dijo mirando sus pantalones vaqueros cortos—. Y querrá cambiarse para la cena. Y no, no es coña como dices.

Philip hizo una mueca. —Xana viste informal. Podíamos saltarnos el protocolo mientras está aquí. Es americana, no está acostumbrada a todo esto.

—No hay que saltarse las buenas costumbres y seguro que no le vendrá mal conocer otros ambientes e intentar integrarse en ellos. —Muy tenso se volvió.

—Yo me integro en lo que tú quieras. Te daré tu regalito después. — Ella le miró el trasero y cuando llegó a la puerta se volvió sorprendiéndola. Xana sonrió radiante y le guiñó un ojo. La cara de Greg indicaba que no se lo podía creer. —Te veo luego, Conde.

Su amigo intentaba retener la risa y su hermano le fulminó con la mirada como si hubiera llevado a su casa a una serpiente. —Philip, te espero en la sala azul en cuanto lleves a tu invitada a sus habitaciones.

Al ver cómo su amigo perdía la sonrisa, ella también lo hizo mientras su Conde salía de la habitación. —¿Te va a echar la bronca por mi culpa?

—No. —Sonrió encogiéndose de hombros. —Seguro que es algo del

trabajo.

—Estás de vacaciones. —Le siguió hasta fuera del salón para pasar a otro salón con las paredes forradas de seda borgoña y después pasaron a otro. —¿Esto no se acaba nunca? —Chilló al ver el enorme hall central y Philip se echó a reír a carcajadas al ver su asombro. Xana miró el techo que tenía pinturas. —Tienes un jardín en el techo. Con angelitos bañándose en la fuente.

Su amigo se apretó el vientre mientras se reía. —Para de una vez. ¿No querías ir al baño?

—¡Te echo una carrera!

Como críos empezaron a subir la doble escalinata uno por cada lado y ganó Philip. —¡No vale, llevas una maletita!

—Excusas. —Fueron por un pasillo y ella le siguió.

Al mirar una pintura de un joven de unos quince años dijo —¡Mira, éste se parece a ti!

—Porque soy yo. —Abrió una puerta y le indicó con la cabeza. — Seguro que te han asignado esta habitación. Es la que suelen dar a mis invitados, porque mi habitación está al lado. El otro ala de la casa casi no se usa.

—No me extraña. —Era enorme y no solo la habitación. La cama era increíble. Tenía cuatro postes tallados con flores y un dosel de terciopelo azul

que se notaba que era nuevo, aunque habían respetado el estilo de la habitación. Ella dejó la mochila sobre el suelo que después de todo el viaje estaba algo sucia y fue hasta las enormes ventanas desde donde se veían los jardines. Se volvió hacia su amigo. —¿Eso es un laberinto?

Su amigo se echó a reír asintiendo. —¿Quieres probarlo de noche?

—¿De noche? ¿Y si me pierdo, me buscarás?

—No puedo dejar que el ejército de los Estados Unidos venga a por ti. Te sacaría después de hacerte sufrir un poco.

—Eso está chupado, mi lord. —Él la cogió por los hombros mirando por la ventana y susurró —¿Vivías aquí solo?

—En las vacaciones sobre todo.

Xana apretó los labios. —Lo siento.

—Sabía que lo entenderías. —La besó en la sien y se volvieron para ver a Gregory en la puerta mirándolos con los ojos entrecerrados. —Ya iba a verte —dijo Philip sonriendo.

—Espero que estés cómoda en esta habitación.

—Sí, gracias. —Sonrió radiante. —Es preciosa.

—No sé dónde está nuestro mayordomo en este momento, pero si necesitas algo, puedes llamar al servicio tirando de ahí. —Señaló un cordón de terciopelo que salía del techo. —Vendrán enseguida.

—No necesito nada. —Dio un paso hacia él y Philip sonrió al ver que su hermano se tensaba. —¿Has venido por tu regalo? —Corrió hasta la mochila y se arrodilló ante ella empezando a sacar sus cosas tirándolas al suelo. —Espera, que no lo encuentro.

—No te molestes —dijo mirando la camiseta de lentejuelas con desprecio.

—¡Ah! Aquí está. —Se levantó de un salto y se acercó a él con el paquetito en la mano. —Espero que te guste. Es mi manera de darte las gracias por tu invitación.

—Yo no te he invitado.

Philip perdió la sonrisa de golpe al ver que se iba sin molestarse en coger su regalo siquiera. Xana, que nunca en su vida había recibido un rechazo igual, se quedó de piedra. Estaba claro que le había caído fatal. Se volvió hacia su amigo que estaba muy serio y a punto de disculparse. Forzó una sonrisa y se acercó a él. —Da igual. Seguro que le he pillado de mal humor y un mal día lo tiene cualquiera.

—Lo siento.

La abrazó para reconfortarse mutuamente y ella se echó a reír. —No me extraña que no le hagas regalos.

Philip se echó a reír también y cuando se apartó la besó en la frente. —

Te dejo para hablar con él. Te veo en la cena.

—Elegante. Lo he pillado. —Hizo una mueca mirando la ropa en el suelo e hizo un gesto con la mano. —Algo encontraré.

—Estoy seguro de que así será.

Fue hasta la puerta y le guiñó un ojo antes de dejarla sola. Xana miró el paquete que tenía en la mano e hizo una mueca. Había gastado parte de sus ahorros en el regalo y había sido un chasco su reacción. Igual había sido demasiado directa. Pero solo se iba a quedar unos días y no podía perder el tiempo o su Conde se le escaparía de entre los dedos. Su padre le había enseñado que no había que perder las oportunidades cuando se presentaban y que la timidez no servía de nada. Y ella había seguido su ejemplo desde bien pequeña. Sonrió dejando el paquete sobre el elegante tocador y al ver su imagen en el espejo casi chilló del susto. Tenía un aspecto horrible con el cabello despeinado y sin maquillar. Se estiró la camiseta que había conocido tiempos mejores y sonrió. —Es que no te ha visto bien. Es eso.

Dos horas después bajaba con un vestido negro muy ajustado, que apenas le cubría el trasero. Era de tirantes y marcaba cada una de sus curvas. Se había puesto unas sandalias negras que era los únicos zapatos decentes que

había llevado y se había peinado su cabello hasta dejarlo impecable. Su flequillo había crecido un poco y había tenido que peinárselo algo de lado para que quedara bien, pero el resultado era excelente. Maquillada solo con un lápiz de labios rojo, pues estaba muy morena, y algo de rímel en las pestañas que destacaban sus ojos, estaba lista para dejarle con la boca abierta.

Al llegar al enorme hall miró a un lado y a otro sin saber a dónde ir. Un hombre vestido de smoking se acercó a ella. —Señorita, mi nombre es Milton. Acompáñeme, por favor. Los señores la esperan.

Le miró de arriba abajo y se dio cuenta de que su vestido no estaba tan bien como esperaba. —¿Se visten así todas las noches?

—Soy el mayordomo, señorita Xana —dijo el hombre indicándole con la mano que le siguiera.

—Ah. —Más tranquila caminó a su lado. —¿Llevas mucho trabajando aquí?

—Nací en la casa, señorita.

—¿De verdad? —Emocionada le cogió por el brazo. —¿Hay pasadizos y esas cosas?

Él levantó una ceja antes de mirar su brazo. Xana apartó las manos en el acto y dijo muy estirado —No debe pasearse por la casa a sus anchas, señorita. Eso no es educado. Límitese a las zonas comunes.

Xana frunció el ceño viéndole ir hacia una puerta abierta a su derecha. ¿Le había dicho que era una maleducada? ¿Por hacer una pregunta? ¿Pero qué rayos pasaba allí? ¿Todos tenían un palo metido en el culo? Levantó la barbilla y caminó hasta la estancia donde se encontró con Philip sentado en un sofá al lado de una mujer de unos sesenta años que llevaba un largo vestido de gasa en color melocotón. Llevaba su cabello cano cortado por la nuca tan enlacado, que parecía un casco. Con una copita tallada en la mano, la miró a los ojos antes de darle un repaso de arriba abajo y forzar una sonrisa, aunque parecía más bien que le estaba saliendo una úlcera por la cara de vinagre que tenía.

—¡Xana! —Philip se levantó mostrando el smoking que llevaba. Al parecer el mayordomo era un cachondo y le fulminó con la mirada, pero él hizo que no se daba cuenta. —Estás preciosa.

—Tú sí que estás para comerte. Te ven en la discoteca y tengo que pelearme con todas.

Su amigo se echó a reír acercándose y dándole un beso en la frente antes de coger su mano. —Pensarían que soy un segurata. Ven que te presente a la tía Julia.

Puso una sonrisa en su cara dispuesta a pasarlo bien y la mujer ni se molestó en levantarse. —Tía, ella es Xana. Mi amiga de los Estados Unidos.

La mujer levantó una de sus cejas. —Se nota que es americana.

Esas palabras la tensaron, porque estaba muy orgullosa de ser americana. —Pues sí. La potencia más poderosa del mundo. De ahí soy.

Philip sonrió asintiendo. —Xana me enseñó lo mejor de nueva York mientras estuve allí.

—No lo dudo —dijo con desprecio antes de beber de su copita.

Su amigo carraspeó perdiendo la sonrisa y la miró a los ojos. —¿Quieres beber algo?

—Dame un lingotazo antes de que me desmaye en este ambiente tan aristocrático.

—Marchando un gin-tonic.

Con descaro Xana se sentó ante la tía de su amigo en uno de los sofás y cruzó sus preciosas piernas. La mujer levantó una ceja al ver el tatuaje que tenía en el tobillo. Descarada levantó la pierna mostrándoselo. —¿Le gusta?

—Ahora todos los jóvenes se tatúan —dijo con desprecio—. Marcando su cuerpo como si fueran vacas.

Xana se echó a reír negando con la cabeza. —Estás equivocada, guapa —dijo tuteándola sin cortarse—. Los tatuajes son señas de identidad. Normalmente la gente que se tatúa, lo hace con algo importante para él.

—¿Y ese símbolo es importante para ti? —La voz de su conde en la

puerta la hizo sonreír y cuando se volvió casi le da algo. Con smoking estaba para morirse de la impresión.

—Es el gin y el yang, pero en lugar de los círculos habituales en el interior tiene dos corazones. —Ella levantó más la pierna mostrando los corazones, uno en cada lado del tatuaje y con los colores inversos. En la zona negra del tatuaje tenía uno blanco y en la zona sin tatuar uno negro. — Simboliza fuerzas opuestas que se complementan haciéndote más fuerte y el amor eterno. Como tengo una hermana y somos opuestas, nos pareció que era perfecto para nosotros. Todos en mi familia lo llevamos para recordarnos lo que es importante en la vida.

Él entrecerró los ojos. —¿Y qué es lo importante en tu familia? ¿Conservar el empleo?

Xana perdió la sonrisa dejando caer la pierna y muy tiesa miró a Philip que se había quedado de piedra.

—Lo más importante para Xana es el amor a la familia. Creo que ha quedado claro con su explicación y no sueles perderte en los detalles.

—No suelo hacerlo, ¿verdad? —Levantó una ceja al ver que su hermano le tendía una copa a su invitada. —Tengo curiosidad. ¿Dónde os conocisteis? Apuesto que no fue en el curso en Columbia. —Fue hasta el mueble bar y se sirvió un whisky.

—En una discoteca en el Soho —dijo ella algo incómoda—. ¿Conoces Nueva York?

—Sí que lo conozco. —Sonrió irónico antes de beber de su vaso. — Así que en una discoteca. —Miró a su hermano. —Veo que te ha dado tiempo a todo.

—Pues sí.

—Querida, ¿vas mucho a discotecas? —preguntó su tía empezando a divertirse. Pues ya que se divertía, iban a divertirse todos.

Levantó la barbilla y sonrió falsamente. —Voy todos los días. Me encantan.

—Eso es obvio.

Philip se echó a reír al ver por dónde iba. —Es la reina de la fiesta. Tenías que ver cómo les domina a todos con su dedo meñique. El primer día que la conocí, le estrelló una botella a una mole en toda la cabeza.

—Es que soy camarera. Pero me lo paso estupendamente. Tenía que rescatar a mi Philip de aquel abusón —dijo mirándole con cariño—. Y pasamos unos días increíbles.

—Eso no lo dudo —dijo Greg molesto antes de beber de nuevo—. ¿Y has viajado hasta aquí para reencontrarte con él?

—Estaba de viaje con unas amigas y decidí hacerle una visita. Me

debía hacer de guía para mí.

—Seguro que ha cumplido su misión con eficiencia.

Philip suspiró sentándose a su lado como si quisiera arroparla de sus ataques y ella le cogió la mano con cariño. —Ha sido perfecto.

Greg y su tía se tensaron al ver con el cariño que se trataban y Philip la besó en la mejilla antes de decir —Xana es tan divertida, que me lo pasaría bien con ella en cualquier parte.

—Gracias, tú también eres para mondarte.

Se echaron a reír y su tía miró horrorizada a Gregory, que apretó su vaso con fuerza. —¿Y cuando vuelvas a Nueva York vas a seguir trabajando de camarera?

Distraída miró a su tía. —¿Qué?

—¿Qué si piensas seguir trabajando de camarera?

—¡Oh, no! Eso ya se acabó. Ahora toca otra cosa.

—¿No me digas? —dijo su conde mirándola con desconfianza—. ¿Y qué toca ahora?

—Tengo trabajo para septiembre en otro sector. —Bebió de su copa.

—¿En otro sector? —Julia confundida miró a Philip que se hizo el loco.

—¿Y qué sector es ese? ¿Qué has estudiado? —preguntó Greg con interés.

Suspiró dejando el vaso ante la mesa que tenía delante. —No he estudiado nada después del instituto. —La miraron estupefactos. —Mi padre consideraba que no había mejor aprendizaje que la vida y me ha dado libertad para hacer lo que me apetecía. Dice que en la universidad no te enseñan lo que realmente necesitas para realizar un trabajo.

—Menuda teoría —dijo Greg irónico—. Así has acabado de camarera. ¿Y ese trabajo nuevo en qué se basa, en reponer en supermercados?

—No, ya he pasado por eso. Es en el sector de la energía. Gasolina.

Julia la miró horrorizada. —¿Vas a trabajar en una gasolinera!

—No exactamente, pero por ahí va. —Le guiñó un ojo. —Cuando quiera le lleno el depósito gratis.

Philip se echó a reír a carcajadas al ver la cara de su tía, que parecía que no se lo podía creer. —Esa gasolinera sería la más visitada del condado.

—Gracias, guapo —dijo antes de coger su copa de nuevo y mirar a Greg que estaba muy tenso. No era tonta. Sabía perfectamente lo que estaba pasando allí y decidió dejar las cosas claras. —Al parecer debéis pensar que entre Philip y yo hay algo, pero os puedo asegurar que no nos hemos acostado. Nuestra relación es platónica.

—Somos almas gemelas. —Su amigo miró a su familia que no parecían nada contentos con la explicación. —De verdad que no nos acostamos. Somos amigos.

—No hay nada sexual entre nosotros. —Asintió porque no se creían una palabra.

—Creo que éste no es el lugar más indicado para hablar de esto —dijo Julia asqueada como si fuera muy vulgar.

Perdió la sonrisa. —Es que me da la sensación de que tengo que pasar un examen o algo así por estar con Philip y no tenemos ninguna intención de tener una relación de pareja. Es obvio que soy totalmente inapropiada para él, según su opinión, y no quiero que se lleven una impresión equivocada porque a mí quien me pone es él. —Señaló a Greg y le lanzó un beso poniendo morritos.

Julia jadeó asombrada mirando al Conde, que había entrecerrado los ojos mientras Philip se reía a carcajadas. Gregory dejó su vaso sobre la repisa de la chimenea. —Creo que es hora de pasar a cenar.

—Dios mío, hasta se me ha quitado el hambre —dijo su tía cogiendo su mano para levantarse—. ¿Has oído lo que ha dicho esta descarada?

—Señora, estoy de vacaciones y me da la sensación de que ustedes le dan mil vueltas a las cosas. Mejor ir al grano. Greg, ¿te he dicho que estás

para comerte así vestido? —Se levantó a toda prisa detrás de ellos al igual que su amigo mientras Julia volvía la cabeza para mirarla al borde de la apoplejía. —Tranquila, señora. Al final caerá. —Le dio un codazo a Philip que seguía riendo. Al pasar ante el mayordomo chasqueó la lengua al ver que la miraba con desprecio. —Madre mía, ¿quién limpia esta choza? Deben estar todo el día dale que te pego con el trapo —preguntó al ver el suelo de mármol que brillaba bajo las lámparas de cristal.

—¿Ha llamado choza a una de las casas más hermosas de Inglaterra?
—preguntó la tía casi sin aire.

—Tía, no le hagas caso —dijo Philip—. No ha dicho que sea fea. Es una manera de hablar.

—Sí, tía. No te rayes. —Entraron en un enorme comedor y sonrió a Philip al ver la larga mesa. —Has visto ese anuncio en el que una tía se lanza sobre la mesa deslizándose con un paño. Es de un producto de limpieza. ¿Lo probamos luego?

—¡Gregory, es una mesa del siglo dieciocho! —A la mujer le iba a dar un parraque en cualquier momento. —¿Ha dicho que se iba a deslizar sobre la mesa?

—Siéntate, tía —dijo sentándola a su derecha mientras que Philip tiraba de ella hacia la izquierda, colocándose al lado de su hermano que se

sentaba en la cabecera. La miró como si quisiera que desapareciera—. Te agradecería que te abstuvieras de hacer esos comentarios. Mi tía se los cree.

—Créeme Gregory, habla en serio.

Su hermano miró a Philip a punto de explotar. —¡Pues no va a hacer nada de eso!

—Vale, tío. No le echas la bronca, que él no tiene la culpa. Fue idea mía. —Miró a su amigo y susurró acercándose a su oído —¿Alguna vez se relajan?

Philip hizo una mueca. —Tranquila, nos divertiremos a pesar de ellos —dijo como si no existieran.

Xana sonrió. —¿Aquí se hace Topless?

—¡No! ¡No se hace Topless! —gritó el Conde dando un golpe sobre la mesa que hizo que temblaran todas las copas.

Al parecer le había sacado de sus casillas y antes de que la echara de su casa por los pelos, decidió mantenerse callada.

Capítulo 3

Le pusieron ante ella un plato hondo con una crema blanca que tenía un circulito amarillo en el centro.

Se acercó a Philip y susurró —¿Qué es esto?

—Crema de espárragos.

Puso cara de asco sin poder evitarlo y Philip reprimió la risa. Los demás la miraban con la cuchara en la mano y se sonrojó cogiendo la suya. Su abuela siempre decía que había que probar de todo, pero a ella los espárragos no le gustaban nada. Igual en crema no era lo mismo. Metió la cuchara en la boca y forzó una sonrisa reprimiendo la arcada que la recorrió. Aquello sabía fatal. Cómo echaba de menos la comida basura.

Su conde no le quitaba ojo y con mucho esfuerzo se lo intentaba acabar mientras le preguntaba a su hermano sobre personas que ella no conocía, demostrando que quería dejarla de lado. Dejó la cuchara sobre el plato cuando

casi había acabado, pero es que ya no podía seguir. Greg la fulminó con la mirada y la cogió de nuevo de inmediato acabándoselo todo. Bebió toda la copa de vino para quitar el sabor. Cuando le pusieron el segundo, parecía pescado crudo y se acercó a Philip.

—Es ceviche de pescado —dijo Greg molesto.

—¿Está crudo?

—Macerado —le explicó su amigo mirándola a los ojos—. Retíraselo Milton.

—No. —Miró asombrada a Greg, que parecía a punto de pegar cuatro gritos. —Comerá eso o sino puede retirarse. ¡No he visto nada igual en la vida! ¡Es un insulto tras otro desde que ha llegado! ¡Esto es indignante!

Se puso como un tomate y cogió el tenedor. —No quería ser grosera. Es que... —Forzó una sonrisa y pinchó un taquito de pescado. —No pasa nada. Me lo como.

Philip se tensó. —Si no le gusta...

—Estas jóvenes no hacen más que cuidar la figura, pero te aseguro que no engorda y es muy sano —dijo la tía intentando relajar el ambiente.

—Sí, claro. No pasa nada, Philip. Me lo como. Siempre hay que probar cosas nuevas. —Como todos la miraban se metió el tenedor en la boca. —Mmm —dijo con ganas de escupirlo en el plato.

Ellos siguieron la conversación y Xana sintió que su estómago se revolvía. Le pasaba desde pequeña con el pescado crudo. Le daba mucho asco. Desde el olor a la textura. Iban a ser unos días muy largos.

Cuando iba por la mitad, empezó a transpirar por las ganas de vomitar que le asaltaron. Respiraba agitadamente y asustada porque no sabía dónde estaba el baño, se levantó corriendo hasta un enorme jarrón que había al lado del aparador para echar toda la cena.

Sujeta a la boca del jarrón levantó la vista hacia la mesa donde los tres sentados la miraban con distintas expresiones. Philip estaba preocupado, pero Greg y su tía no podían disimular la furia y el horror respectivamente.

Otra arcada la recorrió y volvió a vomitar. Philip se levantó en el acto sujetándola por la cintura. —Ya sabía yo que no era buena idea que comieras el pescado.

—¡No han sido buena idea las tres copas de vino que se ha tomado y el gin-tonic antes de la cena! —dijo Greg levantándose furioso—. ¿Tiene problemas con el alcohol?

Xana se encontraba tan mal que no podía ni responder y Philip le apartó el cabello para ver que el rímel se le había corrido y tenía los ojos rojos, sin darse cuenta de que había llorado del esfuerzo. Pálida sólo quería tumbarse y Philip intentó cogerla en brazos, pero su hermano le apartó. —

Quita. —La cogió en brazos como si no pesara nada. Y para sorpresa de todos se desmayó dejando caer la cabeza hacia atrás.

—Milton, que venga el médico.

—Enseguida, milord.

—¡Se ha desmayado! —Philip asustado le siguió mientras la sacaba del comedor. —¡Esto es culpa tuya! ¡No has dejado de meterte con ella desde que llegó!

—¡Ha bebido demasiado!

—¡Estaba perfectamente hasta que la obligaste a comerse el ceviche! ¡Xana no está acostumbrada a esa comida! ¡Era obvio que le daba asco!

Su hermano no le hacía caso subiéndola por las escaleras y Philip le siguió a toda prisa. Greg la tumbó sobre la cama y un pitido hizo que el conde se volviera para ver que era su móvil. Philip se acercó al teléfono y bufó. — Es su padre. La llama todas las noches.

—Pues hoy no podrá hablar con ella. —La ironía de su voz hizo que le fulminara con la mirada.

—Tengo que responder. —Tomó aire y forzó una sonrisa antes de contestar —Robert, ¿qué tal? —Miró a su hermano de reojo. —Oh, es que ahora no puede ponerse. Le ha sentado algo mal la cena y está vomitando el ceviche. —Entrecerró los ojos. —Sí, es pescado. —Apretó los labios

pasándose la mano por la frente y Greg se acercó al ver que estaba preocupado. —No, no me dijo que el pescado crudo siempre la enferma. No me dijo nada. No quería quedar mal con mi familia. Que le recuerde que tiene que comer algo antes de acostarse. Le diré que te llame cuando se encuentre mejor, pero no te preocupes que el médico ya viene para acá.

Colgó el teléfono y Greg frunció el ceño. —¿Qué pasa?

—Es hipoglucémica. Necesita glucosa o comer muy a menudo. —Se acercó a la mochila para rebuscar entre sus cosas mientras Greg se acercaba a la cama. —Me ha dicho que busque unas inyecciones de glucagón que se supone que tiene que llevar. Mierda, no tiene.

Greg la cogió de la mano que cayó sobre la cama y Philip se incorporó furioso. —¿Crees que finge?

—Era una posibilidad. No te preocupes. Ha perdido el sentido por la borrachera.

Philip sin hacerle caso salió corriendo y gritó —¡Milton, trae agua con azúcar!

—Te estás poniendo muy dramático.

—¡No lo entiendes! ¡Cómo llegamos tarde no comimos! ¡Lleva sin comer nada desde el desayuno y como estaba algo nerviosa por conoceros, casi no desayunó!

—¡Te digo que esto es por culpa del vino y el gin-tonic! —Se sentó a su lado y le dio dos palmaditas en la cara. —¡Xana, despierta! ¡Xana! —Le dio dos palmaditas más y su cara cayó a un lado. Greg se levantó y fue hasta el baño llenando un vaso de agua. —Esto no falla. —Le tiró el vaso en la cara, pero no respondió. De hecho, no movió un músculo. —Philip, llama al médico a ver dónde está.

Su hermano salió corriendo y Greg se sentó a su lado tocándole el pulso. —El agua con azúcar, milord —dijo Milton desde la puerta.

—Éntrelo.

El mayordomo lo puso sobre la mesilla de noche y Greg pasó un brazo por su espalda para incorporarla acercando el vaso a su boca, pero el líquido caía por la comisura sin que tragara nada. —¿Dónde está el médico? —gritó al ver lo pálida que estaba.

Philip llegó corriendo. —A mitad de camino, pero me ha dicho que le demos zumo.

Milton salió a toda prisa, pero Greg siguió intentando que tragara el agua con azúcar. Philip subiéndose a la cama le sujetó la cabeza ayudándole para que no se derramara, pero era inútil. Casi todo se le salía de la boca. —Algo tragaré. —Greg miró alrededor. —Trae una toalla.

Saltó de la cama para correr hacia el baño y cuando la secó con

ternura Greg apretó los labios. —¿No sabías esto?

—No. Le gusta ir de dura. —Philip sonrió con tristeza sin dejar de mirarla. —Me llamaba la atención todas las veces que comía, pero creo que esto le ha pillado por sorpresa.

El teléfono de Xana empezó a sonar y los hermanos se miraron. —Es su hermana.

—¿Cómo lo sabes?

—Primero llama su padre y después su hermana.

—Cógelo antes de que se preocupe.

Philip tomó aire levantándose de la cama y descolgó el teléfono. — ¡Ariel! ¡Qué sorpresa! —Hizo una mueca. —Has hablado con tu padre. Ahora no puede ponerse.

Se pasó una mano por su cabello y Greg la dejó sobre la cama antes de acercarse para coger el teléfono. —Soy el hermano de Philip. No quiero que te preocupes porque el médico está a cinco minutos, pero tu hermana se ha desmayado.

—¡Darle zumo!

—No lo traga. Le estoy dando agua con azúcar, pero no lo traga.

—¡Puede entrar en un coma diabético! ¡Hacer algo!

Greg tiró el teléfono antes de acercarse a la cama y cogerla de nuevo.

En ese momento llegó Milton con el zumo y Philip le arrebató el vaso, pero su hermano seguía intentando hacer que bebiera, echándole el agua poco a poco en la garganta. Philip cogió el teléfono donde su hermana seguía gritando. — No te preocupes. Está intentando hacer que beba. —Miró a su hermano. — Dice que no lo dejes hasta que se despierte.

En ese momento Xana parpadeó y Greg suspiró de alivio al darse cuenta de que empezaba a beber. Philip suspiró de alivio. —Ya está. Se ha despertado.

Su mano tembló hasta llegar a la mano de Greg, que sujetaba el vaso y él lo apartó lentamente. Xana tomó aire y sonrió. —¿No tenéis chocolate?

—Bebe esto. Creo que será más rápido.

En ese momento entró el médico y se acercó a la cama. Sonrió al ver que estaba despierta. —¿Un susto?

—Es culpa mía. Me he saltado tres comidas.

El doctor se acercó a ella. —¿Razón de la hipo?

Greg vio que no quería contestar. —¿Xana?

—Idiopática —dijo a regañadientes.

—Conde, déjela sobre la cama —dijo el doctor sacando un medidor de glucosa del maletín.

Ella sonrió a Philip que estaba pálido. —Estoy bien.

—Joder, menudo susto.

—Señores, esperen fuera.

Greg miró a su hermano que no se quería mover de allí. —Philip vamos. El doctor se ocupará.

—Ir a terminar la cena —dijo ella sonriendo y chillando cuando le pinchó el médico en el dedo índice—. ¡Casi me traspasa!

Ambos hermanos alargaron el cuello para ver el dedo del que salió una buena gota de sangre antes de pasarlo por la tira que salía del aparato. — Señores...

—Sí, claro. Esperamos fuera.

—Bien señorita, ¿ha cenado ya?

—Casi.

—¡No! —dijo Philip antes de cerrar la puerta y fulminar a su hermano con los ojos—. ¡Estarás contento!

Greg se cruzó de brazos mirándolo fijamente. —Debería haber tenido esta conversación contigo antes de la cena como tenía previsto, pero como siempre desviaste el tema para no hablar de lo realmente importante. ¿Qué haces con esa mujer?

—¿Qué hago con esa mujer? ¡Es obvio que somos amigos! ¡Buenos amigos!

—¡Es totalmente inapropiada para ti! ¿En serio quieres presentarle eso a nuestros conocidos? ¡No tiene ningún gusto, es vulgar y una descarada de primera!

Philip sonrió. —Exacto. Por eso nos llevamos bien. Somos opuestos y disfrutamos de nuestra compañía.

—¡Vuestra compañía! ¡Esa quiere sacarte el dinero!

—¡Gracias hermano por pensar que una mujer atractiva puede estar conmigo porque le gusto! —Sonrió malicioso. —Pero lo que te fastidia es que se te ha insinuado y es totalmente opuesta a lo que estás acostumbrado.

—Escúchame bien. ¡A esa le vale cualquiera! ¡Ha cambiado un hermano por otro como si fuéramos dos estúpidos que no saben lo que quieren!

—Y según tú quiere nuestro dinero.

—¡Es obvio que ha visto cómo vives y quiere aprovecharse! ¡Y es lógico porque es camarera! —gritó a los cuatro vientos—. ¡Ha visto mi casa y ha decidido que soy una presa mejor! ¡Pero a mí esa zorra no me la da!

Philip se tensó con fuerza y apretó los puños. —¡Te juro que si no fueras mi hermano te cerraba la boca con un puñetazo! ¡No la conoces de nada!

—¡Estás ciego! ¡Es obvio para todos! ¿Y dices que no la quieres?

¡Estás loco por ella!

—¡Claro que la quiero, pero no como tú te piensas! ¡Es la mejor amiga que se puede tener! Te has formado una opinión de ella por como viste y...

—¡Te aseguro que no solo por como viste! ¡No tiene educación y ni sabe siquiera lo que es!

Xana apretó los labios tumbada en la cama escuchando los gritos y el médico suspiró sacando la jeringuilla del pliegue de su barriga. —Al parecer los que deben aprender modales son ellos. Siento que haya escuchado todas esas cosas.

—No se preocupe. Me imaginaba que tenía esa opinión de mí. —Forzó una sonrisa tapándose con el edredón.

—¿Se encuentra mejor?

—Sí, gracias.

—Si le sirve mi opinión, creo que es encantadora.

—Gracias, guapo.

El médico se echó a reír cogiendo su maletín y fue hasta la puerta donde se encontró a los dos hermanos gritándose a pleno pulmón. Cuando la vieron, Philip se avergonzó entrando de inmediato. —¿Cómo te encuentras?

—Mucho mejor. El doctor me ha dado dos tabletas de glucosa y estoy como nueva. —Le cogió la mano y susurró —No discutas con él, no merece la

pena.

—Me saca de mis casillas. Me gustaría...

—Shusss. —Sonrió con tristeza. —No podemos caerle bien a todo el mundo. Pero es una pena porque si no tuviera ese carácter tan estirado, le pegaba un repaso...

Philip sonrió. —Te mereces alguien a quien le guste todo en ti.

—Exacto.

La besó en la frente. —Voy a por una bandeja para que comas algo.

—Vale.

Cuando Philip la dejó en su habitación, vio que el doctor estaba hablando con su hermano al lado de la escalera y se acercó para escuchar. — No saben la razón. Le ocurre desde pequeña. A veces el organismo es así, pero lo mantiene controlado, aunque puede que en ocasiones se lleve estos sustos.

—Así que no es un problema por otra causa como beber demasiado o...

El doctor negó con la cabeza. —No creo que haya sido la razón. — Philip miró con odio a su hermano antes de bajar las escaleras ignorándole. El doctor suspiró. —Lo que sí puede reconocer son los síntomas de una bajada de azúcar. Me ha dicho que se ha saltado las comidas y que está de

vacaciones. Y la hiperactividad y saltarse las comidas, es jugar con fuego. Si se toma las cosas con calma y come como debe, no tendrá ningún problema.

—Bien, doctor. Gracias por venir.

—Si me necesitan, llámeme cuando quieran, pero no creo que haya más problemas. Tuvo su última crisis hace cuatro años. Seguro que el viaje la ha afectado. Estará atenta a los síntomas.

Greg asintió y el doctor empezó a bajar las escaleras. Miró hacia el pasillo y caminó hacia allí deteniéndose al escucharla hablar.

—Estoy bien, de verdad. No te preocupes por mí, Ariel. Aquí me cuidan mucho. —La vio sentada en la cama vestida con una enorme camiseta de Nueva York y hablando por el móvil. —Sí, ahora mismo Philip estará llenando una bandeja de comida. —Se echó a reír. —Sí que es genial. El mejor. —Greg entrecerró los ojos. —¿Su hermano? Sí, también es genial. —Vio como perdía la sonrisa. —Aunque le caigo fatal. —Sonrió con tristeza por algo que dijo su hermana. —Sí, da igual. Yo estoy aquí por Philip, pero me parece que esta semana no va a ir tan bien como en Londres. —Miró a su alrededor. —Sí, la casa es impresionante. Parece como las de las películas, pero es lo más triste que hayas visto jamás. No sé cómo pueden vivir aquí. Hermosa y sin vida. Un enorme mausoleo de setenta habitaciones. —Se echó a reír—¿Te lo imaginas? ¿Para qué quieren una casa de setenta habitaciones? Si con doce les sobran. —Suspiró cruzando los tobillos. —¿Cómo va lo tuyo?

¿Te cuesta trabajar en el hotel? Ariel, ya te he dicho que tienes que ganarte a la subalterna y que entonces te dará mejores turnos. El de noche es un asco. —Se echó a reír. —Sí, y llama primero de entrar en las habitaciones. Varias veces. Recuerdo que a la doscientos once siempre iba un perverso que estaba en pelotas esperando a ver quién entraba. —Se echó a reír. —¿Ya le has visto? ¿Y qué le dijiste? —Se escucharon sus carcajadas en toda la planta y Greg sonrió sin darse cuenta. —¿Le sacaste una foto y la has colgado en Internet? —Se siguió riendo al teléfono. —¿Qué ha dicho papá? —Las carcajadas la hicieron llorar. —¿Qué la tiene pequeña? —Siguió riéndose un rato y cuando se calmó suspiró sobre los almohadones. —Cómo os echo de menos. Estoy deseando llegar para abrazaros. —Greg perdió la sonrisa y apretó los labios volviéndose, encontrándose con su hermano que con la bandeja en la mano le miraba con una sonrisa en la cara. Él miró la bandeja y al ver suficiente comida para un regimiento, asintió antes de alejarse. Philip le vio ir hacia la escalera y pensando en la sonrisa de su hermano entró en la habitación. Cuando vio a Xana en la cama riéndose, pidiendo que se acercara con la mano, una idea se le pasó por la cabeza.

Corrieron escaleras abajo y casi chochan con Milton que salía de la sala del desayuno. Ella corrió hasta la silla sentándose antes que él. —¡Gané!

Greg bajó el periódico que estaba leyendo para ver a su hermano sentándose a su lado. —Muy maduro, chicos. —Volvió a levantar el periódico como si nada y Xana le sacó la lengua. —¿Qué pensáis hacer hoy?

Ella estaba concentrada en los huevos que se estaba sirviendo y como no respondían, bajó el periódico de nuevo para ver cómo se servía algo de jamón.

—Señorita, ¿café o té?

—Café, por favor —le dijo a Milton antes de untar mantequilla en una tostada y darle un mordisco como si estuviera ansiosa.

Greg entrecerró los ojos. —¿Cómo estás esta mañana, Xana?

Tragó la tostada y le miró a los ojos. —Bien... ¿Por qué? ¿Tengo mala pinta?

—¿Es una pregunta con trampa? —preguntó mirando su top negro que dejaba al aire parte de su vientre—. Te falta parte de la camiseta.

—Es así.

—Gregory...

—Es que no sé por qué se pone una camiseta a la mitad, cuando puede ponérsela completa.

—Hace mucho calor. —Se echó a reír porque era mentira.

—¿Qué pensáis hacer hoy?

—Vamos a montar a caballo —dijo Philip—. La llevaré a dar una vuelta por ahí y después pasaremos por la playa.

—¿No crees que es demasiada actividad para alguien que ayer tuvo una hipoglucemia? —Fulminó con la mirada a su hermano. —Creo que debería quedarse en casa.

—Igual tienes razón. —Miró a su amiga. —Montaremos a caballo y después vemos cómo vas.

—Estoy bien —dijo con la boca llena antes de meterse más tostada en la boca. Abrió más los ojos al ver que no la creían—. ¡De verdad!

Greg estaba en la terraza leyendo unos documentos de la oficina cuando escuchó una risa. Levantó la vista de golpe y los vio pasar a caballo a todo galope. Se le cortó el aliento al ver a la velocidad en que iba Xana que volvió la vista hacia Philip, que iba detrás intentando alcanzarla.

—¡No corras tanto, Xana! —gritó su hermano.

Casi le da un infarto al ver cómo saltaba un enorme seto y se volvía a reír. Al perderlos de vista, apretó los puños arrugando los papeles que llevaba en la mano siseando —Me cago en la... lleva mi caballo.

Dejaron las monturas descansando y Philip sonrió delante del laberinto. —¿Lista?

—Cronométrame.

Él mirando su reloj asintió. —¡Ahora!

Entró en el laberinto corriendo hasta llegar a un seto que le cerraba el paso, corrió hacia la derecha y después doblo hacia la derecha de nuevo. Una y otra vez iba hacia la derecha, pero llegó a un callejón sin salida. Frunció el ceño porque había metido la pata en algún sitio y salió de allí para seguir siempre la pared a su derecha. Cuando llegó a la fuente del medio del laberinto había pasado al menos una hora. Y vio distintas salidas.

—Madre mía, esto es enorme —susurró atravesando el jardín de la fuente para entrar por una de ellas. Entonces empezó a tener hambre y se mordió el labio inferior. Se había saltado la comida de media mañana. Era un desastre. Decidió detenerse y gritar —¡Philip! ¿Me oyes? —Sólo escuchaba el sonido de la naturaleza. —Estupendo. Esto es estupendo. ¡Philip!

Mejor volvía a la fuente. Pero para su sorpresa no la encontró. Estaba planteándose saltar los setos para salir al exterior cuando sintió algo tras ella. Se volvió asustada y chilló al ver a Greg tras ella. Él entrecerró los ojos. — Xana...

—¿Si?

—¿Sabes qué hora es?

—Muy tarde.

Él levantó un envase de zumo y un bollo que llevaba en la mano. Xana se sonrojó de gusto. Cogió el bollo sonriendo radiante y el zumo. Le dio un beso en los labios sorprendiéndolo y le dio un mordisco al bollo. —Mmm, de canela. ¿Sabes que la canela es afrodisiaca? ¿Es una indirecta? —Él miró sus labios y Xana sonrió. —Vamos, reconoce que te gusto.

—¿Siempre eres tan directa?

—Sólo voy a estar aquí unos días. —Le miró a los ojos. —Podríamos pasar unas noches estupendas. ¿No te apetece?

—Eso es solo sexo —dijo como si le molestara la propuesta. Se volvió empezando a caminar y ella le siguió.

—Exacto. Sexo sin compromiso. Prometo no intentar atarte de por vida.

—Eso no pasaría, te lo aseguro.

—¿Entonces qué problema hay? —Le dio otro mordisco al bollo y bebió de su zumo. Él se detuvo para mirarla de arriba abajo.

—No me interesa.

—Mentiroso.

—¿Te has acostado con mi hermano?

—No. —Se terminó el bollo y bebió de la pajita mirándole a los ojos.

Greg se pasó la mano por su pelo negro y ella sonrió al ver como ponía los brazos en jarras mirándola de arriba abajo. Xana se decidió dejando caer el envase vacío al suelo y se quitó la camiseta mostrando que no llevaba sujetador. Greg entrecerró sus ojos negros siguiendo sus manos hasta el cierre de sus vaqueros, abriéndolos lentamente antes de dejarlos caer al suelo mostrando que tampoco llevaba bragas.

Greg carraspeó viendo cómo apartaba con el pie los pantalones cortos y ponía los brazos en jarras como él, retándole con sus preciosos ojos verdes. La miró de arriba abajo y su mirada la excitó muchísimo. Sus pezones se endurecieron al sentir sus ojos sobre ella, pero él no se movió. —Empiezo a dudar de mi poder de seducción si todavía estás vestido, cariño.

—Nena, vístete —dijo con voz ronca.

Ella miró hacia su entrepierna y se mordió el labio inferior al ver que estaba excitado a través de los pantalones negros. —Xana, vístete. No te lo digo más.

—¿Y sino qué?

Greg dio dos zancadas hasta ella y la cogió por el brazo pegándola a él. —¿Crees que voy a acostarme con una zorra que se ofrece a cualquiera? —

Xana palideció al ver que estaba furioso. —Tengo mucho mejor gusto. ¡Ahora vístete de una puta vez para que pueda sacarte de aquí, ya que soy el único aparte del jardinero que sabe salir!

Incapaz de abrir la boca, se agachó para ponerse los pantalones cortos y la camiseta en tiempo récord. Nunca en su vida se había sentido más humillada y no fue capaz de mirarlo a la cara cuando recogió el envase del suelo. Greg apretó los puños y empezó a caminar. Xana le siguió en silencio y cuando ya veían la salida donde les esperaba Philip susurró a sus espaldas — Es la segunda vez que me llamas zorra. La próxima vez que lo hagas, te parto la cara.

Greg se detuvo en seco y ella pasó ante él sin mirarle, antes de llegar a su amigo que estaba preocupado. Disimulando lo dolida que estaba, intentó sonreír. —Está claro que esto no se me da bien.

—Pues será lo único —dijo su amigo pasándole el brazo por los hombros.

Capítulo 4

A la hora de la comida Greg dijo que tenía un compromiso y no comió con ellos. Fue un alivio, porque todavía intentaba digerir lo que había sentido por sus palabras. Era un hipócrita. La deseaba, pero no quería reconocerlo. Pues que le dieran. Ahora no se acostaría con él ni loca. Disimuló su disgusto el resto del día y cuando llegó la noche se dijo que lo mejor era olvidarse de ese estirado.

Bajó a cenar con los pantalones cortos y la camiseta de lentejuelas con la bandera de Inglaterra. Sonrió a Milton que levantó una ceja al verla. — Buenas noches, señorita Xana.

—Buenas noches, guapo. —Fue hasta el salón donde todos estaban vestidos como si fueran a ver a la Reina. —Buenas noches a todos.

Greg se tensó al ver su vestimenta. —Igual deberías llevar a tu invitada de compras, Philip.

—No, gracias. Tengo camisetas de sobra.

Se sentó en el sofá mientras la tía no salía de su asombro mirando las lentejuelas. —Lo te preocupes, chata. Te la dejo cuando quieras.

Philip se echó a reír a carcajadas acercándole un gin-tonic. Greg apretó los labios. —Aquí tenemos unas costumbres que como invitada deberías respetar.

—A ti te da igual que las respete o no. Sólo quieres criticarme.

—Eso no es cierto. ¡Es tu actitud lo que provoca estas discusiones! ¡Te comportas como una cría!

—Gregory, no te pases —dijo su hermano muy tenso.

—¡Esta mañana ha cabalgado como una loca sobre un caballo muy caro! ¡Mi caballo! ¡No recuerdo haberle dado permiso para montar a Romeo!

—Yo le di permiso.

—No tenías ningún derecho. ¡Hay monturas de sobra para tener que coger mi caballo!

—Como habrás visto, no ha tenido ningún problema en dominar a Romeo.

—No está enfadado por eso, Philip —dijo dejando su vaso sin probar sobre la mesa—. Está enfadado porque me insinué en el laberinto y no tuvo los huevos de acostarse conmigo. —Sonrió maliciosa. —Me tiene miedo.

—Oh, por Dios. No se puede ser más maleducada —dijo su tía levantándose del sofá—. No pienso tolerar esta actitud. Te aconsejo que te vayas de esta casa.

—Tranquila, tía. Me voy mañana. No me quedo donde no se me quiere y está claro que esta casa es demasiado para mí. —Miró a Greg a los ojos que estaba muy tenso. —No os llego a la suela de los zapatos, ¿verdad? Soy demasiado espontánea, demasiado segura de mí misma para que podáis soportarlo. Miráis a los demás por encima del hombro y no os juntáis con los que no son de vuestra clase. Lo único bueno de esta casa es Philip.

—No te tienes que ir. ¡Esta también es mi casa y eres mi invitada! Todavía quedan cinco días para que te vayas.

Sonrió a su amigo con tristeza. —No te preocupes. Me voy mañana, pero nos volveremos a ver. —Se echó a reír. —Aunque está claro que no será aquí. Te iré a visitar a Londres o donde sea.

—Claro, no vaya a ser que pierdas a tu presa —dijo Greg con desprecio.

—¡No tienes ni idea de lo que hablas! —gritó Philip—. ¡Te he dicho millones de veces que es mi amiga!

—¡Pues esta amiga no es bienvenida en esta casa! ¡No quiero verla más por aquí!

Las palabras de Greg hicieron que su corazón se retorciera en su pecho y sin saber de dónde sacaba las fuerzas se levantó del sofá. —Está claro que la cena no sería del gusto de nadie si yo me quedara. Tengo que hacerlo hasta mañana, pero me iré bien temprano. Buenas noches y gracias por su hospitalidad. —Con la cabeza bien alta salió del salón y fue hasta la escalera.

—Le subiré la cena, señorita Xana —dijo Milton mirando su espalda.

—Gracias, guapo —susurró llegando arriba.

Philip miró a su hermano con desprecio. —Está claro que ahora esta casa es tuya y no puedo invitar a quien quiera. Ella fue muy amable conmigo en Nueva York y yo quería demostrarle que mi familia la recibiría de la misma manera, pero está claro que mi opinión o sentimientos en esta casa cuentan una mierda.

—Philip —dijo Julia preocupada—. Eso no es cierto.

—¿No es cierto? ¡Desde que ha llegado la habéis insultado de todas las maneras posibles! ¡Incluso él la ha llamado zorra! ¡La ha acusado de borracha y de muchas cosas que no quiero ni recordar! —Greg palideció. — ¡No me extraña que se vaya de esta casa, porque yo no volvería jamás! — Salió del salón furioso siguiendo a su amiga.

Julia se apretó las manos nerviosa. —Ve a hablar con él.

—No tengo que hablar con él. Yo tengo razón. Esa mujer no le

conviene, ni le convendrá jamás.

Se pasó toda la noche hablando con su amigo. Hicieron una fiestecita en su habitación para que nadie les molestara y vieron unas pelis de terror, riendo cada vez que intentaban matar a la protagonista. A las ocho de la mañana vio como cogía su mochila y salía de la habitación. —Te olvidas esto —dijo Philip cogiendo la cajita del regalo de Greg.

Se encogió de hombros. —Dáselos a alguien que le sirvan. Conocerás a alguien.

—Es una pena. Eran muy bonitos.

—Da igual —dijo forzando una sonrisa—. Me tengo que ir.

Su amigo la siguió en silencio hasta el hall. —Desayuna algo.

—No quiero molestar más. Comeré algo por el camino. —Se volvió hacia su amigo sabiendo que Greg estaba en la sala del desayuno y le abrazó con fuerza. —Te echaré de menos.

—Y yo a ti. Prométeme que te cuidarás. Si tienes problemas, llámame.

—No me pasará nada. —Le besó en la mejilla antes de mirar sus ojos.

—Si me necesitas...

—Lo sé. —La besó en la frente y el sonido de un motor llegó hasta

ellos. —Ya llega.

Xana asintió mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. —Sí, tengo que irme.

Greg, que se había levantado para ir hacia ella, vio como un helicóptero aterrizaba más allá del jardín. Al mirar a Xana sus ojos se encontraron y ella forzó una sonrisa antes de salir por la puerta. Greg aceleró el paso hacia la puerta, donde Philip la observaba ya correr hacia el helicóptero atravesando el jardín. Salió a la terraza asombrado. —¿Qué coño es esto?

Philip le miró con desprecio antes de volverse de nuevo hacia su amiga, que estaba tirando la mochila dentro del helicóptero. Entró en él con ayuda del piloto y cuando se cerró la puerta, ella sonrió a través del cristal despidiéndose con la mano. Greg asombrado vio que era un helicóptero de la petroquímica Madison. —Pero, ¿qué...?

—No se puede meter más la pata —dijo su hermano mirándolo decepcionado—. Nunca querría tu dinero porque tiene más del que tú ganarás nunca. La conocí en una de las discotecas de su padre y ha trabajado desde los dieciséis en todas las empresas del grupo Madison. Por eso no ha estudiado en la Universidad. En septiembre se va a una plataforma petrolífera en el Pacífico, porque va a dirigir esa parte del negocio en cuanto su padre se jubile dentro de unos años. A esa que llamaste zorra por querer acostarse contigo por

tu dinero, sólo ha tenido un novio en su vida y jamás ha mostrado tanto interés por un hombre como por ti. —Philip le puso su regalo en las manos. —Que lo disfrutes. Lo había comprado con mucho cariño antes de conocerte, porque la ilusiónaba llevarse bien con mi hermano, aunque ya sabía que eras don perfecto.

Entró en la casa mientras el helicóptero se alejaba y Greg pálido vio la cajita en la palma de su mano. Lo desenvolvió a toda prisa y vio los gemelos, acariciando uno de ellos con el pulgar. Levantó la vista mirando el helicóptero a lo lejos y apretó los labios sabiendo que probablemente no la vería nunca más.

—Por la Nochebuena —dijo Philip levantando su copa de champán irónicamente mirando a su hermano de reojo que sin hacerle caso miraba al vacío pensativo como desde hacía meses.

La tía Julia levantó su copa. —Gregory, ¿no brindas por la Navidad?

La miró con sorpresa. —¿Qué decías, tía?

—Estamos brindando.

—Oh, sí. —Levantó su copa y Julia miró a Philip preocupada antes de que él dijera —Feliz Navidad.

—Menuda juerga —dijo Philip antes de beber de su copa.

—Si tanto te apetecía la juerga, igual deberías haberte quedado en Londres con esos amigos tan divertidos que te has buscado.

—Soy joven. Disfruto de la vida. —Vio beber a su hermano y apretó la mano alrededor de su copa al ver que llevaba los gemelos de Xana. Al darse cuenta de lo que miraba, bajó la mano de inmediato haciendo que la chaqueta del smoking los cubriera. —Lo que debería haber hecho es irme a Maine a la casa de Xana —dijo malicioso—. Seguro que me lo hubiera pasado mucho mejor.

Greg apretó los labios. —Estoy seguro de que así sería.

—No digas eso. Aquí estamos en familia. —Su tía les miró preocupada porque su relación se había resentido mucho en esos meses.

—Ella también es mi familia. Hablo más con ella que con vosotros y se preocupa por mí mil veces más.

Su hermano le miró de reojo. —Así que hablas con ella.

—Esto es la hostia —dijo haciendo jactarse a su tía. Ignorándola continuó —¿Ahora quieres saber de ella?

—No puedes estar más equivocado. Solo era una pregunta de cortesía.

—Creo que la cortesía no es lo tuyo, como le demostraste hace meses.

—Sonrió con malicia. —Pues está preciosa como siempre. Se ha cortado el

pelo a lo chico y le encanta su trabajo. Al jefazo le va a costar que salga de la plataforma. —Se echó a reír.

Julia le miró con interés. —¿No es un trabajo muy masculino?

—La adoran. —Bebió de su copa mientras Greg se tensaba enderezando la espalda. —He hablado con varios chicos por Skype y la tratan como a una princesa.

—Es la hija del jefe. Es lógico —dijo la tía dejando que recogieran su plato.

—No saben quién es.

Le miraron sorprendidos. —¿Acaso creéis que os ocultó quién era a propósito?

—Pues se me ha pasado por la imaginación —dijo Greg furioso—. Si cuando la acusamos de... —Tiró la servilleta sobre la mesa. —Da igual.

Philip se echó a reír al ver como se levantaba sin terminar la cena. —¿Estás intentando justificar tu comportamiento?

—No. No estoy intentando justificar nada. Pero ella podía haber cortado los problemas de raíz contando la verdad.

—¿Y por qué debería hacerlo? ¿Qué diferencia hay en que tenga dinero o no? Ella es como es. No le da importancia a su apellido y cuando trabaja en uno de los sitios de su padre no lo oculta. Simplemente no se imaginan que la

hija de un hombre tan rico vaya a servir copas en un bar o hacer camas en un hotel.

—¿Y por qué lo hace?

—¡Su padre quiere que conozcan perfectamente los negocios que dirigirán y solo hay una manera de hacerlo! —gritó levantándose—¿Cómo van a dirigir una discoteca si no saben nada de ellas? ¡Es una máquina de hacer dinero y ellas deben continuar su legado! ¡Me pareció muy lógica su manera de instruir las para continuar su trabajo!

Julia asintió. —La verdad es que es lógico. —Miró de reojo a Greg que se pasaba una mano por su cabello nervioso. —¿No crees, sobrino?

—¡Yo ya no veo nada lógico!

—¡Lo que pasa es que se te llevan los demonios por haber tenido la oportunidad de estar con ella y por tu maldito orgullo de rancia nobleza la desechaste! Un conde no se puede acostar con una camarera —dijo con desprecio.

Su hermano palideció y salió del comedor sin decir una palabra. Philip apretó los puños y su tía carraspeó. —Al parecer se ha acabado la cena.

—¡Gracias a Dios! Me largo de aquí —dijo furioso saliendo también del comedor.

Estaba subiendo las escaleras para cambiarse cuando le sonó el móvil.

Se detuvo al ver que era Ariel. Sonrió descolgando. —Feliz Navidad.

—¿Xana está contigo?

—¿Cómo si está conmigo? —Una interferencia hizo que mirara el teléfono antes de ponérselo al oído de nuevo. —¡Ariel! ¡Iba camino de Maine! ¡Ariel!

—No... —La llamada se cortó y preocupado bajó las escaleras llamando de nuevo por si tenía poca cobertura. Su hermano salió del salón con un whisky en la mano y frunció el ceño al verle salir a la terraza con el frío que hacía. Le siguió observándolo desde la puerta.

Nervioso su hermano se pasó la mano por la nuca con el teléfono al oído. —¡Ariel! ¿Dónde está Xana?

—¡No lo sé! ¡Tenía que haber llegado hace horas! —Se escucharon interferencias, pero lo que le puso los pelos de punta fue que estaba llorando. —No sabemos qué hacer.

Greg se tensó acercándose a su hermano. —¿No está en Maine?

—¡Deja que me entere! —dijo apartando algo el teléfono antes de decirle a Ariel—. ¿Cogió el avión en Hong Kong? ¿Se subió al avión?

—¡Los de la embajada están intentando averiguarlo, pero llevará horas! Estoy llamando a todos sus amigos... —Se volvió a cortar.

—¡Joder! —Impaciente volvió a llamar.

—¿Qué ocurre?

—Ha desaparecido. No saben dónde está. Ni siquiera saben si ha llegado a los Estados Unidos.

Greg entró corriendo en la casa yendo hacia el despacho y levantó el teléfono marcando el número de uno de sus mejores amigos. Impaciente esperó a que contestara, pero no cogía el teléfono. Volvió a insistir jurando por lo bajo. Cuando no recibió respuesta colgó de golpe. Intentó pensar rápidamente y recordó que un compañero de colegio trabajaba en el servicio secreto. Abrió los cajones hasta que encontró la agenda y a toda prisa buscó su número.

Estaba con el auricular en el hombro buscando otro número que pudiera valer cuando su hermano entró en el despacho pálido. —Creen que es un secuestro. Su teléfono no está operativo.

Greg palideció. —Piensa en todos tus contactos. Quiero poner a trabajar en su búsqueda a todo el que nos sea útil.

—¿Diga?

—¿Jeremy? Soy Lord Gregory Huntley.

—Coño. Menuda sorpresa. ¿A qué debo el honor? —preguntó irónico por encima del ruido de una fiesta.

—Tengo un problema muy serio y sé que tienes contactos en el MI5

Escuchó como se apartaba del ruido. —¿Qué clase de problema?

—Una amiga de la familia ha desaparecido. Debería haberse subido en un avión en Hong Kong, pero no sabemos si lo hizo. Trabaja en una plataforma petrolífera en el Pacífico. Ni siquiera sabemos si llegó a los Estados Unidos.

—¿Es atractiva?

—Mucho. Además, es muy rica.

—¿Y viajaba sola? —preguntó incrédulo.

—Se suponía que nadie conocía su identidad.

—Dime el nombre.

—Xana...

—Alexandra Eliana Madison —repitió su hermano fulminándole con la mirada.

—¿Lo has oído?

—¿La llaman Xana?

—Sí.

—Déjame hacer unas llamadas. Lo primero que hay que averiguar es si subió a ese avión.

—Necesito encontrarla cueste lo que cueste.

—Si es lo que me imagino, no saldrá barato.

—El dinero no es problema.

—Te llamo en un par de horas con lo que tenga.

Colgó el teléfono y Greg se sentó en su sillón sin dejar de revisar su agenda. —Jeremy se encarga.

—Crees que saben quién es ella.

Greg levantó la vista preocupado. —No. Creo que viendo a una mujer sola con una mochila, ni se les pasa por la imaginación que sea la hija de uno de los hombres más ricos del mundo. Eso si no ha tenido un accidente y está tirada en cualquier sitio sin recibir ayuda.

—Oh, Dios. Las posibilidades son infinitas.

Greg se levantó tirando la agenda contra la pared fuera de sí y su hermano le miró asombrado al ver que estaba muerto de miedo. —Joder Greg, espero que si sale de esta lo arregles.

Le fulminó con la mirada. —¡Va a salir de esta! ¡Es lista y no es cobarde! Conseguirá mantenerse a salvo.

—Si no la alimentan...

—¡Cállate y busca a alguien que nos pueda ayudar! —Furioso cogió la agenda del suelo y volvió a llamar a su amigo Clay.

Se pasaron media noche al teléfono movilizándolo a todos los que conocían. Le llegó un mensaje a Philip a las tres de la mañana y suspiró. —La prensa ya se ha enterado. Se ha filtrado la noticia de su desaparición.

—La he filtrado yo.

Le miró asombrado. —¿Estás loco?

—¡Si saben que tienen algo valioso entre manos, no le harán daño para recibir lo máximo posible! ¡Necesito que la alimenten para mantenerla viva!

Philip en mangas de camisa apoyó la espalda en el respaldo de la silla.

—Quizás tienes razón.

—Si se enteran de que tienen a una heredera querrán sacar tajada.

—¿Y si se asustan y la matan?

—¡Joder, no digas eso! —El teléfono sonó y Greg lo cogió de inmediato. —¿Diga?

—No se subió al avión. Hemos comprobado las listas de pasajeros de los últimos tres días. Salió de la plataforma el jueves a las dieciocho horas y un barco la dejó en las Filipinas a las seis de la mañana del día siguiente. Ahí se perdió el rastro.

—¿En las Filipinas? —preguntó mirando a su hermano.

—Tenía que coger un avión en Hong Kong —susurró Philip.

—Estamos intentando averiguar si se subió a un vuelo desde Manila a Hong Kong. Pero las autoridades allí... —Su amigo parecía cansado. —Ya he visto la noticia en la prensa de la red. Han dicho que es hipoglucémica.

—Sí. Tiene que comer cada poco.

—¿Te das cuenta de que ha desaparecido hace más de cuarenta horas?

Greg palideció. —¿Tanto tiempo?

—Sí, amigo. No tiene buena pinta. Siento decírtelo, pero es así. Cuando las secuestran las drogan para dominarlas y si está enferma...

—Es lista. Saldrá de esta —dijo muy tenso.

—En cuanto sepa algo más te llamo.

Philip entrecerró los ojos. —¿Filipinas?

Los hermanos se miraron. —¿Por qué iba a ir hasta Hong Kong cuando podía salir directamente desde Manila? —preguntó Greg—. ¿Te dijo algo?

Negó con la cabeza. —En ese momento pensé que iría desde la plataforma hasta Hong Kong para coger el vuelo.

—Eso sería lo lógico. Pero el barco la dejó en Filipinas. Tampoco me ha especificado el sitio.

—¿Y si cambió el vuelo al llegar a Manila?

—Llama a Ariel. Ella tiene que saber por la empresa por qué se detuvo el barco en Filipinas.

Philip asintió cogiendo el móvil y llamó a toda prisa. Mientras hablaba con ella Greg no le quitaba ojo. Se dio cuenta que todavía no sabían que no había cogido el vuelo en Hong Kong y que ni siquiera sabían que se había detenido en Filipinas. Al parecer no les informaban de nada de la

investigación y llevaban horas esperando noticias. Philip colgó el teléfono. — Va a llamar a la plataforma para saber la causa. Estaban convencidos que el barco iba directamente a Hong Kong. Lo de Filipinas les ha tomado por sorpresa.

—Aquí pasa algo raro. Ante una desaparición así, ¿cómo no llamaron desde la plataforma al del barco de inmediato para saber si había desembarcado bien y dónde?

Los hermanos se miraron. —¿Es desde dentro?

—Puede que los que trabajaban con ella se dieran cuenta de quién era.

Casi una hora después sonó el móvil de Philip. Descolgó a toda prisa. —Dime.

Gregory impaciente se levantó rodeando el escritorio y cuando Philip le miró sorprendido apretó los labios. —¿Y te lo han dicho ahora? ¿Por qué no te informaron antes? —Escuchó a la hermana de Xana que estaba histérica y asintió. —Llámame si te enteras de algo. Mi hermano tiene a mucha gente investigando el asunto y así nos coordinamos.

Dejó el móvil sobre la mesa. —Al parecer el barco se averió y tuvieron que detenerse en un lugar de Filipinas llamado Clavería. El capitán no informó de ello porque se fue de borrachera en cuanto desembarcó. Tenía que esperar que arreglaran el barco y ni se enteró de la desaparición de Xana.

—Esa es su versión. Pero si es cierto, entonces ella tenía que desplazarse hasta Manila desde allí. —Impaciente miró el mapa en el ordenador. —Hay mucha distancia.

—Sí —masculló su hermano a su lado—. ¿En qué iría?

—¡Conociéndola hasta iría en autobús! —Frustrado se levantó.

—Vamos a tranquilizarnos. Se detuvo aquí a las seis de la mañana según tu amigo Jeremy y tenía que subirse al avión en Hong Kong al día siguiente a las cinco y media de la tarde.

—Tenía treinta y seis horas para llegar a Hong Kong. —Greg entrecerró los ojos. —Se fue de turismo. ¿Pasó la noche en Manila?

—Hong Kong ya la conoce del viaje de ida.

El teléfono sonó sobresaltándolos y Greg miró a los ojos a su hermano antes de contestar. —Diga.

—La tenemos.

Greg cerró los ojos dejándose caer en su sillón. —¿Dónde está?

—En un hospital de la ciudad de Manila. Le habían robado todo lo que tenía y estaba indocumentada. Al parecer se desmayó en un mercado y tuvo suerte porque unas monjas católicas impidieron que la desnudaran robándole la ropa, pero lo demás voló. Como no sabían quién era, no pudieron ponerse en contacto con la embajada de los Estados Unidos.

—¿Está bien?

—Al parecer no está consciente. La ha encontrado uno de los nuestros, pero no te puedo contar más.

—Gracias, Jeremy. No sé cómo agradecértelo.

—Hoy por ti, mañana por mí. No te preocupes. Te envió los detalles por mail. Aunque se encargará la embajada.

Philip llamó de inmediato a Ariel y Greg añadió —Gracias de nuevo. Vamos a llamar a la familia.

—Diles de mi parte, que una chica en sus condiciones, no puede ir sola por países desconocidos, ¿quieres? Ha tenido muchísima suerte. Le podían haber pasado mil cosas.

Greg apretó los labios. —Se lo diré de tu parte.

—Adiós, amigo. Cuídate.

Philip de espaldas a él hablaba con Ariel. —La embajada en Manila se hará cargo de ella, pero lo que me preocupa es que no se ha despertado. —Greg se acercó y pudo escuchar como su hermana lloraba. —En cuanto sepas algo de la embajada llámame. —Su hermano sonrió colgando el teléfono. —Al menos sabemos dónde está. Seguro que salen de inmediato hacia Manila.

Greg entrecerró los ojos. —¡Le dio una bajada de azúcar en un país en el que nadie sabía que estaba! ¡Está claro que es una irresponsable!

—¿Ahora te desahogas conmigo? —preguntó Philip divertido viéndole salir.

—¡Es que no la tengo a ella para gritarle lo que pienso! —gritó furioso.

—¡Seguro que le interesaría mucho escucharte!

Capítulo 5

—¡Esto es ridículo! —dijo Xana abriendo el cinturón de seguridad del avión de su padre y levantándose furiosa—. ¡No tengo por qué quedarme aquí!

Robert Madison entrecerró los ojos. —¡Te quedarás en casa de tu amigo hasta que nos quitemos a la prensa de encima y no hay más que hablar! ¡Ha demostrado que es alguien de fiar y no estarías aquí si no llega a ser por la rapidez con la que actuó! ¡Así que no quiero más discusiones! ¡Desde que te has enterado, estás insoportable!

Al verla coger su bolso enfurruñada e ir hacia la puerta, su padre miró a su hermana que la miraba pensativa sin moverse de su asiento. —Protesta demasiado, ¿verdad?

Ariel asintió a su padre antes de sonreír. —Demasiado. —Le miró maliciosa. —¿La castigarás, papá?

—Por supuesto. Se quedará hasta que se me pase el cabreo.

—¡Muy agradiosos! —dijo ella desde la puerta sin abrir.

—Para no querer reencontrarte con ellos, te veo ansiosa por salir — dijo Ariel divertida.

—Estoy harta de tanto avión. —Se sonrojó porque no sabía por qué, pero estaba deseando verles. A los dos. Se había despertado hacía dos días con su padre a su lado en una clínica privada de Manila sin saber todo lo que había ocurrido. Su madre no había acudido a acompañarla para que la prensa pensara que aún estaban en Maine. Les había dado un susto de muerte y su padre decidió sin contar con ella, que debía mantenerse lejos porque no quería que los periodistas montaran un circo con su historia. Quería proteger su privacidad y para conseguirlo, debía quedarse en un sitio seguro y controlado hasta que pasara la tormenta.

Gruñó pensando que no había sitio más controlado que la casa donde había nacido Philip. Todavía no entendía muy bien la razón para que su padre hubiera llegado a la conclusión de que desterrarla a Inglaterra era la mejor opción, pero sorprendentemente, aunque pidió ayuda a su madre, ésta no le hizo ni caso. Irás, fue la orden de su madre y nadie le llevaba la contraria a Gloria Madison. Sabía que para que su madre no hubiera ido hasta Manila, se debía haber montado un buen circo en casa. El plan era que en cuanto su padre llegara a casa, diera una rueda de prensa contando los detalles de lo que había pasado y decir que estaba convaleciente en una clínica privada en Suiza. Se

había especulado que había sido secuestrada por una red de trata de blancas y que había sido encontrada casi muerta. Ella les había dicho que si estaba en la rueda de prensa, verían que estaba bien y que todo pasaría, pero su padre no estaba de acuerdo. ¡Y ahora tenía que quedarse allí sabe Dios por cuanto tiempo!

Se cruzó de brazos mirando a su hermana, que se levantó encantada de la vida. Claro, como ella no tenía que quedarse allí... Se acercó moviendo sus rizos castaños y con sus ojos verdes brillantes de la alegría estirando su jersey rojo. Miró a su padre que iba con vaqueros y un jersey negro. Seguro que cuando llegaran a Sheringham, el Conde los recibía en smoking.

—Estoy deseando llegar —dijo Ariel emocionada—. Me muero por ver la casa.

—Y yo —dijo su padre cogiendo el abrigo—. Hija, tu abrigo.

Ariel se echó a reír porque no se había acordado. —Deberíamos detenernos en Londres antes de ir, para comprarle ropa.

—Que se la compre por internet. No la quiero cerca de una gran ciudad hasta dentro de unas semanas.

—Papá, lleva hasta mi ropa interior.

—Me da igual. —Señaló con el dedo a Xana. —Como vea una foto tuya en la prensa diciendo “Hereditaria desaparecida en Harrods”, me voy a

cabrear muchísimo.

—No lo haré, ¿vale? ¡La compraré por internet! ¿Nos vamos de una vez?

Su hermana entrecerró los ojos y fue hasta el carrito de la comida, cogiendo dos envases de zumo y varios paquetes de galletas. —¡Estoy bien!

—No es cierto. Estás irritable.

—¡No es por la hipo!

Por si acaso cogió el zumo y salió por la puerta que acababa de abrir la azafata. Dándole las gracias bajó la escalerilla mirando hacia atrás esperando a su hermana y cuando su padre salió del avión, éste miró desde arriba a su alrededor saludando con la mano.

Se volvió y vio a Philip saludando. Hacía meses que no le veía y gritó sorprendida antes de correr hacia él. Su amigo la abrazó con fuerza. —Joder Xana, qué susto —susurró a su oído.

—No me echas tú también la bronca, ¿quieres? —Sonriendo se alejó para verle la cara. —¡Estás más fuerte!

—Ya te he dicho que iba al gimnasio —dijo dándose aires.

Ella se echó a reír y cuando alguien se colocó al lado de su amigo, vio esos ojos negros que llevaban torturándola meses. Perdió la sonrisa de golpe al ver que estaba furioso. —Pero si está aquí el Conde. —Burlándose hizo una

reverencia. —Milord.

—Xana... —Miró a su padre que ya había llegado y extendió la mano.

—Señor Madison, soy Gregory Huntley.

—No papá, es el Conde de Sheringham, Lord Gregory —dijo ganándose una mirada de reproche de Greg.

—De todas maneras, es un placer conocerle —dijo apretando su mano—. No sé cómo agradecerle todo lo que ha hecho. Sé que ha presionado mucho a muchas personas para encontrarla.

Xana chasqueó la lengua y Philip le dio un codazo sonriendo. —Papá, este es Philip. Mi mejor amigo.

—De eso ya me he dado cuenta. Habíamos hablado y es un placer conocerte —dijo apretando su mano.

—Mi hermana Ariel.

Philip chocó la mano con su hermana en forma de saludo y cuando Greg se acercó a Ariel, le cogió la mano con cariño. Eso la puso frenética, porque con ella nunca había tenido un gesto amable, y le miró con odio antes de volverse hacia Philip. —¿Me puedo quedar en tu casa en Londres?

Su amigo, que no se lo esperaba, les miró a todos sin saber qué decir —Pues...

—¡Philip!

—Hija, ya hemos hablado de esto. ¡No te vas a quedar encerrada en un piso semanas! —Su padre entrecerró los ojos. —¡Deja de comportarte como una niña! El señor Huntley ha sido muy amable al ofrecer su casa. Allí tendrás privacidad.

—Estás muy pesada con el tema —dijo Ariel provocando que se sonrojara.

—¡Pues no sé por qué ha ofrecido su casa, cuando me echó a patadas la última vez!

Ariel y su padre miraron al Conde asombrados, demostrando que no sabían nada. Greg carraspeó. —No fue exactamente así.

—Claro, las cosas ahora han cambiado porque soy una Madison. ¡Antes era una simple camarera que sólo quería su dinero!

—Xana... —Le advirtió con la mirada.

—¿Y cómo ibas a conseguir su dinero? —preguntó su padre intrigado.

—Pillándole, papá. —Sonrió maliciosa. —Creía que quería acostarme con él para cazarle. ¿No es cierto, conde? Era una zorra avariciosa, que primero había utilizado a su hermano y al ver un pez más gordo, cambié de opinión. ¡Pero el que ha cambiado de opinión ahora es él! ¡Antes no me hubiera dado ni la hora!

Su padre carraspeó. —Vaya, esto es una sorpresa y...

Greg la cogió por el brazo apartándola como si su padre no hubiera abierto la boca y tiró de ella hacia el coche que estaba esperando. —¡No me toques! —gritó ella intentando arrearle con el bolso.

—¡Me pones de los nervios!

—Seguro que ahora te pongo menos de los nervios. ¡Es lo que hacen los millones, que amortiguan esas cosas tan incómodas!

Abrió la puerta y Xana se cogió a ella para impedir que la metiera en el coche mientras los tres los observaban pelear. Él intentando meterla en el coche, la cogió por la cintura y ella no soltaba la puerta.

Su padre levantó una ceja mirando a Philip. —¿Esto fue así hace meses?

—No, hace meses sólo se gritaban —dijo satisfecho—. Mi hermano está avanzando.

Ariel se echó a reír. —¡Le ha mordido en la mano! Va ganando mi hermana.

Philip hizo una mueca al ver como aprovechando que Greg se estaba mirando la mano, Xana salía corriendo en dirección contraria a ellos. Greg corrió hacia ella cogiéndola por la cintura y elevándola para volver a llevarla hacia el coche mientras le gritaba que se estuviera quieta.

—Esto promete —dijo Robert satisfecho al ver que conseguía meterla

y cerrar la puerta, mientras ella se desgañitaba e intentaba abrir la otra buscando una salida.

Greg sonrió arreglándose el abrigo. —¿Nos vamos?

—Sí, claro. Me muero de hambre —dijo Ariel divertida.

Cuando se acercaron al coche casi tenían entrar. Ariel le gritó que se apartara de la puerta y como Xana vio que no tenían intención de entrar hasta que lo hiciera se alejó a la otra puerta, pero Philip estaba allí mirándola divertido, así que a regañadientes se movió hacia el centro cruzando los brazos. Entraron sentándose a ambos lados rápidamente y Xana gruñó. Su hermana le tendió un zumo y cuando Greg se sentó tras el volante vio como chupaba de la pajita de plástico mirándole con odio. Para su sorpresa sonrió.
—¿Cómo estás, nena?

—Que te den.

—Eso es que estás bien —dijo satisfecho arrancando el coche mientras los demás resistían la risa.

—Ha tenido mucha suerte —comentó su padre poniéndose el cinturón—. Los doctores dijeron que está bastante bien.

—¿Entró en coma? —preguntó Greg cambiando de marcha.

—No. Cuando llegaron a la clínica le tomaron la glucosa y se dieron cuenta enseguida que estaba algo baja, pero no se desmayó por eso. —Fulminó

a su hija con la mirada, que se sonrojó.

—¿Ah, no? —Miró a Xana por el espejo retrovisor. —¿Qué hiciste?

—¿A ti qué te importa? —preguntó sonrojándose.

Intrigado Philip preguntó mientras Greg apretaba el volante como si la estuviera estrangulando. —¿Qué hiciste?

—Nada. Bajé del autobús y fui a comer algo —dijo como si nada haciendo que su hermana chasqueara la lengua—. Había un mercado allí cerca y fui a verlo.

—En lugar de entrar a un restaurante —siseó Greg mosqueado.

—¿Aquello era más entretenido!

—¡Sí! ¡Todavía me estoy entreteniendo con el asunto!

—¿Yo no sabía lo que me estaban dando! ¡La viejecita parecía buena persona!

—Me cago en... —La miró por el espejo retrovisor. —¿Te drogaron!

—¿Te drogaron? —preguntó Philip atónito—. ¿Cómo?

—Estaba comiendo una especie de espaguetis y la mujer me ofreció un vaso con un líquido amarillento diciendo “Bueno. Bueno. Bebe.” Y lo hice. — Se encogió de hombros.

—¿Y lo hizo! —Greg miró a su padre como si quisiera matar a alguien.

—¡Está loca!

—Creo que ha aprendido la lección —dijo su padre satisfecho.

—¡Claro, si una viejecita le dice bebe, se lo pensará dos veces!

—Muy gracioso, conde. —Fulminó a su hermana con los ojos, que se estaba riendo al igual que Philip antes de gritarle a Greg —¡No viste a la viejecita!

—¡No! No la he visto. ¡Pero seguro que yo no hubiera bebido algo que me da un desconocido y que no está embotellado!

—Eso seguro. ¡Tú ni irías al mercado y te lo perderías todo!

—¡Sí, me hubiera perdido que me drogaran y que toda mi familia estuviera de los nervios porque no sabían si estaba muerto o vivo! —Ella gruñó volviendo a beber de su zumo. —¿Qué? ¿No dices nada?

—¡Ya he dicho que lo siento!

Greg miró de reojo a su padre. —Ahora entiendo lo de la prensa. Como se enteren de esto...

—Tengo que controlar los daños. Si se sabe, los accionistas no confiarán en ella en el futuro. Cuando oyen la palabra droga, se les ponen los pelos de punta. Haré una rueda de prensa en cuanto llegue y diré que la causa ha sido la hipo.

—¿Se filtrará en Manila?

—Tengo todos los informes médicos, análisis y he sobornado a unos cuantos del hospital. Se olvidará el asunto en unas semanas si todo va bien. La embajada se desentendió en cuanto llegamos y no saben lo que pasó realmente. Como se había filtrado a la prensa lo de la hipo, se creerán que el desmayo ha sido por eso y que estaba en coma diabético. En cuanto hable con la prensa, como si acabáramos de enterarnos de su estado, mi esposa y yo iremos a Manila donde esquivaremos a los medios. Días después saldremos de una clínica de Suiza donde nos volverán a ver y diremos que le están haciendo pruebas para controlar la diabetes.

—¿Y si se enteran de que no está allí?

—La clínica es de plena confianza y más cuando desembolse un dinero para un quirófano nuevo de última generación que están deseando tener —dijo irónico.

—¿Ves todos los problemas que ha causado la ancianita?

—Qué pesado eres. —Philip rió por lo bajo y ella se acercó. —Los espaguetis estaban buenísimos.

Su amigo se echó a reír a carcajadas mientras Greg gruñía por lo bajo.

—Me han dicho que tienes una casa preciosa, Gregory —dijo su padre intentando relajar el ambiente.

—¿Ah, sí? Tenía entendido que era un mausoleo.

Su padre carraspeó mientras ella sorbía por la pajita haciendo ruido para fastidiarle. Miró a Philip sonriendo. —Te he traído un regalito de Navidad.

—¿En serio?

—Te va a encantar.

—¿Qué es? —preguntó emocionado como un niño.

—Recuerdas esa Melissa, ¿verdad?

Philip entrecerró los ojos. —¿Melissa? ¿La Melissa que trabaja conmigo?

—Sí, esa a la que llevas más de seis meses para pedirle una cita.

—Ay, madre —dijo Ariel divertida—. Ya está mi hermana metiendo la nariz donde nadie la llama.

—Sí que me llama. ¡Me llama todos los días! —La fulminó con la mirada. —Puedo meter las narices en su vida todo lo que me dé la gana.

—¡Al grano, Xana!

—Pues como regalito de Navidad, tienes una cita con ella mañana a la seis en un restaurante en Londres que se llama Luna. Al parecer es muy bueno y ya he reservado mesa para dos con violinista y todo. —Sonrió mirando sus ojos. —¡Sorpresa!

Su amigo perdió algo el color de la cara y ella perdió la sonrisa poco

a poco. —¿No te alegras?

—Uff, qué calor hace aquí.

—Está cagado —susurró su hermana.

Él la fulminó con la mirada. —¡No estoy cagado! ¡Hablo con ella casi todos los días!

—Está cagado —dijo Robert divertido—. Chaval, sólo es una mujer. No te va a comer.

—Papá no lo entiendes. Está enamorado. —Cogió la mano de su amigo dándole ánimos. —Tienes una oportunidad perfecta para conquistarla. Sólo tienes que ser como eres, porque eres estupendo.

—Está cagado —dijo Ariel viendo que palidecía más.

—¡Deja de decir eso! ¡La va a volver loca! —dijo defendiéndole.

—Joder, me estoy mareando.

Greg la fulminó por el espejo retrovisor. —¡Deberías dejarle ir a su ritmo!

—¿Ritmo? ¿Qué ritmo? Lleva seis meses sin atreverse a hacerlo. ¡Sólo le he dado un empujón!

—¡Tú y tus empujones! ¡Siempre lo aceleras todo!

—¡Mira, no me hagas hablar que salimos en el periódico!

—Sobre lo mío...

Miró a su amigo a los ojos apretando su mano. —Es muy sencillo, te presentas allí y la tratas como me tratas a mí. Caerá rendida a tus pies.

—¿Cuándo has caído tú a sus pies? —preguntó Greg molesto.

—¿Quieres conducir y cerrar la boca?

Robert rió por lo bajo. —Vaya dos.

—Greg tiene razón. Tú no has caído a mis pies.

—Porque no te has empeñado —dijo dándole confianza.

—¿Y eso qué coño significa? —preguntó Greg asombrado.

—¿Significa que él tiene buen corazón y es un hombre maravilloso! ¡Al contrario que otros, que no tienen educación y no saben hacer sentir a una mujer como deben! —Se volvió hacia su amigo. —¡Irás a esa cena y sacarás lo mejor de ti! ¿Me oyes? —le gritó a la cara.

—Vale.

—¡Y como me entere de que metes la pata, me vas a estar oyendo hasta el año que viene!

—Sólo por eso, se empleará a fondo —dijo Greg con mala leche.

—¿Y cómo te has puesto en contacto con ella con todo lo que ha pasado?

Ella sonrió. —Por el Facebook, tonto.

—¿Por el Facebook de la empresa? —Miró al frente. —No sabía que teníamos Facebook.

—No. —Xana se echó a reír. —Por tu Facebook. La busqué entre tus amigos.

La miró con horror. —¡Melissa no está en mi Facebook!

—Ya está liada —dijo su padre divertido.

—¡Claro que sí! Melissa está en tu Facebook. ¡La he visto!

—¡Es imposible que la hayas visto, porque no está! ¡La única Melissa que está en mi perfil es mi secretaria, que tiene muy mala leche!

Xana entrecerró los ojos. —¿Es una muy mona, rubia y con los ojos azules?

—¡Sí!

Hizo una mueca y Ariel se echó a reír a carcajadas. —Menudo lío. Le has organizado una cita con su secretaria.

—Pues no sé cómo será la otra, pero esta es majísima.

—¡Majísima! ¡Menuda arpía! ¡Siempre me echa la bronca! ¡Parece mi madre!

—Esta mujer es que no se puede estar quieta —dijo Greg a Robert,

que asintió como si ya estuviera resignado.

Ignorándolo miró a Philip juntando las manos y rogando con la mirada.

—¡Ni hablar! ¡Ya estás arreglando esto!

—Le he dicho que estás enamorado de ella. No puedes hacerme esto.

Está tan ilusionada...

—¡Eso es mentira! ¡Seguro que me espera en el restaurante para darme el hachazo y reírse de mí en la cara!

—Se sentirá muy decepcionada como no vayas —dijo Ariel ayudándola.

—¿Pero qué tonterías decís? —dijo Greg asombrado—. ¡No puede ir! ¡Si esa mujer va en serio, también le romperá el corazón! Tendrás que arreglarlo tú, que para eso has metido la pata.

—¡Gracias por tu ayuda! Sólo tiene que ir y mostrarse incómodo en toda la cita. Al final le puede decir, que se ha dado cuenta de que la prefiere como secretaria.

—Anda que tú también... —dijo Ariel—. Me suelta eso el tío del que estoy enamorada y le pego un puñetazo que lo reviento.

—¡Melissa me mata! Encima que se supone que soy yo el enamorado —dijo Philip con horror—. No conoces a esa mujer. ¡Me hará la vida imposible el resto de mi existencia!

—¡Es muy agradable! —Abrió los ojos como platos. —¡Ya lo sé!
Podemos ir a Londres y...

—¡No! —dijeron todos a la vez. Greg la miró por el espejo—. ¡Tú no vas a ningún sitio! ¡Y tienes prohibido el ordenador!

—Serás idiota.

Él sonrió a través del retrovisor y Xana ignoró las mariposas que le provocó en el estómago. Se volvió de nuevo hacia su amigo. —Ya le has oído, tengo prohibido el ordenador. Piensa en lo que sucederá si la dejas plantada. Una mujer puede ser muy rencorosa... Pero si vas y haces que sea ella la que deje de interesarse por ti.

—¿Y cómo hago eso?

—¡Pues ya te lo he dicho! Tienes que ser distante y grosero, aunque no de manera descarada. ¡Fíjate en tu hermano!

—Nena...

—Esa sí que es buena idea —la apoyó Ariel—. Si se da cuenta de que no vales la pena... te plantará ella.

Philip entrecerró los ojos. —Puedo ser como Greg. Es fácil. Hablo lo justo y cada vez que abra la boca, suelto una frase con doble sentido. Me meteré con su vestuario y con sus modales en la mesa...

—¡Joder! —siseó Greg provocando que ella sonriera de oreja a oreja.

En ese momento dieron la vuelta a la curva entrando en el camino que llevaba a Dartmoor Abbey. Su padre y su hermana suspiraron viendo el edificio.

—Sí, eso es al principio. Hasta que entráis y os dais cuenta de que estáis en una máquina del tiempo, que os lleva al siglo dieciocho con Conde incluido.

—Es impresionante —dijo Ariel alucinando—. Va a ser una noche increíble.

—Sí, increíble es que esté aquí de nuevo.

El coche se detuvo en el garaje y su familia salió del vehículo a toda prisa, mientras que ella se quedó allí sentada mirando al frente. Greg apagó el motor y sacó la llave del contacto mientras su familia se acercaba al carruaje. —¿Vamos al segundo round? —preguntó divertido.

—Imbécil.

Greg se echó a reír bajando del coche y ella lo hizo por la puerta contraria para no acercarse a él.

—En menudo lío me has metido —dijo Philip rencoroso.

—¿Seguro que no te gusta? ¡Si es de lo más agradable! —Le miró a los ojos. —¡Yo lo he hecho por tu bien! ¡No me mires así! —Con la cabeza bien alta salió del garaje mientras los hermanos la observaban.

Greg sonriendo le dio una palmada a su hermano en la espalda. —¿A que te alegras de que esté aquí?

—Ella puede organizarlas a distancia.

—Cierto. —Se volvió hacia los Madison, que miraban el carruaje fascinados. —Tenéis mucho más que mirar en el interior de la casa.

—Sí, vamos papá. No quiero perderme nada.

Ariel caminó apresurada y salió del garaje mirando hacia arriba. —Hala...

—¡Ariel, cierra la boca antes de que te entre una mosca! —gritó su hermana desde la puerta lateral—. ¿Queréis daros prisa?

—Estás algo gruñona —dijo su padre saliendo con los demás del garaje y haciendo lo mismo que su hija. Mirar embobado la casa—. Esto es una choza de primera.

—Gracias, Robert. —Levantó una ceja mirando a Xana. —¿Lo has oído?

Sin esperarles entró en la casa recorriendo los tres salones. Cuando llegó al hall se encontró a Milton que tenía una bandeja preparada con una jarra de zumo y varios vasos. —Hola, guapo.

—Es un placer tenerla de nuevo en esta casa, señorita Xana —dijo sonriendo—. ¿Qué tal el viaje?

—Accidentado.

—Me lo imagino. —Levantó la bandeja. —¿Un zumo?

Negó con la cabeza y empezó a subir las escaleras. El mayordomo carraspeó y ella se volvió en el acto. —¿Qué?

—¿A dónde va, señorita?

—A mi habitación.

Él sonrió satisfecho. —No puede ocupar la habitación de la última vez. Un problema de cañerías en el cuarto de baño.

Le miró con desconfianza. —¿Y cuál me toca de las setenta y seis?

Escucharon las voces de los cuatro que se acercaban a ellos y enfurruñada se cruzó de brazos esperando impaciente, porque Milton se acercó con la bandeja. La vieron allí parada y Greg se acercó a los pies de la escalera. —¿No quieres tomar un té con unas pastas?

Puso los ojos en blanco antes de continuar subiendo las escaleras. Milton miró a su alrededor para dejar la bandeja. —¿Señorita! ¡Espéreme! — Se la entregó a Philip, que aguantó la sonrisa al ver al hombre correr escaleras arriba. Al ver que iba hacia el ala oeste negó con la cabeza. —No, ese ala está cerrada.

Exasperada dio la vuelta para volver al ala este. —¿Tantas habitaciones y no sirve ninguna! ¡No hay quien lo entienda!

—Apuesto que la que sirve está muy cerca de la del conde —dijo Ariel divertida.

—Es un privilegio dormir en la habitación de la condesa. —Philip le guiñó uno ojo haciéndola reír.

—¡Válgame Dios! ¡Qué monstruosidad! —escucharon exclamar a Xana.

Greg sonrió dándose la vuelta. —¿Una copa?

—Que sea doble —respondió Robert mirando el techo—. Una obra de arte. Maravillosa.

—Tienes que ver la biblioteca. Pasa por aquí.

Milton apareció en lo alto de la escalera secándose el sudor y sonrió al conde. —Misión cumplida, milord.

—Perfecto.

—La señorita va a acostarse a dormir un poco. Está cansada del viaje.

Greg miró a su hermano. —Enséñales la casa. Enseguida estoy con vosotros.

—No tengas prisa, hijo —dijo Robert mirando un cuadro de la pared que representaba un jardín—. Discute todo lo que quieras. No te preocupes por nosotros.

Ariel chilló. —Papá, mira. ¡Una armadura! —gritó desde detrás de la

escalera—. ¡Esta casa es la leche!

Gregory ya subía las escaleras de dos en dos.

Capítulo 6

Xana estaba quitándose el jersey y entrecerró los ojos mirando la chimenea encendida. Se acercó a ella con el jersey en la mano, pensando en si echar otro leño. Parecía que no aguantaría mucho y en la habitación hacía algo de frío. Sorprendida miró la puerta de su habitación y se cubrió con el jersey cuando Greg entró cerrando la puerta tras él.

—¿Qué haces tú aquí? ¿No sabes llamar?

—Es que si llamo, no me dejarías pasar. —Se quitó el abrigo tranquilamente y lo dejó sobre una butaca forrada en seda gris perla.

—¡Exacto! ¡Fuera de mi habitación!

—Es mi habitación. O parte de ella.

Xana entrecerró los ojos y miró la puerta que había a la derecha de la cama. Furiosa fue hasta allí y la abrió para ver otra habitación monstruosa.

Cerró de un portazo volviéndose con ganas de matarle. —¡Estás enfermo!

Cogió el jersey y se lo puso a toda prisa. —¡Maldito chiflado! No estamos en el siglo pasado, ¿sabes? —Cogió su bolso y su abrigo y fue hasta la salida.

Greg la cogió por el brazo pegándola a él. —Sólo voy a darte la bienvenida como debería haber hecho hace meses.

Xana se puso nerviosa al sentir su cuerpo junto al suyo e intentó soltarse. Pero él la sujetó por la cintura. —Suéltame.

La miró a los ojos. —No he podido dejar de pensar en ti.

Se le cortó el aliento mirando sus ojos negros. —¿De verdad?

Greg sonrió apretándola a él. —Hasta he soñado contigo. —Miró su cabello cortado a lo chico. —Aunque con otro cabello, la verdad.

—Yo también he soñado contigo. —Le dio una patada en la entrepierna con fuerza doblándolo por la mitad pálido de dolor. —¡He soñado que te torturaba y que me pedías perdón! —le gritó al oído—. ¿Qué has soñado tú?

Él gimió cayendo de rodillas. —Nena, llama a un médico —dijo con voz de pito.

—Oh... —Puso cara de sorpresa. —¿Duele?

—Sí.

—Pobrecito... Espera que pido ayuda. —Salió de la habitación y gritó

—¡Milton hay una rata enorme en mi habitación! ¡Me cambio a la de enfrente!

Entró cerrando de un portazo y echó la llave. Al menos dormiría tranquila.

Cuando bajó a la cena un par de horas después, se sentía genial. De hecho, nunca se había sentido mejor. Entró en el salón guiñándole un ojo a Milton, deteniéndose al ver a la tía Julia. —Oh, me había olvidado de ti.

—Querida, eso no me ha pasado a mí, te lo aseguro —dijo falsamente—. Has logrado volver e invadir mi casa de Yankees. —Bebió de su copita de jerez con altanería y divertida se sentó en frente.

—¿Dónde están todos?

—¿No te has enterado? Mi querido sobrino, trigésimo quinto Conde de Sheringham ha tenido que ir al hospital por un dolor de testículos. Espero que pueda tener descendencia en el futuro.

—No pasa nada, aún le queda Philip para perpetuar el linaje —dijo con ironía antes de hacer una mueca. ¿Al hospital? Qué flojo. Preocupada miró hacia la puerta donde Milton la miró levantando una ceja. —¿Se fueron hace mucho?

—Llegarán enseguida, señorita —dijo Milton sonriendo—. Seguro que

el conde tendrá unos hijos hermosísimos.

Su padre hizo acto de presencia y la tía puso los ojos en blanco al ver que iba en vaqueros. —Oh, qué dama tan encantadora —dijo subiéndose la cinturilla del pantalón.

Julia bebió su copita de golpe. —Papá, ella es la tía de Greg y de Philip. Julia, alias la bruja.

La tía jadeó del asombro. —¡Sigues siendo una grosera!

—¡Hija! ¿Cómo puedes decir eso de esta mujer tan encantadora?

En ese momento entró Philip en el salón. —Hola, familia.

—Querido, no te has cambiado.

—Creo que esta noche pasaremos eso por alto.

Xana se levantó mirando la puerta. —¿Y Greg?

Su amigo reprimió la risa. —Enseguida llega.

En ese momento entró Greg caminando con las piernas ligeramente abiertas, disimulando un gesto de dolor.

Jadeó tapándose la boca y él la fulminó con la mirada. —¡Sí, ahora pon esa cara!

Caminó hasta el sofá donde había estado sentada, pero parecía que se lo pensaba mejor yendo hacia el mueble bar. Su padre carraspeó viéndole

servirse un whisky doble. —¿Te han recetado algo para lo tuyo? Igual no deberías beber whisky.

—Si me desmayo mejor —dijo antes de beberlo de golpe.

Su padre hizo un gesto de dolor y en ese momento oyeron un golpe en el piso de arriba. Todos miraron hacia el techo y Greg gruñó. —Philip, ¿puedes ir a sacar a Ariel del pasadizo de la Duquesa?

—¿La Duquesa? —preguntó intrigada.

—Una Duquesa vivió en esta casa más de treinta años. Tenía un pasadizo que da a una de las habitaciones de servicio. El mayordomo era su amante —dijo Philip divertido yendo hacia la puerta—. Milton, ¿con quién has hablado?

—La señorita Ariel es muy curiosa. Esa historia la fascinó.

—¡A mí me dijiste que cotillear no era educado! —El mayordomo se sonrojó. —¡Muy bonito! —Se sentó enfurruñada.

Escucharon dos golpes más y Greg gruñó —Se tapió el túnel hace años. Seguro que se le ha cerrado la puerta y está a oscuras.

—Americanos —dijo Julia exasperada.

Su padre carraspeó y fue hasta el mueble bar donde Greg le tendió un whisky. —Esta tía tuya no nos traga.

—Es apariencia —susurró antes de mirar a Xana y gruñir moviéndose

algo incómodo.

Ella le miró por el rabillo del ojo, reconociendo que igual se había pasado. Su hermana llegó llena de telarañas corriendo. —¡Xana, tienes que ver esto!

—Ariel, ¿por qué no vas a asearte un poco? —sugirió algo incómoda —. Ya me lo enseñas luego.

—¿Es coña? —Miró a los demás asombrada. —¡Hay túneles por la casa! ¡Yo me mudo aquí!

Salió corriendo de nuevo y Greg levantó una ceja mirándola. —¿No decías que era opuesta a ti?

—Ariel tiene mucho más carácter.

—Pobre del que la pille —susurró antes de beber.

—¿Pasamos a cenar? Estoy muerta de hambre.

Todos fueron hacia la salida de inmediato y Greg se acercó a ella mirándola fijamente. —Nena...

—¿Si? —Forzó una sonrisa.

—Esto no va a detenerme. Unos días de reposo y estaré como nuevo.

—No me provoques, Huntley. ¡Perdiste tu oportunidad! Mala suerte.

La cogió por la nuca atrapando sus labios y el corazón de Xana se

encogió cuando la saboreó. Xana gimió respondiendo a su beso sin darse cuenta y cuando él se separó, no reaccionó hasta que fue consciente de que no la tocaba. Abrió los ojos y gruñó apretando los puños al verle caminando hacia la salida como si tuviera hemorroides.

—¡Esto me lo vas a pagar!

Escuchó su risa camino al comedor y le dio muchísima rabia haber reaccionado así a su beso, cuando tenía que haberle arreado un tortazo. Entrecerró los ojos. Así que ahora quería acostarse con ella. Ahora que sabía que tenía millones a puñados, ya era apropiada para acostarse con él. Se iba a enterar.

Entró en el comedor disimulando y cenó en silencio mientras su hermana y Philip acaparaban toda la conversación de la noche. Greg la miraba de reojo como si fuera a saltar sobre él para arañarle la cara en cualquier momento, pero ella simuló que no se daba cuenta. Decidieron tomar un café en el salón del piano, que tenía la chimenea preparada y cuando su padre vio el piano sonrió. —Hija, ¿por qué no tocas algo?

—Ese piano es una antigüedad —dijo la tía molesta.

Ariel la fulminó con la mirada. —Los pianos hay que tocarlos, si no se desafinan. ¿No lo sabía?

—¿Sabes tocar? —preguntó Greg de pie al lado de la chimenea.

—Oh, toco fatal.

Su padre la miró asombrado. —¿Pero qué dices? Con todo el dinero que me he gastado en clases particulares y los conciertos que has dado en el colegio, no puedes decir algo así.

Le advirtió con la mirada. —Toco fatal, papá. —Forzó una sonrisa mostrando su perfecta dentadura. —Estos padres... para él siempre lo hago todo bien.

Philip entrecerró los ojos. —Tócanos algo. Ese armatoste hace siglos que no se toca.

—Está afinado. Uno hombre viene una vez al año para ponerlo a punto —dijo Greg—. Vamos, nena. Cualquier cosa que toques estará bien.

Ariel le dio un codazo y siseó —No nos dejes mal.

Tomó aire resignada y se levantó a regañadientes yendo hacia el piano. Su hermana la advirtió con la mirada y supo que pondría el grito en el cielo como lo hiciera mal.

Gruñó abriendo la tapa del piano y dejándose caer en la banqueta. Greg gimió por su poca delicadeza, pero no dijo ni pío.

—¿Qué queréis oír?

—Ah, ¿pero podemos elegir? —dijo la tía divertida—. Toca algo de Chopin, si sabes.

—Sí, algo me sé.

Empezó con la marcha fúnebre número dos que conocía todo el mundo mirando a Greg, que sonrió acercándose. —Nena, ¿algo más alegre?

—¿No te gusta?

—Toca el nocturno —dijo Ariel emocionada—. Me parece muy romántica.

—No, esa es muy lenta. Algo más movido. ¡Ya lo sé! El vals del minuto.

—Esa pieza es muy difícil —dijo Julia como si se fuera a poner en ridículo.

—Haré lo que pueda.

Colocó las manos sobre las teclas y empezó a tocar con agilidad sin dejar de mirar a Greg con una sonrisa en la cara. Cuando llegó a la mitad de la pieza era mucho más lenta, pero afortunadamente al final volvió a animarse de nuevo y como su propio nombre indicaba no duró ni dos minutos.

Su padre aplaudió. —Dinero bien invertido.

Siguió tocando la que quería su hermana para darle el gusto y como era para ella se empleó a fondo concentrándose. Cuando terminó, se levantó dejándolos a todos con la boca abierta y dijo —Bueno, me piro a la cama que estoy cansada. Buenas noches.

—Buenas noches, hija —dijo su padre orgulloso—. Te veo mañana antes de que nos vayamos.

Su hermana levantó la barbilla hacia Julia. —¿Y ahora qué opina?

—Puede tocar el piano lo que quiera —respondió sonrojada.

—Eso pensaba.

Estaba en el siguiente salón cuando escuchó —Xana...

Se volvió hacia Greg que se acercaba a ella y puso los brazos en jarras. —¿Qué quieres ahora?

—Nada, sólo quería decirte... —La cogió por la cintura pegándola a él y besándola como si quisiera absorberle el alma. Xana abrió los ojos como platos antes de cerrarlos lentamente disfrutando de sus caricias que aceleraron su corazón de manera alocada. Cuando le acarició el paladar con la lengua, sintió que sus piernas no la sostenían y se cogió a sus hombros antes de abrazar su cuello pegándose a él. Greg se separó de golpe sujetándola por la cintura. —Buenas noches —dijo con voz ronca antes de girarse y volver al salón con el pelo revuelto.

Tuvo que apoyarse en la pared para sostenerse. Cómo besaba ese hombre. ¡La había dejado al borde del orgasmo con un solo beso! Aquello era la guerra.

Esperó una hora y les escuchó ir a sus habitaciones. Decidió esperar unos minutos más y cuando todo estuvo en silencio, abrió la puerta sacando la cabeza al pasillo. Salió al exterior vestida con una combinación lila de su hermana que apenas cubría el trasero y entró en la habitación de la condesa. Descalza se acercó a la puerta de comunicación y escuchó. Debía estar en la cama. Abrió la puerta lentamente y cuando entró, vio que el fuego estaba encendido y él estaba tumbado en la cama con los ojos cerrados. Tenía el torso desnudo y tragó saliva al ver el vello negro que recorría su pecho. Caminó por el suelo de parquet de puntillas. Se detuvo cuando crujió el suelo mirando a la cama reteniendo el aliento, pero como no se movió, siguió hasta la cama. Lentamente apartó las mantas y se metió en la cama tumbándose a su lado. Movié la mano muy despacio y colocó la mano sobre su miembro por encima del pantalón del pijama. Palpó frunciendo el ceño y miró hacia abajo al tocar algo duro. Golpeó con los nudillos encima sonando hueco y se dio cuenta que tenía puesto un suspensorio. Le miró asombrada apartando las sábanas.

—Nena, sabía que intentarías vengarte —dijo divertido cogiéndola por la cintura y tumbándola sobre él.

—¿De dónde has sacado esa cosa? —Intentó apartarse colocando las manos sobre su pecho. Estaba muy duro.

—De cuando jugaba al Rugby. —La besó en el cuello y gimió cuando

ella le retorció una tetilla con saña, pero no la soltó sino que bajó sus manos hacia su trasero. —Nena, tienes que irte —dijo como si sufriera sin soltarla.

—¡Eso quería!

Se miraron a los ojos con la respiración agitada durante unos segundos y Xana agachó la cabeza lentamente antes de que él la besara apasionadamente, haciéndola olvidarse de que iba a vengarse. Ella se apartó de golpe. —No puedes.

—Sí que puedo —dijo comiéndosela con la mirada antes de volver a besarla tumbándola de espaldas a la cama. Bajó lentamente el tirante de su combinación mientras besaba su cuello hasta llegar a su hombro. Xana acarició su cadera con la pierna y él gimió apartándose de golpe. —No puedo.

—¿Qué? —Se sentó en la cama mirándole asombrada.

—¡Tengo un testículo inflamado! —La fulminó con la mirada. —Me duele, ¿sabes?

—Déjame ver. —Intentó bajarle el pantalón, pero él puso las manos encima.

—¡Xana! ¡Eso no es buena idea!

Le señaló con el dedo. —¡A mí no me haces esto otra vez! ¡Déjame ver!

—¡Si te dominaras, esto no habría pasado!

—¡Eres tú el que no te dominabas! —le gritó a la cara antes de saltar de la cama.

—Nena, no te enfades. Me pondré bien en unos días.

—¡En unos días! ¡Ahora sí que no me tocas un pelo, Conde de pacotilla! —gritó desgañitada saliendo de la habitación dando un portazo.

En el pasillo estaban su padre, Philip y su hermana mirándola con la boca abierta. Se puso como un tomate. Carraspeó muerta de vergüenza porque su padre la pillara en esa situación. —Qué buena noche... —Corrió hacia la puerta de enfrente y entró a toda prisa.

Gimió al ver que al salir por la puerta de Greg, se había equivocado de habitación. Alguien llamó a la puerta y se abrió mostrando la cabeza de Philip, que sonreía divertido. —Esta no es tu habitación.

—¡Ya me he dado cuenta! —Miró tras él. —¿Siguen ahí?

—¿Tú qué crees? Están cotilleando.

Gruñó saliendo de la habitación para encontrarse a su padre hablando con Ariel en susurros. —No ha pasado nada, ¿vale? ¡Ni pasará! —Entró en su habitación cerrando con fuerza. —¡Antes me hago monja!

Las risas en el pasillo la pusieron de peor humor, si eso era posible.

No pegó ojo en toda la noche y se levantó a las seis de la mañana. Tomando una taza de café, se sentó en el banco de la ventana del primer salón mirando al exterior. Sintió la presencia de Greg tras ella. Se sentó a sus espaldas abrazándola a él y besándola en el cuello. —¿Se te ha quitado el enfado?

Giró la cabeza para mirar sus ojos. —Por tu culpa no he dormido.

Él sonrió. —Yo tampoco he dormido mucho. —La besó suavemente en los labios y Xana disfrutó de su contacto acariciando su labio inferior con la lengua. Greg acarició su nuca con suavidad antes de apartarse y mirarla a los ojos. —¿Has desayunado?

Negó con la cabeza y él se levantó cogiéndola de la mano. Xana se levantó mirándole con desconfianza. —Ahora estás muy agradable. Con patada en las pelotas y todo. Lo que cambia el carácter de la gente saber que tengo la cuenta repleta —dijo con ironía.

Él se detuvo en seco. —No me importa tu dinero.

Soltó su mano yendo hacia la sala del desayuno. —Sí, de eso ya me he dado cuenta. —Rencorosa dejó la taza sobre la mesa y se sentó en su sitio mientras él lo hacía en la cabecera. —De echarme de tu casa, a cooperar en encontrarme y acogerme con los brazos abiertos. No has cambiado nada.

—No ha tenido nada que ver.

—Seguro que si siguiera sin tener un centavo, no habrías movido un dedo por mí.

—Eso no es cierto —dijo muy tenso.

—¿Qué pasa? ¿Antes no era digna de ser tu amante y ahora ya puedes hacerme un hueco en tu cama? Sigo siendo la misma maleducada, sin estudios, que es una zorra y que se te insinuó.

—Pero la razón para insinuarse ha cambiado, ¿no crees?

—Sí, antes me atraías porque me parecías interesante y muy sexi, aunque algo gilipollas, y ahora me pareces simplemente sexi y muy gilipollas.

—Él gruñó viéndola servirse unos huevos. —No hace falta que me digas lo que te parecía yo a ti, porque lo sabe toda la casa. —Sonrió antes de meterse el tenedor en la boca.

—Te va eso, ¿verdad? Dejar a la gente que te conoce con la boca abierta cuando se enteran de quién eres.

Masticando le miró como si fuera idiota. —La gente en la que confío para decirle todo lo que me rodea, no se sorprenden porque me quieren y les da igual. Philip no se sorprendió en absoluto y lo tomó como algo que no tenía importancia.

—Cierto —dijo su amigo entrando en el comedor—. Pero igual es porque conozco a gente que tiene mucho dinero y no me impresiona. —Se

acercó y le dio un beso en la mejilla.

—¿Por qué te has levantado tan temprano?

—Tengo que irme a Londres, ¿recuerdas? —Se sentó a su lado. —A ese lío que has formado. Además, no he pegado ojo con las múltiples posibilidades de que Melissa me ataque con un cuchillo de la que salgo del restaurante al contarle lo que ha sucedido.

—¿Así que vas a contarle la verdad?

—Hay personas que prefieren ir con la verdad por delante —dijo Greg molesto.

—Sí, cariño. Ya lo sé. No te preocupes. He pasado por alto que mintieras respecto a que no te atraía.

Philip reprimió la risa. —Sí, he decidido ser sincero y ver qué ocurre. Además, si por un milagro salgo con mi Melissa, se daría cuenta de que pasa algo, así que ...

—Vale, allá tú. Pero le vas a romper el corazón. Está loca por ti.

Los hermanos la miraron asombrados. —¿Cuánto has hablado con ella? —preguntó Greg atónito.

—¡Llevo un mes y medio preparando esto! ¡No se puede hacer de la noche a la mañana! Tenía que camelármela para que confiara en mí y es una chica estupenda. —Miró a Philip. —Y tiene unas tetas increíbles.

—¿Le has visto las tetas? —Philip se sonrojó moviéndose incómodo sobre el asiento. —¿Y cómo ha sido?

—Un día hablamos por Skype y estaba en sujetador. Se estaba cambiando porque tenía una cita con un memo que la llevó a una hamburguesería. El muy estúpido intentó meterle mano y la siguió al baño acorralándola ante una niña de diez años. Le metió un guantazo que todavía se debe estar recuperando. —Frunció su entrecejo. —Sí, igual te persigue con el cuchillo.

—¿De qué color?

—El sujetador era rosa. —Levantó una ceja. —De encaje con unas rosas...

Greg carraspeó. —Nena, creo que se hace una idea.

—Y tiene un lunar. —Philip se acercó muy concentrado. —Mejor lo descubres tú.

—¡Venga ya! —protestó haciéndola reír.

—¿Seguro que no quieres darle una oportunidad? —Le miró a los ojos. —No sé cómo será la otra, pero ésta te va perfecta. Es como yo, pero más sexi.

—Pues como será —dijo Greg para sí haciendo un gesto a Milton para que sirviera más café.

Ella negó con la cabeza prefiriendo zumo, cuando su hermana entró corriendo en el comedor con los ojos como platos. —Uy, uy, uy... tiene cara de culpabilidad —le dijo a Greg cogiendo su vaso.

—No lo he hecho a propósito, lo juro.

—Ariel tranquilízate y dinos qué ocurre —dijo Greg tranquilamente. Por lo que conocía a su hermana iba a dejar caer una bomba.

—¡Me ha salido un grano! —Miró incrédula a su hermana a la que señaló con el dedo. —Es culpa suya, porque sólo me salen cuando me altero. Bueno, el hecho es que me acerqué al lavabo y... ¡Os juro que no sé cómo ha pasado! —gritó histérica con los ojos como platos—. ¡Me he apoyado en él para acercarme al espejo y se ha roto!

Greg sonrió. —No te preocupes, seguro que tiene arreglo. No es la primera vez que hay que reparar algo, ¿sabes?

La mirada de su hermana decía que no tenía arreglo y asombrada miró a Greg, que sonrió sin darle importancia. Xana se tensó con fuerza levantándose y dejando la servilleta sobre la mesa antes de salir del comedor, dejándolos a todos con la boca abierta.

Su hermana se apretó las manos nerviosa y Greg se levantó. —Disculparme. —Xana estaba subiendo las escaleras para recoger su abrigo y dar una vuelta. —¿Se puede saber qué te pasa ahora?

Se volvió furiosa. —¡Será que en la otra ocasión en la que vine, no me dejabais tocar nada! —Greg apretó los labios viendo en sus ojos que estaba dolida. —¡Nada más entrar por la puerta, me dijiste que no podía leer el diario de tu antepasado porque era una antigüedad! ¡Cada vez que iba a tocar algo, me mirabais como si fuera a contaminarlo! ¿Y ahora a mi hermana le dices que no pasa nada? ¡Mira Greg, no me digas que no influye el dinero, porque me da la risa, esnob de mierda!

La vio subir la escalera y desaparecer por el pasillo. Milton disimulaba en la puerta de la sala del desayuno, mientras que Greg se pasaba la mano por la nuca. Se volvió para ver a Philip y a Ariel, que preocupados estaban al lado de Milton.

—Lo siento —dijo Ariel dando un paso hacia él—. Lo pagaré. Haré que busquen un lavabo antiguo exactamente igual y...

—No te preocupes.

Philip pasó ante él y Greg le cogió por el brazo. —¿A dónde vas?

—A hablar con Xana.

Molesto soltó su brazo. —Esto es problema nuestro, no tuyo.

—Es mi amiga y los amigos están para apoyarse. —Ignorándole subió las escaleras a toda prisa y Greg apretó los puños.

Ariel se apretó las manos dando un paso hacia él. —Estás en una

situación muy difícil, ¿verdad? —La miró sabiendo que en el piso de arriba ahora estaban poniéndole verde y Ariel sonrió. —¿Sabes lo que le pasa?

—Me hago una idea.

—No. No tienes ni idea porque no la conoces. —Greg se tensó. —Ha perdido su confianza en ti. Y no te va a ser sencillo recuperarla. —Ariel sonrió. —Yo perdono más fácilmente, pero Xana no. Cuando alguien le hace daño, le evita todo lo que puede y se cierra a él.

—¿Me estás diciendo que no tengo nada que hacer?

—Te estoy diciendo que no lo vas a tener fácil. Nunca se ha sentido tan rechazada como en tu casa y que la rechazaras tú, fue un golpe que no ha superado. Ha conocido a gente de todas las escalas sociales y siempre ha sido bien recibida por ella misma sin el apellido Madison. No le da importancia al dinero y seguramente es porque no le ha faltado nunca o porque no tiene necesidades demasiado caras. Le da valor a lo que es realmente importante y se ha dado cuenta de que tú no eres así.

—¿Ahora soy un ogro por querer proteger el legado de mi familia?

Ariel miró a su alrededor y suspiró. —Da igual. Está claro que no entiendes lo que quiero decir.

—¡Te he entendido muy bien! ¡Soy totalmente opuesto a ella! ¡He sacrificado mi propia vida por esto y por mi título! ¡Para legárselo a mis hijos

en el futuro, como hicieron conmigo!

Se acercó a él. —¿Qué quieres de mi hermana exactamente? —Al darse cuenta de que no contestaba continuó —Si quieres unos días de sexo desenfrenado, me parece bien. Pero si estás pensando en algo duradero, nunca seréis felices juntos. ¿Y sabes por qué?

—Ilumíname.

—Porque desde que tenía dieciséis años ha sido la mano derecha de mi padre. Sabe que será la directora general de la empresa antes de los treinta y ha trabajado muchísimo para ello. Pero eso no es lo realmente importante. Si encontrara a un hombre que amara y que la amara con locura, lo apartaría todo por él, pero tú no eres ese hombre porque le has hecho daño. Pero sobre todo, porque tú no harías lo mismo por ella. —Se volvió para regresar a la sala del desayuno dejándolo de piedra.

Milton desde la puerta susurró —Las Madison no tienen pelos en la lengua, milord.

—Ya me he dado cuenta.

Al volverse vio a Robert en lo alto de la escalera observando. Greg vio como bajaba mirándolo fijamente. —Al parecer los Madison estamos alterando tu rutina, Conde.

—Eso parece. Pero no me quejo.

El padre de Xana sonrió y le dio una palmada en la espalda. —¡Ánimo chaval! Son duras de pelar, pero tienen un corazón enorme —le susurró al oído—. ¿Quieres un consejo?

—Lo agradecería.

—Regálale un detallito. Si se lo haces, mejor.

—¿Qué se lo haga?

—Le encantan las bufandas de colores. —Parpadeó mirando los ojos de aquel millonario excéntrico. —Eso la volverá loca.

Le dejó solo y miró a Milton. —¿Habla en serio?

—¿Usted qué cree, milord?

—¡Ya no sé qué pensar! —Fue hasta la escalera y se detuvo antes de subir. —Consígueme lana de colores.

—Sí, milord.

—Y eso que tiene punta.

El mayordomo reprimió la sonrisa viendo al conde subir las escaleras a toda prisa.

Capítulo 7

Las risas llegaron hasta él en el pasillo y gruñó por lo bajo acercándose a la habitación de Xana. La puerta estaba cerrada y pegó la oreja, pero no distinguía lo que se decían a través de la gruesa madera. La puerta se abrió de repente y se enderezó a toda prisa. Xana se cruzó de brazos llevando el abrigo puesto. —¿Querías algo?

—Hablar contigo si no te importa.

Philip carraspeó. —Voy a desayunar.

—Me voy a dar un paseo.

—Tu familia se irá enseguida y creo que puedes retrasarlo para después. —La cogió por el brazo para que se apartara de la puerta y cerró lentamente. —Mira, me parece que no entiendes mi posición.

—La entiendo muy bien. —Levantó la barbilla. —No soy tonta.

—¿Qué querías que pensara, Xana? Llegas a mi casa de la mano de mi hermano, que es lo más tímido que existe.

—¡Lo era!

—¡No me interrumpas, que me pones de los nervios! ¡Cuando te conocí a ti era muy tímido! ¡Puede que en estos últimos meses haya cambiado, pero no era así! —Tomó aire al ver en su cara que no estaba de acuerdo. —¡Cómo iba diciendo, llega con una americana preciosa, vestida de adolescente rebelde! ¿Qué creerías tú? ¿Si fueras sincera qué creerías? — Xana apretó los labios. —¡Creerías que estabais liados! ¡Y de repente me ves a mí y me tiras los tejos! ¡Para colmo dices que no has estudiado y que eres camarera! Te muestras descarada y muy grosera.

Jadeó indignada. —¿Yo grosera? ¡Grosero tú que me llamaste zorra en la primera cena!

Se pasó la mano por su cabello nervioso. —¡Sabes por qué lo decía! ¡Es mi hermano! ¡La única familia que me queda y le voy a proteger como he hecho desde que mis padres murieron! ¿Acaso tú no protegerías a tu hermana?

Se retaron mirándose a los ojos y ella siseó —Entonces me das la razón. Con una camarera no, pero con una Madison sí.

Greg palideció dando un paso atrás. —Veo que no me entiendes. Lo único que has demostrado al tener dinero, es que no te querías aprovechar de

nosotros, que era lo único que temía.

—Claro, con dinero me dejas entrar en tu mundo. Pero entérate bien. Soy yo la que no quiero entrar en él ni me interesa. Soy feliz con mi vida y la tuya me importa una mierda.

Furioso le espetó. —No creo haberte pedido que entraras en mi mundo.

El corazón de Xana se retorció al escucharle. —Está claro que nunca seré lo bastante buena para el conde —dijo con burla intentando disimular—. Eso sí. En la cama me haces un hueco, ¿verdad?

—No.—Fue hasta la puerta dejándola de piedra. —Lo que menos me apetecería en este momento, es acostarme contigo. Prefiero acostarme con una mujer que no me mire con desprecio cada vez que abro la boca y te aseguro que tengo varias esperando.

Salió de la habitación dejando la puerta abierta y Xana furiosa fue tras él hasta el pasillo. —¡Pues muy bien! ¡Te aseguro que a mí tampoco me faltan candidatos!

—Que les aproveche.

Xana agachó la mirada reprimiendo las lágrimas. Era tan estúpida que había pensado que por el beso antes del desayuno sentía algo por ella. Por orgullo había dicho todo lo que le soltó después, porque le parecía que Greg

pensaría que ya había claudicado, olvidando todo lo que había pasado demasiado fácilmente. Pero ahora se daba cuenta de que no era importante para él y que no le interesaba lo suficiente para hacerle ver que la necesitaba como ella le necesitaba a él.

Lentamente volvió a su habitación y se quitó el abrigo respirando profundamente porque su hermana llegaría enseguida. No quería que se fuera preocupada. Se sentó en el banco de la ventana y miró por el cristal la parte de atrás de la casa. ¿Qué iba hacer allí varias semanas? Se volvería loca teniéndole cerca. La única esperanza que le quedaba, es que él se fuera a Londres a trabajar y no volver a verle. Una lágrima recorrió su mejilla y se la apartó furiosa por dejar que siguiera afectándola después de seis meses, porque había llorado por su culpa más que por nada en la vida.

En la plataforma había pensado en él millones de veces y recordaba sus ojos cuando se iba de su casa. La sorpresa y la incredulidad, pero durante un segundo, durante un segundo ella creyó ver temor porque se iba. Durante todos esos meses ese temor en sus ojos la había torturado, pensando que a lo mejor debía haberse quedado hasta el final de sus vacaciones y que no había sido justa con él por las razones que Greg le acababa de exponer. Pero ahora se daba cuenta de que todo había sido una ilusión.

—De todas maneras, no encajarías en su vida —dijo como si no le importara—. ¿Dónde ibas a ir tú con ese estirado? Te asfixiarías en seis meses

con tanto cambio de ropa y tanta estupidez.

Se quedó allí sentada un rato y cuando la puerta se abrió, forzó una sonrisa mirando a su familia que entraba en ese momento. Ariel simuló una sonrisa. —Venimos a despedirnos.

Se levantó pasando las manos por sus vaqueros y se acercó a su padre, que la abrazó con fuerza. —Te llamaremos todos los días. Te llegará un móvil nuevo cuanto antes.

—Vale. —Su padre se apartó y metió la mano en el interior de su abrigo para sacar la cartera. —Aquí tienes la tarjeta de crédito para que compres lo que necesites, aunque sé que seguramente comprarás unos vaqueros y unos jerséis.

Sonrió cogiéndola. —Puede que me desmelene un poco.

Ariel se echó a reír porque le encantaba ir de compras y ella lo odiaba. Su padre la besó en la mejilla. —Diviértete y pórtate bien. El conde no sabe qué hacer contigo. —Eso le hizo perder la sonrisa y su padre suspiró. —Dale un respiro, hija. A veces puedes ser algo abrumadora.

—¡Yo!

Ariel se echó a reír y la abrazó susurrándole al oído —Compra condones.

—¡Serás idiota!

Su hermana se echó a reír y la besó en la mejilla. —Dale caña, nena.

—Ariel, eso se acabó.

—No lo creo. Puede que este caserón sea muy grande, pero me da la sensación de que os encontrareis a menudo y el roce hace el cariño.

—Tener cuidado al volver. Parece que va a nevar.

—Tranquila. Sabes que nuestro piloto es muy prudente. Si ve las cosas difíciles no saldremos. Por la tarde llama a mamá. —Asintió a su padre. — Todavía está algo de los nervios con todo lo que ha pasado.

—No te preocupes, la llamaré.

—Te quiero, hija —dijo abrazándola de nuevo—. Te veremos pronto.

Les vio ir hacia la puerta y sus ojos se llenaban de lágrimas emocionada porque ellos la querían de verdad. Philip entró corriendo con el abrigo puesto y se detuvo en seco al ver sus ojos. —No te preocupes. Mañana me tienes aquí.

Sonrió limpiándose las mejillas. —Serás tonto.

Philip la besó en la frente. —Tengo que irme. Voy a acompañar a tu familia al avión antes de irme a Londres.

—Vete, no te preocupes. Estaré bien.

—Te quiero.

—Y yo a ti, tonto. —Le empujó por el pecho. —Lárgate de una vez.

Philip se echó a reír saliendo de la habitación y se dejó caer en el asiento de la ventana mirando a su alrededor. —Estupendo. Bienvenida al aburrimiento.

Veinte minutos después bajó las escaleras más tranquila y vio a Milton ordenándole a una doncella que puliera uno de los muebles del hall. Se acercó a ella. —¿Necesita algo, señorita Xana?

—No, gracias. Voy a dar un paseo.

—No se aleje demasiado. Va a nevar. Lo han dicho en la radio.

—Solo será un momento. Para despejar y estirar las piernas —dijo saliendo de la casa.

Él asintió volviendo a su trabajo. Xana bajó los escalones de piedra descendiendo hasta el jardín. Vio a un hombre con un mono verde y una cazadora, con un rastrillo de jardinero en la mano. —Buenos días, señorita.

—Buenos días. Llega temprano.

—A las siete de lunes a viernes, señorita —respondió sonriendo.

—¿Necesita ayuda? —preguntó ansiosa por hacer algo—. Perdone, pero no sé cómo se llama.

—Luke, señorita. No, gracias. En invierno hay muy poco que hacer. Sólo mantenimiento —dijo algo descolocado.

Se notaba que nadie de la casa le había ofrecido ayuda jamás. Xana forzó una sonrisa y se despidió con la mano alejándose. —Adiós. ¡Por cierto, me llamo Xana!

—¡Adiós, señorita Xana!

Salió del enorme jardín y siguió un camino de tierra mirando a su alrededor. Estaba claro que la prensa no la encontraría allí. Ni ella se encontraría allí si pudiera salir corriendo. Al mirar sus vaqueros distraída hizo una mueca al ver una mancha en el bajo. Debía comprarse ropa cuanto antes, porque su hermana no es que llevara una maleta demasiado grande cuando fue a buscarla a Manila. Suspiró recordando como la viejecita la había mirado con una sonrisa en la cara, mostrando que le faltaban varios dientes mientras le ofrecía el vaso con aquella bebida amarillenta. Sería bruja. Por su culpa estaría allí los próximos días.

Escuchó el ruido de un motor y miró hacia atrás para ver un cuatro por cuatro verde oscuro que se acercaba por el camino. Se detuvo lentamente a su lado y vio a una chica rubia a través de la ventanilla. La bajó sonriendo. —Perdona. ¿Puedes ayudarme?

Se acercó a la ventanilla. —Lo intentaré, pero no soy de la zona.

—Estoy buscando Dartmoor Abbey.

Eso hizo que la mirara bien. Y era muy guapa con sus ojitos azules y sus rizos rubios. Le cayó fatal de inmediato. —¿Sí? ¿Y para qué la buscas? La casa, digo.

La miró extrañada. —Pues quería hablar con Lord Huntley. Me han dicho que pasa allí sus vacaciones de Navidad. ¿Le conoces?

—Pues sí que le conozco. De hecho, los conozco a los dos. —Sonrió radiante. —Mira, sigue por aquí de frente y recorre veinte kilómetros más o menos. Al llegar a una intersección tira dirección Norwich y después cinco kilómetros más y a la derecha.

—¿Estoy tan lejos? Pensaba que estaba por aquí.

—Te has equivocado de desviación y te has alejado.

—Gracias. —Sonrió metiendo la marcha. —¿Quieres que te lleve?

—No, gracias. Estoy dando un paseo.

—Que lo disfrutes.

—Lo haré. —La saludó con la mano mientras se alejaba. —Lo estoy disfrutando un montón. —Sonrió maliciosa esperando que se quedara sin gasolina en medio de la nada. Si Greg creía que le iba a pasar una de sus amiguitas por los morros, es que no la conocía en absoluto. Puede que nunca llegaran a nada, pero antes despellejaría a esa rubia oxigenada a permitir que

le tocara un pelo de su negra cabellera.

Feliz, una hora después volvía a la finca y empezó a nevar con fuerza. Se quedó en medio del jardín mirando hacia arriba, abriendo las manos para disfrutar de la nieve. El jardinero que todavía estaba allí sonrió al verla. — Señorita, va a pillar un resfriado.

—¿Qué va! Soy más dura de lo que parezco.

—¿Xana! ¡Entra en casa ahora mismo!

Levantaron la vista a la balaustrada de piedra, donde Greg estaba observándola con malas pulgas.

—¿Está nevando!

—¿Crees que estoy ciego? ¡Sube ahora antes de que tenga que llamar al médico de nuevo! ¡Ahora!

Puso los ojos en blanco y miró a Luke. —¿Nevará mucho?

—Mucho, señorita. Podrá hacer un muñeco de nieve.

Sus ojos verdes brillaron. —Tengo que encontrar una zanahoria.

Luke se echó a reír antes de verla correr hacia las escaleras. Greg la observó subir y cuando pasó a su lado no le hizo ni caso entrando en el hall a toda prisa. —¿Milton!

El mayordomo salió del comedor donde debían estar poniendo la mesa. —¿Si, señorita?

—¿Hay zanahorias? —dijo ansiosa quitándose el abrigo.

—¿Zanahorias? —Extrañado miró a Greg. —Sí, por supuesto.

—¿Crudas?

—Sí.

Se acercó impaciente. —¿Y botones grandes?

—Alguno habrá por ahí.

—¡Estupendo! ¡Mañana los necesitare! —Sonrió radiante. —Luke me ha dicho que nevará mucho.

—Mucho. —El mayordomo sonrió. —Ya entiendo, señorita. Tendrá todo lo que necesite.

Ilusionada le dio un beso en la mejilla sorprendiéndole. —¿Me ayudarás?

—Por supuesto. En todo lo que pueda.

Greg entrecerró los ojos. —¿Ayudarte a qué?

La tía empezó a bajar las escaleras y se detuvo mirándola. —Xana, ¿esa es la misma ropa que llevabas ayer?

—Me he cambiado la ropa interior.

La mujer se sonrojó intensamente y fulminó a Greg con la mirada que carraspeó. —Su padre me había comentado algo de comprar ropa.

Solucionaremos ese tema. No debes preocuparte, tía.

—Gregory, la fiesta de fin de año... ¡No puede ir así vestida! ¡Y sé que sólo por fastidiarme, es capaz de presentarse con esa guisa!

Sonrió maliciosa. —Cómo me conoce, tía. Al final hasta nos llevaremos bien.

—Lo dudo.

Al menos ella era coherente. No la soportaba antes y ahora tampoco. Se giró hacia Greg. —¿Y el ordenador? —Sacó la tarjeta de crédito. —Me voy de compras.

—Puedo llevarte hasta Norwich —dijo él a regañadientes como si no quisiera que saliera de la finca.

—Tranquilo. La red es lo mío. Voy a comprar unos modelitos que os dejarán con la boca abierta. —Maliciosa le guiñó un ojo a la tía mientras Milton intentaba retener la risa.

—¡Gregory!

—Tía, lo dice para provocarte. Además, vigilaré cada cosa que compre. —Asombrada le miró a los ojos. —Para asegurarme de que no escandaliza a nuestros invitados.

—¡Compraré lo que me dé la gana!

—Irás vestida con propiedad para la fiesta con mis invitados y no hay

más que hablar —dijo fríamente.

—¡Pues no asistiré!

—Mucho mejor —dijo su tía satisfecha—. Así no la verá nadie que era el objetivo. Puede que alguien la reconociera, querido. Sería un desastre que eso pasara.

—Es decisión tuya. Pero estoy seguro de que ninguno de mis conocidos te conocería. No suelen frecuentar discotecas en el Soho. —Le soltó con ironía.

—Pues ellos se lo pierden. —Fue hasta la escalera y subió los escalones a toda prisa.

—¡Xana, a comer!

Se detuvo en medio de la escalera y fulminó a la tía Julia con los ojos. Volvió a bajar dejando el abrigo en una butaca y fue hasta el comedor, sentándose en su sitio dispuesta a no abrir la boca en toda la comida. Esperó hasta que Greg se sentó a su lado y Julia le hizo un gesto a Milton para que empezara a servir.

—Querido, he pensado que para la cena de Fin de año debemos poner crema de espárragos y cordero. Esa receta del chef será perfecta.

La miró asombrada porque sabía que ella no soportaba la crema de espárragos. Estaba claro que quería guerra.

—No. Se servirá la sopa de marisco y detrás salmón con alguna salsa. De carne, el cordero me parece bien. —Su tía cogió la cuchara como si nada. —Y de postre... Tartas variadas. De nueces y chocolate.

—Pero si servimos una cena tan pesada, los invitados no pasarán del segundo después de los canapés de bienvenida.

—La crema de espárragos no le gusta a todo el mundo. La sopa estará bien.

Miró de reojo a Greg mientras metía su cuchara en la sopa de verduras que le habían puesto. Estaba deliciosa y sonrió a Milton que respiró hondo satisfecho.

—El salón de baile necesita que la lámpara central se limpie.

—Puedo hacerlo yo —dijo sin poder evitarlo.

Greg la miró atentamente. —Está a tres metros de altura y pesa casi una tonelada. Ni hablar.

—En el hotel de mi padre...

—Eso fue en el hotel de tu padre. Esta es mi casa. No vas a hacerlo. Si quieres entretenerte, lee un libro al lado de la chimenea.

—¿Cómo una inútil del siglo dieciocho?

—Exacto. Estás de vacaciones, disfrútalas.

—Menudo aburrimiento.

—Ya empezamos —dijo la tía antes de meter la cuchara en la boca.

—Aquí vas a hacer lo que yo diga, Xana. ¿Lo has entendido? Es mi casa y respetarás mis reglas.

—Vale. —Indignada siguió comiendo y cuando Milton se acercó con la sopera, negó con la cabeza perdiendo el apetito.

Cuando le sirvieron algo de carne asada con patatas casi no la probó removiendo la comida de un lado a otro y Greg dejó el tenedor sobre su plato cogiendo su copa. —Come, Xana.

Le dio una patada bajo la mesa haciéndole gemir, antes de meterse algo de carne en la boca. Sus ojos negros la traspasaron. —Tienes unas piernas muy inquietas, nena.

—Lo sé. De pequeña hice claqué. Pego unos pisotones de primera, ¿quieres comprobarlo?

—No, gracias.

—Me lo imaginaba.

—Volviendo a la fiesta... —La tía levantó una ceja. —Creo que un vestido verde de encaje te quedaría maravilloso. —Chasqueó la lengua antes de beber. —¿Por qué te empeñas en ser una desarrapada cuando puedes vestir de los mejores diseñadores del mundo? ¡Es el sueño de cualquier mujer!

—Con un vestido de fiesta quedaría algo rara en la plataforma

petrolífera, ¿no cree?

—¡Eres imposible! ¡O lo haces por fastidiar, porque tu padre ha tenido que ir a alguna fiesta elegante con vosotras!

Negó con la cabeza y Greg preguntó —¿Nunca le habéis acompañado a...?

—Mi padre no va a fiestas elegantes. Su tiempo libre lo pasa en familia, que es como debe ser. Cuando llegaba del colegio, él me ayudaba con los deberes y no se ha perdido nunca una fiesta de cumpleaños o una obra de teatro de mi hermana.

—El padre perfecto —dijo Julia con burla.

—¡Exacto! Cuando tuvieron hijos, mis padres sabían qué era lo realmente importante. Puede que a veces le interrumpa alguna llamada de su trabajo, pero si está con nosotras, lo está al noventa y nueve por ciento.

—¿Y el otro uno por ciento? —Greg bebió de su copa sin quitarle la vista de encima.

—Le gusta el béisbol. —Greg asintió. —Las únicas fiestas a las que asiste, son las que se organizan en casa con amigos y familia. Son informales. Ahora que lo pienso, creo que no he visto a mi madre en traje de noche jamás.

—Pues tú te pondrás uno. Te iniciarás aquí. —Greg miró a su tía como si nada. —Verde con encaje, ¿no?

—¡Eso es de viejas! —dijo indignada dejándoles con la boca abierta
—. Yo elegiré lo que me pongo.

—Como te llegue al muslo no sales de la habitación. ¡Tú veras lo que
haces!

—Serás antiguo.

—¡Sí! ¡Antiguo y todo lo que te dé la gana, pero estás advertida!
¡Milton, el postre!

—Ya lo has puesto de mal humor. —Julia la recriminó con la mirada.
—Como siempre.

Le dio igual, pero Milton llamó su atención con una enorme tarta de
chocolate. La boca se le hizo agua. —Uno bien grande, Milton.

—Sí, señorita.

—Nena, no has comido la carne y es mucho más sana.

—¿Ahora vas a vigilar mi dieta?

—¡Sí!

Se metió un buen trozo en la boca. —Mmm, está buenísima. ¡Tiene
nueces! —dijo con los dientes negros.

—Y mermelada de grosella. ¿Quiere nata montada, señorita?

Le miró como si le adorara y él sonriendo se acercó con el recipiente

de porcelana en la mano. Le echó una cucharilla por encima y ella levantó la cara suplicando con la mirada. Echó otra cucharilla y otra.

—Basta, Milton —dijo Greg divertido mirando su plato a rebosar—. O tendrá que visitar al dentista antes de irse.

—Gracias guapo. —Le guiñó un ojo al mayordomo, que sonrió encantado haciendo gruñir a Julia.

—¿Tienes puzzles? —preguntó con la boca llena.

Él miró su boca distraído. —¿Qué?

—Puzzles. ¿Hay alguno por la casa?

—Alguno debe haber de cuando éramos adolescentes. —Miró a Milton que asintió.

—¡Genial! Así me entretendré unos minutos al día. ¿Me dejas el diario de Robert?

—¿El diario? —Se hizo el loco metiendo su cucharilla en la boca. Xana carraspeó cuando vio su nuez subir y bajar tragando. —No recuerdo dónde está.

—Está en la biblioteca, milord —dijo el mayordomo a toda prisa.

—No te preocupes, Milton. Está claro que no quiere que lo lea. Lo he pillado.

—Le he buscado unos guantes de algodón para manipularlo.

Greg dejó el postre a la mitad mirándola a los ojos. —¿Tendrás cuidado?

—¡Sí! —Ansiosa cogió su plato dejándolos atónitos. —Claro que tendré cuidado, lo prometo. —Se metió casi toda la tarta que él había dejado en la boca y dijo con la boca llena. —Le falta nata.

—Sólo lo leerás en la biblioteca. No saldrá de allí, ¿de acuerdo?

—Tranquilo. Sé que es una antigüedad y forma parte de la familia. No le pasará nada. —Dejó la cucharilla satisfecha y se limpió la boca antes de beber agua. —El rancho ha estado de miedo, Milton.

Julia puso los ojos en blanco viendo cómo se levantaba sin que ella hubiera terminado. —Esta chica es imposible. Es lo más maleducado que he visto jamás.

—O nosotros somos demasiado estirados —dijo pensativo levantándose y dejándola atónita.

Capítulo 8

Al final Milton la llevó hasta el ordenador del despacho y se pasó toda la tarde comprando cosas por internet. Se compró unas botas y dos pares de vaqueros más con algún jersey. Lo que más le costó fue la ropa interior, porque nunca la había comprado por la red y no sabía si le quedaría bien. Estaba intentando decidirse por un conjunto rosa con encajes negros, cuando sintió a Greg a sus espaldas.

—¿No puedo tener intimidad?

—Estoy intrigado. —Se sentó sobre su escritorio mirando la pantalla del ordenador. —¿Cómo sabes si te quedará bien?

—Fe.

Greg sonrió. —A mí me gusta.

—Como si me importara.

—Lo decía como una sugerencia. ¿Has comprado el vestido?

—No he llegado aún ahí.

—¡Nena, llevas aquí encerrada casi dos horas!

Le miró sorprendida. —¿De verdad?

—¿Cuánto has comprado? —Disimuló mirando la pantalla. —Xana, ¿has comprado algo?

—Claro que sí. Los vaqueros ya están.

Él apartó su mano para coger el ratón y mirar la cesta de la compra. —
¡No has comprado nada!

—Claro que sí, he... —Greg la cogió del brazo y la levantó de su sillón. —¡Eh! ¿Qué haces?

Sin hacerle caso volvió a la página anterior para ver más de cuarenta conjuntos de ropa interior. Empezó a clicar uno blanco, otro negro y varios de distintos colores con la talla que ella había elegido. Se cruzó de brazos sentándose en el mismo sitio en que él lo había hecho antes. Alucinó cuando vio que miraba camiones cortos parecidos a la combinación que llevaba puesta la noche anterior. —¿Seis? ¿Estás mal de la cabeza?

—Te quedarás varias semanas. Lo necesitas.

—¿Sabes que hay algo que se llama lavadora?

Entonces fue a la sección de vestidos y vio uno negro de coctel que

ella no se pondría a no ser que fuera a un funeral, pero él lo clickeó. —No me lo voy a poner.

—Te lo pondrás. Así le dará un infarto a mi tía, que es lo que buscas desde que has llegado.

—¡Empezó ella!

—Xana... —Mirando la pantalla, vio un vestido blanco estilo griego de gasa desde el pecho hasta los pies. Se volvió para mirarla de arriba abajo. —Este.

Miró la pantalla y señaló uno de lentejuelas doradas recto que llegaba a mitad del muslo. —Ese estaría estupendo para tu discoteca y bailar de gogó sobre la barra, pero no para mi cena.

—Aguafiestas. Seguro que es una fiesta superaburrida.

—Seguramente comparada con las tuyas. —Clickeó el vestido blanco y uno rosa que llegaba por debajo de las rodillas. También uno azul eléctrico y otro verde de encaje con la espalda al descubierto.

Sonrió al pensar que como no compraba zapatos, llevaría las botas puestas. Satisfecho se levantó y la miró a los ojos. —Ahora compra los zapatos. —Perdió la sonrisa viéndole salir. —¡Y medias! ¡Y date prisa!

—¿Y para qué tengo prisa?

—¿No quieres subir al desván a buscar los puzles?

Ni se quería imaginar lo que había en ese desván. Corrió fuera del despacho a toda prisa y él se detuvo. —Xana, los zapatos.

—Cómpralos tú luego —dijo corriendo hacia la escalera. Se detuvo arriba impaciente—. ¿Por dónde?

—A la derecha sube la escalera.

Ella corrió hasta el final del pasillo, pero no encontró la escalera. Greg se acercó a una puerta y la abrió. Subió ante él hasta el piso superior. Allí la decoración era más sencilla. —Estas son las habitaciones que antes utilizaban las damas de compañía o los que no tenían título. Arriba están las de la servidumbre. Antes la casa tenía a más de cien personas de servicio.

Le miró impresionada. —¿De verdad?

Greg asintió indicándole que siguiera subiendo y lo hicieron hasta el siguiente piso. —A lo largo de los años en las habitaciones vacías se fueron metiendo cosas y hay de todo. Milton me ha dicho que los juguetes y esas cosas, están en la habitación de la izquierda que son las vacías.

—¿Cuánto servicio tienes ahora?

—Internos sólo seis. Externos catorce entre jardineros y doncellas.

—Menuda diferencia.

—En la época de Robert trabajaban más de veinte personas solamente en la cocina. Ahora es distinto. Los avances hacen que se ahorre mucho

trabajo.

—En casa de mi padre sólo trabajan dos chicas que son como de la familia. Pero sólo tenemos catorce habitaciones. —Sonrió sin darse cuenta y a Greg se le cortó el aliento viendo como brillaban sus preciosos ojos verdes.

Cuando Xana vio el deseo en sus ojos negros, perdió la sonrisa poco a poco. —¿Buscamos el puzle?

Él abrió una habitación e incómoda entró a toda prisa. Greg encendió la luz porque ya estaba oscureciendo y las ventanas estaban a ras de suelo. Allí no se limpiaba mucho, pero fascinada ni se dio cuenta entrando en la habitación.

—Greg... —Tocó una cómoda de estilo francés que tenía pintadas las puertas con dos enormes jarrones. —Son preciosos.

—Deben estar por alguno de esos armarios —dijo algo incómodo caminando hacia un enorme armario de cinco cuerpos. Nunca había visto un armario antiguo tan grande.

—¿Por qué estos muebles fueron sustituidos? Parecen los muebles de una mujer.

—Son los de la duquesa.

—¿La que vivió en esta casa?

—Esa. —Abrió la puerta con una llave y dentro había varias cajas.

Ella siguió curioseando y vio una noria antiquísima cubierta de polvo y varios juguetes de madera, pero lo que la fascinó era una caja que parecía de oro sobre un aparador. —¿Qué es eso?

Greg se volvió con un puzle de los ochenta en su mano y vio la caja. — Es un joyero. El joyero de la duquesa.

—¿Tienes una pieza así en el desván? —No se lo podía creer.

—Si te digo la verdad, desde que murieron mis padres no había subido aquí. Y antes no es que subiera mucho. —Se acercó a ella y abrió la caja. Xana jadeó al ver un camafeo en él y varias joyas. —Joder —dijo furioso—. Esto debería estar catalogado.

—Tienes la servidumbre más fiel del mundo.

—No tienen la llave para entrar. Sólo la tengo yo y Milton. No saben lo que hay aquí dentro.

—Ni ellos ni nadie —dijo mirando a su alrededor—. Tienes una fortuna en muebles y esos juguetes son únicos.

—Es mi legado.

—Conociendo lo que cuidas tu legado, estoy segura de que se te llevan los demonios en este momento. —Sonrió divertida.

—Me va a salir una úlcera, ya la estoy sintiendo.

—¿Quieres que los catalogue? Algo básico para que tengas una idea de

lo que hay aquí.

—No tienes que hacer eso. Contrataré a alguien.

—Por favor... —Unió sus manos. —Me moriré de aburrimiento si no hago algo.

Greg la miró a los ojos. —No puedo permitir eso. Pero sólo unas horas al día.

Chilló de la alegría dando saltitos y él le hizo un gesto con la mano haciéndola salir de la habitación. Entonces empezó a abrir puertas y cuando llegó a la sexta, ella ya tenía la boca abierta. —Nena, cierra esa boquita o se te llenará de polvo.

—¡Estáis chiflados! ¡Cómo se os ocurre guardar todo esto aquí!

—Las damas cambiaban la decoración a menudo.

—Claro, como no tenían nada que hacer... —Miró a su alrededor. —Greg deberías venderlo todo. Se van a terminar estropeando y es una pena que otras personas no los disfruten.

—Es mi...

—Legado. Serás pesado. —Se acercó a una vidriera, pero un cuadro le llamó la atención. Era una dama de unos cuarenta años con un abanico en el regazo. Tenía el cabello casi blanco y sonreía con ironía. —¿Quién es?

—La duquesa.

—¿Por qué acabo aquí? Y no me refiero al cuadro.

—Ya te lo he dicho. Se enamoró.

Se volvió hacia él. —Y vivió aquí el resto de sus días para estar cerca de él, ¿verdad?

Greg apretó los labios. —Vino de visita. En aquella época cuando alguien venía de visita, se quedaba semanas o meses. Se enamoró del mayordomo y cómo puedes suponer, no podía dejarlo todo para estar con él. La condesa era su mejor amiga, que en ese momento era viuda y la invitó a vivir con ella.

—¿A nadie le pareció extraño que la duquesa viniera a acompañar a su amiga?

—Sobre todo a su marido.

—¡No! ¿Estaba casada?

Greg asintió. —Pero supongo que ya le habría dado un heredero, porque el duque no la reclamó. Era un matrimonio de conveniencia.

Miró el cuadro. —Así que se quedó aquí hasta que falleció al lado de su amado.

—Exacto. Había un pasadizo en la habitación y la condesa le dio esa, trasladando al mayordomo de habitación para que estuvieran juntos cuando quisieran.

—¿Cómo sabes todo eso? —Él levantó una ceja. —¿También tenía un diario?

—La condesa. Es como una pequeña tradición familiar.

—¿Tú tienes uno?

—¡No! —La miró con horror haciéndola reír. —Mi vida es aburridísima comparada con la suya. —Siguió riendo dándole la razón. —Hasta que llegaste tú.

Se le cortó el aliento mirando sus ojos. —¿De verdad?

—Me has dado más sobresaltos que en toda mi vida. —Disimulando salió de la habitación y el corazón de Xana se iluminó de la alegría.

—¡Pues todavía me quedo unas semanas! ¡Todavía te quedan unos cuantos! —Salió de la habitación para verle con la caja del puzle en la mano. Cuando vio que era un mapa mundi puso los ojos en blanco.

—Nena, ¿no era para entretenerse?

—Aquí hay países que ya ni existen.

Greg rió por lo bajo cerrando la puerta. —Si te portas bien te compro otro.

Miró las piezas y eran quinientas. —De dos mil.

—De dos mil.

Encantada con su puzle caminó a su lado mirando la caja. —Está casi nuevo.

—Después de hacerlo una vez, ya no tiene gracia.

—Seguro que erais unos niños buenísimos, que teníais la habitación impecable.

—Teniendo en cuenta que íbamos al internado, sí.

Se detuvo en seco mirándole asombrada. —¿Al internado?

—Sí, nena. Íbamos al internado.

—Philip me había dicho a un colegio de chicos.

—También llamado internado. No podía trabajar y cuidar a Philip. Sólo nos veíamos en vacaciones.

Los ojos de Xana se llenaron de lágrimas sin darse cuenta y él la miró asombrado. —Yo pensaba que habíais vivido juntos.

Él suspiró. —Mis padres estaban educados de otra manera a los tuyos y nos internaron con seis años. Cuando murieron, tampoco quería separar a Philip de sus amigos.

—Y tú te quedaste solo.

—Hice lo que tenía que hacer. —Vio como una lágrima caía por su mejilla. —¿Por qué lloras?

Xana en ese momento se dio cuenta de muchas cosas. Entre otras, que él estaba acostumbrado a cuidar de su herencia y para él era realmente importante porque era lo único que le quedaba con su hermano. Había tenido que hacerse cargo de todo muy joven con un niño pequeño y realmente no había tenido en quien apoyarse. Le dio una pena enorme sintiendo su soledad. Tiró la caja al suelo y le abrazó con fuerza. —Lo siento. Ahora entiendo que seas tan gruñón.

Él sonrió acariciando su cintura. —¿Ahora soy gruñón?

—Sólo conmigo, pero lo eres.

—Soy serio. No gruñón.

—Eres serio con los demás y gruñón conmigo. Me necesitas.

A Greg se le cortó el aliento. —¿Tú crees?

Ella se apartó sonriendo. —Lo pasaremos estupendamente estas vacaciones. Necesitas divertirte.

—¿Tú crees? —Volvió a preguntar incrédulo.

—Sí. Y relajarte. —La mirada de Greg le indicó que quería relajarse en ese mismo instante y Xana susurró —No relajarte tanto.

Él acercó la cara. —Ha sido idea tuya.

—No querías acostarte conmigo y además no puedes. —Él le cogió la mano y se la pasó por la entrepierna, haciéndola abrir la boca asombrada por

su excitación. —Pues sí puedes.

—Eso demuestra que se me olvida muy rápidamente que estoy enfadado contigo.

—Yo también te deseo —susurró mirando sus ojos acariciando su sexo. Greg gimió acercando sus labios, pero Xana arqueó la espalda apartándose—. ¿Pero ya no tienes el testículo inflamado?

—¡Se me va a inflamar como no me beses!

Soltó una risita. —Y eso de que no querías acostarte conmi ...

Él atrapó sus labios pillándola desprevenida devorando su boca, antes de llevarla hasta la pared pegando su cuerpo al suyo, haciéndola olvidar todo lo que se le pasara por la cabeza. Las manos de su cintura subieron hasta sus pechos, mareándola de deseo cuando se los acarició por encima del jersey.

Un carraspeo los separó de golpe y vieron a Milton ante ellos. —¿Encontraron el puzle los señores? —Miró al suelo donde la caja estaba tirada. —Ya veo. Deberían cambiarse para la cena en media hora, si quieren llegar a tiempo.

Se agachó de inmediato para coger la caja, sonrojada como si la hubieran pillado en su primer beso y Greg estaba igual. Carraspeó cogiéndola de la mano y pasaron ante él, que los observaba con una ceja levantada. —Nos ha mirado como si fuera el cura del pueblo —susurró haciendo reír a Greg que

asentía.

Milton les siguió hasta su piso y les observó desde el pasillo comprobando que entraran cada uno en su habitación. Se soltaron la mano a regañadientes. —¿Ves? Si durmieras en la habitación de la condesa, esto no pasaría.

Soltó una risita entrando en su habitación. —Tendrás que esperar.

La miró como si quisiera comérsela y sonriendo encantada le cerró la puerta en las narices. —Conde, su tía... —escuchó que le advertía el mayordomo.

—Sí, ya. Para una noche que Philip no está.

Xana se quedó mirando la puerta con la boca abierta. ¡Estaba celoso de su hermano! Dejó el puzle sobre el aparador entrecerrando los ojos. A ver lo que tenía su hermana en la maleta. Le haría sufrir algo en la cena.

Como su hermana había ido a su rescate, no es que llevara ropa demasiado sexy. Así que solo había vaqueros y camisetas, pero tenía una combinación de pantaleta y camisa de tirantes interior en seda rosa, que no estaba nada mal. Cogió la camisa de tirantes y los vaqueros más marcados de los que disponía. Al ver el resultado final, hizo una mueca porque estaba muy bien. Se llevaban ese tipo de camisas y a su tía le iba a dar algo. A ver si se desmayaba y les daba intimidación.

Salió al pasillo y fue hasta la escalera. Distraída miró hacia el otro ala de la casa y vio una luz encendida. Ese ala no se usaba. Fue hasta allí y vio que había una puerta abierta. Se quedó de piedra al ver a la rubia de por la mañana sacando sus cosas de una maleta sonriendo de oreja a oreja. Mierda. Había encontrado la casa. Fue hasta el armario y metió la ropa dentro cuando el teléfono le sonó. La rubia se lo sacó del bolsillo trasero del vaquero que llevaba y Xana se alejó pegándose a la pared cuando miró hacia la puerta.

—Ahora no puedo hablar. Acabo de llegar.

La mosqueó que cerrara la puerta cuando era obvio que no la había visto, así que se acercó a ella y pegó la oreja. Juró por lo bajo porque el sonido se amortiguaba. Pero le pareció oír que todo iba perfecto. Se tensó al creer escuchar el nombre de Philip. ¿Philip? Se separó de la puerta y caminó lentamente hacia la escalera. ¿Conocía a Philip? Había preguntado por Lord Huntley y ella pensaba que hablaba de Greg, pero igual buscaba a Philip. Él no había quedado con nadie en la casa. Si hubiera sido así, ella lo hubiera sabido.

Llegó al salón donde Greg ya estaba sirviéndose un whisky. —Al parecer hay una invitada.

Él levantó una ceja. —No se te escapa nada. Nena, ¿quieres un zumo o algo más fuerte?

—Algo más fuerte. —Se acercó a él. —¿Quién es?

—No te lo vas a creer. —Miró hacia la puerta haciéndole un gesto a Milton que salió del salón. —Él vigilará que no venga mientras hablamos. Es Melissa Harris.

—¿Melissa? ¿La Melissa del trabajo de la que está colado?

—La misma. Me ha dicho que le habían dicho que pasaría aquí la Nochevieja y que quería darle una sorpresa. La sorpresa se la ha llevado ella cuando le he dicho que estaba en Londres. —Sonrió divertido. —Mi hermano tiene buen gusto.

—Mi Melissa es mucho mejor. Y esa no me gusta un pelo. Presentarse aquí sin ser invitada... Eso sí que es de mal educadas. ¿Ante eso no tienes nada que decir?

—¿Por qué crees que la he colocado en el ala de invitados? No desconfié solo de ti, preciosa. Desconfío de todos en general.

Xana sonrió. —¿Entonces no soy especial?

Él gruñó antes de besarla rápidamente en los labios y darle su copa. — Ya te demostraré luego...

—Buenas noches —dijo la tía entrando con un vestido de seda rosa.

—Julia, hoy estás para comerte. —Xana divertida bebió de su copa mientras Greg le daba una copa de jerez.

—Querida, se te ha olvidado la camisa o el jersey o lo que sea.

—Está de moda la ropa interior.

—Nena, ¿hiciste el pedido?

Abrió los ojos como platos y Greg se echó a reír. —¡La culpa es tuya que me distrajiste! —Gruñó yendo hacia la puerta. —Vuelvo enseguida, solo me faltan los zapatos.

—Xana ya me he encargado yo. Si fuera por ti ni sabrías la dirección a donde se tendría que enviar y... —Metió la mano en su bolsillo interior de la chaqueta. —Te ha llegado esto. —Le mostró un móvil.

—Genial. Voy a llamar a mi madre.

Se acercó más de la cuenta para coger el móvil y susurró —Estás muy guapo con smoking.

—Preciosa, juegas con fuego.

—Señores, la señorita Harris.

La voz de Milton hizo que se volvieran para mirar a la rubia que se había cambiado y llevaba un vestido rojo entallado. Sus rizos caían por su espalda y parecía algo tímida en la puerta, pero a ella no se la daba. Alguien tímido no se presentaba en una casa desconocida y menos sin ser invitada.

—Buenas noches.

—Buenas noches, señorita Harris —dijo Greg mientras la tía Julia la

observaba de arriba abajo con los ojos entrecerrados—. Pase, ¿desea tomar algo? Milton, encárgate.

—Sí, milord.

—¿Un refresco de naranja puede ser? —preguntó como si fuera una adolescente antes de que sus ojos se detuvieran en ella—. Oh, a usted la conozco.

Greg la miró sorprendido. —¿Ah, sí?

—Nos encontramos en el camino cuando fui a dar un paseo esta mañana. —Se sentó al lado de la tía Julia, que la miró sorprendida. — Buscaba la casa, pero me equivoqué porque si llega ahora, es que la envié en dirección contraria.

—Pues sí —dijo intentando no mostrarse enfadada mientras se sentaba en el sofá de enfrente—. No debería dar indicaciones si no tiene ni idea.

—Xana, ¿no tenías que llamar a tu madre? —preguntó Greg divertido observando a su otra invitada.

—Oh, sí. —Se levantó y le dijo a Julia en voz baja —Interrógala y luego me lo cuentas.

—¿Tú eres Xana? —preguntó Melissa sorprendida mirándola de arriba abajo mientras dejaba su gin-tonic sobre la mesa de centro para salir—. ¿La americana?

—¿De qué la conoces? —preguntaron sus anfitriones a la vez.

—¡Philip me ha hablado de ti! —Sonrió de oreja a oreja. —Pero tenía entendido que estarías con tus padres en América para las Navidades.

—Un cambio de planes —dijo Julia rápidamente—. Es como de la familia y la hemos invitado para fin de año.

—Philip debe estar encantado de que su mejor amiga haya venido. — No perdió la sonrisa, pero sus ojos azules le indicaron que la consideraba una rival.

—Pues sí que está encantado. Mi sobrino está más que encantado.

No le gustaba un pelo esa tía y a Julia tampoco, aunque lo disimulaba mucho mejor que con ella, eso estaba claro.

—Xana, vete a llamar a tu familia antes de que se preocupe —dijo Greg mirándola a los ojos.

Asintió saliendo del salón, pero no sin antes mirar a Julia a los ojos, que enderezó la espalda antes de sonreír a su invitada. —Querida, así que trabajas con nuestro Philip.

No escuchó la respuesta porque sacó su móvil y marcó el número de su madre. Sin perder el tiempo subió la escalera con el móvil en el oído. —Hola cariño, ¿cómo estás?

—En medio de una misión de espionaje —respondió divertida

llegando al piso de arriba.

—¿Y eso?

—Una lagarta que quiere ligarse a Philip. Estoy intentando descubrirla.

—¿Qué ocurre en esa casa? ¿No se fían de ninguna mujer que pone un pie en ella?

—Algo así. Es que son dos caramelitos.

Gloria Madison se echó a reír. —Sí que deben serlo. ¿Y ahora qué haces?

—Entrar en su habitación para revisar su maleta —dijo mientras abría la puerta.

—Como te pille... Revisa en el cuarto de baño. Su neceser. Y el interior de la maleta.

Abrió el armario porque no quería soltar el móvil para coger la maleta que estaba colocada sobre el suelo al lado de una cómoda. —¿Y tú cómo estás? ¿Papá ha llegado?

—Todavía no, cariño. Llegará en unas horas.

—Estará agotado con tanto viaje. Y ahora... —Preocupada por todos los problemas que había dado, levantó un jersey antes de colocarlo en su sitio.

—No te preocupes. Lo importante es que estás bien. Además, el viaje a Suiza nos vendrá bien. Nos tomaremos unos días allí y Ariel se hará cargo.

También le vendrá bien para que tome ritmo con la empresa.

—Una prueba de fuego, ¿eh? —Se acercó al baño y encendió la luz mientras su madre se reía. —Seréis malos.

—Ya está de los nervios.

—Mientras no caigan las acciones.

—Han subido gracias a ti.

—Qué raros son los mercados, de veras. —Abrió la cremallera del enorme neceser y silbó.

—¿Qué has encontrado?

—Mamá, usa esa crema que cuesta setecientos pavos el bote. —Revolvió en el neceser. —Y su maquillaje es todo carísimo. De primeras marcas. Chanel, Lancôme...

—Será de dinero.

—Trabaja para Philip. No creo que gane tanto.

—Su familia será de dinero.

—Puede ser. —Cerró el neceser y lo dejó todo como estaba, antes de apagar la luz y volver al armario para revisar las etiquetas. —Su ropa es toda de firma.

—Hablando de ropa. ¿Has comprado?

—Sí, mamá. La he comprado. O casi.

—Tu hermana me ha dicho que ellos se visten por la noche de etiqueta. Debes hacer lo mismo. Donde fueres, haz lo que vieres.

—Greg ya se ha encargado de eso.

—Estoy deseando conocerlos a los dos. Debes invitarlos para la primavera.

Cogió la maleta y la colocó sobre la cama. Apoyando el móvil en el hombro susurró —Está cerrada con combinación.

—Una maleta vacía no se cierra con combinación.

—Cierto.

—No le pierdas ojo.

—Hecho. —Dejó la maleta en su sitio y fue hasta la puerta. —Dile a papá que le quiero. Y a Ariel.

—¿Y a mí no me dices nada?

—Que eres la mejor madre que existe y que siento el susto. También siento que no pudieras ir hasta Manila, porque sé que eso te ha puesto aún más de los nervios.

—Sé que lo sientes, mi amor. Estoy deseando verte para tirarte de las orejas.

Xana se echó a reír bajando los escalones y Milton sonrió al verla. —
En unas semanas estaré ahí para que me las estires todo lo que quieras. Te
quiero.

—Llámame mañana.

—Lo haré.

Colgó el teléfono y se lo dio a Milton. —¿Me lo subes?

—Por supuesto.

—¿Cómo va? —preguntó en voz baja.

—Sospechoso como poco.

—Eso pienso yo.

Capítulo 9

Entró en el salón sonriendo de oreja a oreja y Greg la miró. —¿Todo bien?

—Mamá os ha invitado en primavera.

Julia levantó una ceja. —Interesante.

—Oh, qué emocionante. América.

La miró extrañada. —¿No has ido nunca?

—No, nunca he salido de Europa.

—Pues te gustaría. A Philip le gustó mucho. —Se sentó al lado de Julia y cogió su copa. —¿Vendrás tía? A ti no te ha invitado, pero te invito yo. —Le guiñó un ojo haciéndola sonreír.

—Por supuesto. Una invitación así no se puede rechazar.

—Prometo no tirarte al lago.

—Sí que sois muy amigos, ¿verdad? —Los tres la miraron. —Philip y tú, quiero decir...

Parecía algo insegura y Greg se sentó a su lado haciendo que Xana se tensara. ¿Qué ocurría allí? ¿Ahora la protegía? A ella la habían atacado directamente y no había tenido un gesto así.

—Sí que son muy amigos. —Le sonrió de manera encantadora y ella le correspondió.

¡Estaban ligando! ¡Aquello era la leche! Miró a Julia con ganas de matar a alguien y la vieja chasqueó la lengua como si le diera igual.

—¿Y tú? ¿Eres muy amiga de Philip? —Greg le miró los labios y Xana estuvo a punto de saltar del sofá para tirarle de los pelos.

—Sí, somos amigos. Solo amigos. —Soltó una risita estúpida y Xana dejó el vaso de gin-tonic sobre la mesa de golpe.

—¡Niña, es una mesa del siglo diecisiete!

Puso los ojos en blanco apoyando la espalda sobre el respaldo del sofá cruzándose de brazos mirando a Greg fijamente, que sonrió con descaro.

—Somos amigos y como no tenía nada que hacer en Fin de Año, pensé que ya que tiene una casa tan grande y que iba a estar aquí solo...

—No está solo. Estamos nosotros —dijo sin poder evitarlo sonrojándola.

—Sí, por supuesto. —Miró a Greg como una virgen tímida. —
Pensarán que soy una descarada.

—No, querida —dijo Julia rápidamente—. Seguro que Philip estará encantado de que estés aquí como lo estamos nosotros. Eres un soplo de aire fresco en esta vieja casa.

Xana levantó una ceja mirando a Julia, que retuvo la risa al ver que le había fastidiado. —Bruja —siseó haciéndola reír.

Greg se levantó. —¿Pasamos a cenar?

—Sí, estoy muerta de hambre y me estoy poniendo de muy mala leche.

Melissa la miró sorprendida y Greg dijo —Es hipoglucémica.

—Ah. Y necesita comer a menudo.

—Exacto.

—Mira, como la hija de ese millonario. Se desmayó en Manila, creo. Y no la encontraban. Pensaban que había sido un secuestro.

Greg muy tenso se acercó a Melissa. —Sí, la enfermedad es así.

—Querida, acompáñame. —Julia la cogió del brazo, dejando que Greg cogiera a Melissa de la misma manera con una delicadeza que le crispó los nervios. Eso la puso a mil, pero Julia la apretó con la mano advirtiéndole con la mirada.

Rabiosa se mordió la lengua acompañándola. Milton estaba muy serio

ante la puerta del comedor, observando a su señor sonreír agradablemente a la bruja antes de mirarla a ella a los ojos como si también la advirtiera. Al parecer pensaban que iba a estallar en cualquier momento y era así.

Fastidiada acompañó a Julia a su sitio antes de rodear la mesa, pero Melissa se sentó en su sitio al lado de Greg. A regañadientes se sentó al otro lado de Julia. Al parecer ella era el último mono en esa casa. Milton se acercó a ella mientras una doncella les servía a los demás vino y le preguntó al oído —¿Qué desea beber?

—Una cola.

—Enseguida.

Al ver que a ella le servían un refresco, Melissa levantó una ceja cogiendo una copa de vino. —Los americanos toman mucha cola, ¿verdad? A mí me parece que quita el sabor a la comida.

—La bebemos con todo. Conozco a gente que incluso la desayuna.

Melissa fingió horror. —A mí no me quitan él te por la mañana por nada del mundo.

—Sí, se nota. —Gruñó viendo la ensalada de huevo que le estaban sirviendo. —Tiene una pinta estupenda, Milton.

—Me alegro de que le guste.

—¿Y cómo es los Estados Unidos?

Estaba claro que esa mujer quería desviar continuamente la conversación para que no preguntaran por su relación con Philip. Sonrió cogiendo el tenedor. —Variado.

—Sí, me imagino. Es muy grande.

—Pues eso. Sobre Philip... ¿exactamente en qué trabajas para él?

—Soy analista de sistemas. Me encargo de la filial en Londres.

Asombrada miró a Greg. —¿Tienes más filiales?

—En París y en Hamburgo.

—Vaya... ¿Y no os conocíais? —Les señaló a ambos con el tenedor.

—¿No trabajáis en el mismo edificio?

—Es un edificio muy grande —dijo ella como si fuera tonta—. Yo le había visto de lejos en una reunión de personal, pero nunca habíamos hablado.

Entonces a Xana se le encendió la bombilla y supo por qué se había presentado allí. No quería a Philip. Era su oportunidad de conocer a Greg aprovechando su amistad con su hermano. Con Philip había tenido miles de oportunidades, pero esa era la única oportunidad que tenía de conocer al jefe y Conde. Esa lo tenía todo planeado y que no estuviera su amigo, le había venido de perlas.

Vio como sonreía a Greg antes de meterse el tenedor en la boca con la delicadeza de una gran dama. ¡Sería zorra! ¡Esa tía quería hacer exactamente

aquello por lo que la habían acusado a ella y estaba allí sentada tan ricamente!

—Así que le habías visto de lejos. —La miró maliciosa. —Es impresionante, ¿verdad? Nuestro conde está buenísimo.

—¡Xana! —Greg la miró algo molesto.

—No seas vergonzoso. Eres conde, eres guapo, estás forrado y mira tu casa. Eres un caramelito.

Melissa se sonrojó. —La verdad es que es muy atractivo. —Le miró de reojo aparentando timidez. —Cualquier mujer se habría fijado.

—Claro, y qué mejor que aprovechar que Philip está con su hermano para hacerle una visita y conocer su mansión. Y de paso estrechar lazos con el conde.

—Pues... —Miró a Greg. —De verdad que esa no era mi intención. Yo solo quería pasar estas fiestas con alguien. No tengo familia, ¿saben?

—¿Ah, no? ¿Y con quien las pasabas antes?

—Xana, cena —dijo Greg antes de sonreír a Melissa—. ¿Y con quién las pasabas antes? —Se metió el tenedor en la boca y masticando la miraba fijamente.

—Con mi prima y su familia, pero se han mudado a Madrid. Han trasladado a su marido allí.

—¿Y por qué no te has ido a Madrid?

Julia le dio una patada bajo la mesa y la miró asombrada.

—Es que como se han mudado apenas hace un mes, no quería molestar.

Gruñó comiendo más ensalada y antes de darse cuenta ya la había terminado.

—Bueno, de todas maneras aquí estarás muy bien. Philip llegará mañana, pero mientras tanto seguro que Greg te hará de anfitrión.

—Es una pena que no hubiera llegado antes para ver la casa de día. Debe ser maravillosa.

Mira cómo soltaba puñaladitas la pija esa. Sonrió falsamente. —Sí, es una pena. Ya es mala suerte que te toparas conmigo. —Melissa no respondió, lo que significaba que le daba la razón y Xana alerta enderezó la espalda. —Milton...

—¿Sí, señorita?

—Dame más ensalada que voy a necesitar energías.

—Sí, señorita Xana.

Greg reprimió la risa cogiendo su copa de vino. —Cómo puedes comprobar, Xana es algo directa. Su hermana es igual, así que es un rasgo de familia.

—Mira quien fue a hablar de directo.

—¿Usted es directo, Conde? —preguntó melosamente mirándole a los

ojos.

—Con Xana no queda más remedio.

—Es increíble lo unida que estás a esta familia cuando solo has pasado... ¿cuánto? ¿Cuatro días con ellos?

—Pues sí que Philip te ha hablado de mí —dijo molesta antes de comer con ganas lo que Milton le estaba sirviendo. El mayordomo le dejó la fuente ante el plato y con la boca llena la fulminó con la mirada, sin disimular que no la tragaba.

—Sí que me ha hablado. Estaba algo disgustado por lo mal que te llevabas con su familia. O su familia contigo. Es lo mismo.

Greg se tensó mirando a Xana. —Hubo un malentendido que obviamente se ha solucionado.

—Por supuesto. —Sonrió dulcemente. —Me parece increíble que alguien se lleve mal con usted, Conde. Con lo amable que es.

Esa tía era insoportable.

—Tengo mi carácter —dijo mirándola de reojo.

Xana estuvo a punto de ebullición el resto de la cena, porque la muy zorra la provocaba continuamente sin llegar a enfrentarse a ella. Cuando llegaron al salón del piano, tenía un mosqueo que estaba al borde de despellejarla y para calmarse un poco fue hasta el ventanal. Miró al exterior y

vio que todo estaba blanco. De hecho, estaba nevando lo que no estaba escrito. Abrió la ventana y sacó la cabeza al exterior para ver la balastrada de piedra de la terraza llena de nieve.

Greg se acercó cogiéndola de la cintura y apartándola antes de cerrarla de nuevo. —¿Estás loca? ¡Vas a coger una pulmonía!

—Es lo que tiene ir en ropa interior —dijo Melissa ácida.

—Esta se va a...

Greg la cogió por el brazo deteniéndola. —¿Nos tocas algo?

—Sí, a esta le voy a tocar bastante.

Volvió a retenerla y Julia reprimió la sonrisa. —Si tocas el piano.

—¿Quieren que lo haga yo? Es una pieza preciosa y me gustaría probarla. —Melissa se levantó de inmediato.

—¿Tú tocas? —Julia levantó una ceja.

—Di cinco años de piano.

—Por favor, úsalo con libertad —dijo la tía maliciosa indicándole con la mano que fuera hacia el instrumento.

La pija se acercó al piano y levantó la tapa. Greg tiró de Xana hasta el sofá sentándola a su lado mientras la escuchaba gruñir. Divertido le cogió la mano para calmarla. Melissa empezó con la típica “Para Elisa” de Beethoven y su interpretación fue correcta, pero demostraba que no le ponía pasión, lo

que deslucía la pieza. Sonrió satisfecha recostándose en el sofá y Greg escuchando le pasó el brazo por los hombros pegándola a él. Se acomodó sonriendo mientras Melissa tocaba Fantasía de Schumann, pero la pija hizo tal fiasco que Julia crispó la sonrisa cuando se saltó media partitura, seguramente porque se le había olvidado.

—Muy bien —dijo Julia deteniéndola en seco antes de mirarla a ella —. Xana, por favor.

Melissa se volvió para quedarse de piedra al ver como estaban sentados y Xana sonrió maliciosa. —No sé. Ahora estoy muy a gusto.

Greg rió por lo bajo antes de beber de su whisky. —Nena, no seas mala. Puedes torturarla con otra cosa, pero la música es sagrada para tía Julia.

—Bueno, si no hay más remedio. —Se levantó apoyándose en el muslo de Greg mientras Melissa la miraba disimulando su odio. —Pero toco lo que yo quiera.

—Mientras no sea la marcha fúnebre —dijo Greg divertido.

Para fastidiar a Melissa tocó otra de Schumann. Otra fantasía, pero mil veces más complicada. Sus dedos se movían por el piano con agilidad en las partes rápidas y en las partes dulces cerró los ojos dándole la intensidad que requería. Sin darse cuenta terminó la pieza media hora después y cuando se detuvo, miró el teclado sorprendida de que ya se hubiera acabado.

Se volvió lentamente y Julia sonrió. —Sublime.

—Ahora me voy a la cama que me has agotado. —Julia se echó a reír asintiendo y más cuando la vio ir hacia la puerta. —¿Greg?

—¿Si, nena?

—¿Tú qué crees? —Se detuvo en medio del siguiente salón. —¡Mueve el culo!

La risa de Greg llegó hasta ella y le escuchó decir —Señoras, me reclaman.

—Buenas noches, querido.

—Buenas noches, Conde.

—Si necesita cualquier cosa...

—¿Greg! —protestó Xana sabiendo de sobra lo que quería esa mujer.

—Llame al mayordomo —dijo Julia divertida.

Xana sonrió viendo como Greg aparecía en la puerta. Estaba guapísimo con smoking y extendió la mano ansiosa por estar a solas con él. Su conde la cogió tirando de ella hacia el siguiente salón y cuando llegaron al hall Milton les esperaba en la escalera.

—Buenas noches, guapo.

—Buenas noches, señorita Xana. Milord.

Greg tiró de ella escaleras arriba y cuando llegaron al pasillo, la pegó a la pared haciéndola reír. Se miraron a los ojos y él susurró —Ha llegado el momento.

El corazón de Xana dio un vuelco e incomprensiblemente se puso algo nerviosa. —¿Estás preparado para mí? Soy muy buena en esto, ¿sabes?

—¿No me digas? —Apoyó su mano en la pared acercándose hasta sus labios. —Estoy deseando comprobarlo.

Xana pasó por debajo de su brazo rápidamente y Greg sin moverse, giró la cabeza para verla correr hasta la habitación del Conde. Maliciosa se quitó el jersey. —¿A qué esperas? No tengo toda la noche.

—Sí que la tienes.

Soltó una risita entrando en la habitación y Greg gruñó siguiéndola. Cuando llegó a la puerta, Xana estaba quitándose los pantalones y a él se le cortó el aliento al verla desnuda ante la luz del fuego. Tiró los pantalones al suelo y se subió a la enorme cama a gatas sin dejar de mirarle. —Esta cama tiene pinta de ser de lo más cómoda.

Él que estaba observando la curva iluminada de su trasero la miró a los ojos alargando la mano para cerrar la puerta. —Nena, eres muy rápida.

—Sabes que me gusta ir al grano. —Se tumbó sobre la cama mostrando sus maravillosos pechos y él llevó su mano a la pajarita del

smoking tirando de ella lentamente. Xana levantó una de sus cejas castañas impaciente. —Cariño, ¿necesitas ayuda?

Greg se quitó la pajarita dejando que cayera al suelo y su mirada la excitó tanto que susurró —Uhhh, un striptease. Si mueves un poco las caderas...

Él sonrió quitándose la chaqueta. —Te aseguro que voy a mover las caderas bastante el resto de la noche. ¿No querrás que me agote?

—No, por Dios. —Se puso de lado para verle mejor y apoyó la cabeza en su mano sin perder detalle al igual que él. —Sería una decepción.

—No me perdonaría decepcionarte, preciosa —dijo desabrochándose la camisa. Xana separó los labios al ver su fuerte torso y la luz del fuego sobre sus hombros. Sus ojos recorrieron su fuerte pecho, deseando tocar el vello que tenía sobre sus pectorales siguiendo el camino desde su ombligo hasta la cinturilla del pantalón, que estaba abriendo en ese momento. Se mordió el labio inferior cuando vio que los dejaba caer en ese instante con calzoncillos y todo, mostrando su sexo erecto en todo su esplendor. Xana vio cómo se enderezaba sin moverse del sitio e impaciente levantó los ojos hasta los suyos. —Nena, ¿estás húmeda?

Casi se desmaya al escucharle y sin dejar de mirarle a los ojos, abrió las piernas pasándose una mano por su sexo lentamente. Greg de pie a su lado,

tensó su espalda al verla. —Ya veo que sí.

—Ven aquí. Quiero tocarte.

Él sin dejar de mirarla, abrió la mesilla de noche sacando un paquete de preservativos y Xana sonrió cuando con toda la calma del mundo sacó uno colocándoselo ante ella. Era lo más excitante que había experimentado nunca y ni siquiera la había tocado. Greg se subió a la cama colocándose entre sus piernas y de rodillas ante ella la miró a los ojos llevando sus manos a sus caderas. Xana cerró los ojos de placer cuando sus manos llegaron a su cintura y gritó de la sorpresa cuando tiró de ella elevando su pelvis para colocarla sobre sus rodillas. Ella gimió cuando su duro sexo acarició el suyo de arriba abajo pero no entró en ella, sino que sus manos llegaron a sus pechos acariciándolos con pasión, haciéndola gemir de necesidad. Llevó sus manos a las suyas deseando tocarle y acarició sus fuertes brazos. Intentó mover las caderas, pero él la sujetó por la cintura, elevándola hasta sentarla encima de él. Xana gimió abrazando su cuello y le miró a los ojos sin aliento al sentir como entraba en ella lentamente. Greg gimió cerrando los ojos de placer. — Estás muy estrecha, nena.

Loca de deseo, abrazó sus caderas con las piernas moviéndose con fuerza para que entrara en ella del todo. A ambos se les cortó el aliento y Greg la abrazó con fuerza a él mientras se miraban a los ojos. Ella supo en ese momento que ese hombre era el amor de su vida y cuando la besó

apasionadamente, respondió con todo su ser deseando no separarse de él jamás. Greg se movió ligeramente y sin dejar de besarla, la elevó lentamente para dejarla caer sobre su sexo. El placer que la traspasó la hizo gritar en su boca apretando las uñas en su cuello, intentando no perderle. Greg gruñó apartando su boca y volvió a elevarla para dejarla caer. Xana cerró los ojos sintiendo como cada músculo de su vientre se tensaba con fuerza. La necesidad era tan grande, era tan fuerte, que desesperada enterró su cabeza en su cuello besándose. La movió una y otra vez alargando su necesidad hasta que pensó que se volvería loca, y él metió la mano entre sus cuerpos tocando ligeramente su clítoris, haciéndola estallar en mil pedazos. Fue la sensación más exquisita que podría experimentar jamás.

Sin dejar de abrazarla, la tumbó sobre la cama y se apoyó sobre sus antebrazos mirando cómo se reponía. Greg con la respiración agitada susurró en su oído mientras aún estaba atontada —Ni se te ocurra dormirte, nena. Va a ser una noche que no olvidaremos nunca.

Capítulo 10

Xana feliz miró su enorme muñeco de nieve, mientras Milton agotado después de ayudarla a subir la cabeza, respiraba hondo viendo el resultado. Ella se agachó para coger la zanahoria y colocársela en la cara. El mayordomo se echó a reír porque le quedó torcida y ella sonriendo colocó los enormes botones como si fueran los ojos. —¿Qué tal?

—Tiene personalidad, eso seguro —dijo señalando la nariz torcida hacia la derecha.

—Ah... —Lo arregló rápidamente y se acercó a un seto arrancando con las manos unas ramas.

—Señorita, se va destrozar las manos.

—Qué va. —Le puso las ramas como si fueran brazos y suspiró satisfecha. —Ha quedado genial. —Su cara encarnada por el frío y el esfuerzo, sonrió radiante. —Aunque le falta algo.

—A usted le faltan una bufanda y guantes. Como se ponga enferma, ya verá como nos ponen verdes por estar aquí a la intemperie. —Milton miró el cielo. —Va a nevar de nuevo. Espero que no cierren las carreteras para la fiesta.

—¡Una bufanda! ¡Eso es lo que le falta!

Milton puso los ojos en blanco al verla correr hacia la casa, cuando se abrió una ventana del piso superior y el conde sacó la cabeza furioso. — ¡Decidido, estás loca! ¡Entra en casa de inmediato!

—¡Buenos días! —gritó ella sin dejar de subir las escaleras—. ¡Y no hace frío!

Milton gimió siguiéndola y Greg le miró como si todo fuera culpa suya. —¡No he podido detenerla, milord!

—¡Son las ocho de la mañana!

—¡Se ha levantado a las seis! —El conde entró de nuevo cerrando la ventana. —Y para el caso que nos hace —dijo para sí aliviado porque el conde se hubiera levantado. Igual él la detenía.

Verla correr hacia el exterior de nuevo le confirmó que no la había pillado a tiempo, pero se quedó helado cuando vio que llevaba una de las bufandas de seda del Conde en la mano. Gimió al ver lo satisfecha que estaba colocándosela alrededor del cuello al muñeco de nieve y se echaba a reír. —

Está muy guapo. Perfecto.

Él carraspeó varias veces. —Señorita Xana, es la bufanda favorita del conde.

Le miró asombrada. —¡Si es horrible!

Hizo una mueca escuchándola. —Pues es su favorita.

—Va, solo es una bufanda.

No se quería ni imaginar lo que costaba esa bufanda. El conde salió al exterior poniéndose un enorme plumas azul y desde la escalera miró hacia abajo. Se le cayó la mandíbula hasta el pecho al ver su bufanda. Milton disimulando dijo —Voy a preparar el desayuno.

Xana ajena a todo, sonrió a Greg saludándole con la mano. —¿A que me ha quedado bien?

Él empezó a bajar las escaleras a toda prisa y siseó cuando Milton pasó a su lado. —Ya hablaremos tú y yo.

—Sí, milord.

Greg llegó al jardín y Xana emocionada se acercó a él cogiendo su mano. —¡Estás helada!

—¿Te has levantado gruñón? —Tiró de él hasta el muñeco que tenía casi la altura de Greg. —Se parece a ti.

—Sobre todo porque lleva mi bufanda.

—Sí. —Ella soltó una risita encantada de verle y pasó sus manos por su cuello. Greg se estremeció apartándola y cogiéndola de la muñeca, tiró de ella hacia la escalera. Algo decepcionada porque no la hubiera besado le siguió. —¿Estás enfadado?

—¿Enfadado? No. ¡Estoy asombrado porque no estés en la cama! ¡Qué es donde deberías estar! ¡No has dormido nada!

—Es que después de la sobreexcitación a la que me sometiste... — Maliciosa se detuvo y Greg la miró. —¿Qué pasa? ¿Quieres repetir? Eres un semental.

Greg gruñó tirando de ella de nuevo. —Ni me quiero imaginar cómo tienes el azúcar.

—Me he tomado un zumo, pesado.

Dejó que la metiera en casa y cuando iba a quitarle el abrigo ella se apartó. —¿Tienes cámara de fotos? —Al ver que la miraba como si no supiera de qué hablaba, ella empezó a subir las escaleras corriendo. —Da igual. Voy a por mi móvil.

—¿Para qué?

—¡Para sacarnos unas fotos con mi muñeco de nieve! —Se detuvo en lo alto de la escalera y puso los brazos en jarras. —¡Y sonreirás! ¿Me oyes?

Desapareció corriendo y Milton carraspeó tras él. Se volvió para

verlo con una gorra en la mano. Se la tendió y Greg vio que era la gorra de su abuelo. La que utilizaba para salir a cazar. Resignado la cogió haciendo que el mayordomo sonriera aprobando su comportamiento. Xana apareció corriendo y sonrió radiante al ver lo que tenía en las manos. —¡Es perfecto, cariño!

Encantada porque colaborara, bajó a toda prisa y cogió su mano, volviendo a salir. —Hace un día estupendo. —Se detuvo en la terraza y se pegó a él. —Ahora dame un beso de buenos días.

Él sonrió cogiéndola por la cintura. —Buenos días.

—Eso está mejor. —Se acercó a sus labios y se los besó con suavidad. —Buenos días.

—Tienes los labios fríos.

Gruñó apartándose. —Disfruta de la vida, por Dios. Eres don gruñón.

—Don gruñón, ¿eh? —Xana sonrió cuando la cogió por la cintura pegándola a él. —Buenos días —dijo con voz ronca antes de besarla apasionadamente.

Cuando se separó de ella, Xana suspiró. —Eso está mucho mejor.

Se pasaron más de veinte minutos sacándose fotos hasta que ella estuvo satisfecha y cuando llegaron al desayuno, Julia les miró como si fueran extraterrestres. —¿De dónde venís?

—De sacarnos fotos con el muñeco de nieve. —Se sentó ante ella

sonriendo a Milton que le sirvió un café. —Gracias, chato.

—De nada, señorita Xana.

—Te has levantado temprano, tía —comentó mientras Greg se sentaba.

—Es que tenemos una invitada. Esperaba que ya estuviera levantada.

Xana entrecerró los ojos porque por ella esa bruja no se había levantado nunca y Julia sonrió cogiendo su tacita de té.

—¿Y nuestra invitada cuánto tiempo estuvo levantada después de que nos fuéramos? —preguntó Greg.

—Apenas nos quedamos unos minutos. Parecía algo incómoda cuando abandonasteis el salón. Incluso diría que se quedó algo asombrada con la situación.

Xana se mosqueó. Estaba claro que no pensaba que ella pudiera tener algo con Greg y que tenía el camino libre. Como si la hubieran invocado, Melissa apareció en el comedor vestida con un jersey negro de cachemir y unos pantalones beige de vestir. Llevaba unas perlas alrededor del cuello que ella no se pondría ni muerta, pero en aquel ambiente pegaban totalmente. Sonrió dulcemente. —Buenos días.

Xana se tensó respondiendo como los demás —Buenos días.

—Hace un día maravilloso, ¿verdad? —dijo sentándose a su lado como una gran dama.

—Maravilloso —gruñó antes de coger el cuchillo cogiendo gran cantidad de mantequilla para untarla en el croissant que tenía en el plato.

—¿Cómo ha descansado, Melissa? —preguntó Julia dulcemente.

—Estupendamente. Mi habitación es preciosa como el resto de la casa y muy confortable.

Xana gruñó haciendo que Greg sonriera antes de beber de su té. — Había pensado que después del desayuno podíamos reunirnos en la biblioteca para mostrarle los volúmenes que posee Sheringham Abbey —dijo la tía dejando a Xana de piedra. Menudo coñazo.

—Seguro que os divertiréis un montón —dijo rápidamente antes de que la incluyeran—. Greg y yo tenemos mucho que hacer.

—¿Ah, sí?

—Sí —siseó indicándole con la mirada que le siguiera la corriente.

—Oh, claro. Se me había olvidado de eso.

Julia entrecerró los ojos. —Deberías mostrarle a tu invitada la casa, Greg.

—Estaré encantada de esperar a que esté disponible —dijo la petarda con dulzura mirando a su conde como si fuera su héroe. Estaba decidido, la odiaba.

—A mí no me la enseñó. Así que cuando lo haga, me uniré al tour.

Greg reprimió la risa. —Pues lo iniciaré después del desayuno. Seguro que la tía puede mostrarle los volúmenes después, Melissa.

—Es fantástico. Estoy deseando conocer esta maravillosa casa. Seguro que hay miles de historias a su alrededor. —Levantando el dedo meñique bebió de su té y Xana se dijo que no podía ser más cursi.

Diez minutos después tuvo que dejar de desayunar porque la petarda estaba a punto de provocarle una úlcera. Bebió su café escuchándoles hablar de personas que ella no conocía y que al parecer Melissa conocía muy bien.

—Es sorprendente que tengamos tantos conocidos en común y que nunca nos hayamos encontrado —dijo Greg mirando a su invitada fijamente.

Ella sonrió. —¿Verdad que sí? Cuando me enteré de que Philip trabajaría conmigo, no sabía que teníamos tantos amigos en común. Fue en una cena comentando que tenía un jefe nuevo cuando al decir su nombre surgió. Varios le conocían y le tienen mucho aprecio.

Xana giró la cabeza para mirarla con desconfianza. Philip no llevaba mucho trabajando en la empresa y él no le había comentado esa coincidencia. Qué raro. De hecho, la llamaba la diosa como si fuera algo distante a lo que no se atreviera a acceder. Si tenían amigos en común, lo lógico es que hubieran coincidido después del trabajo, pero nunca le había comentado algo así. A no ser, que esa mujer estuviera haciendo amistad con sus conocidos para

acercarse a los Huntley.

—Tenía entendido que George Stanley era amigo tuyo y no de Philip —dijo la tía demostrando que no era tonta.

Greg asintió. —Uno de mis mejores amigos.

—Bueno, yo conozco algo más a su esposa. Elisa. Vamos al mismo club. Su tío es amigo de mi padre.

—¿Hablas del club de tenis? —Greg la miró sorprendido. —Soy socio y no te he visto nunca.

—¿No? Bueno, no soy socia desde hace mucho y...

Cada minuto estaba más claro que esa tía tenía un objetivo y la fulminó con la mirada. —¿No me lo digas? Eres socia desde hace seis meses más o menos.

Melissa la miró sorprendida. —¿Cómo lo sabes?

—Intuición. —Se levantó dejando la servilleta. —¿Empezamos el tour?

—A Xana no le gusta perder el tiempo. —Greg se levantó dando por terminado el desayuno.

Empezaron por la planta inferior y vio una parte de la casa que no conocía. Cuando entraron en el salón de baile, abrió la boca impresionada por sus maravillosos techos con molduras doradas. Greg bajó los escalones de

mármol para caminar por el suelo blanco y negro con diseño tablero de ajedrez, mientras ellas miraban a su alrededor desde arriba. Xana estaba mirando las preciosas puertas que daban a la terraza, cuando un empujón la tiró escaleras abajo.

—¡Xana! —Greg corrió hacia ella, que estaba tirada en el suelo boca abajo intentando recuperarse del golpe. Le dolía la cadera y gimió apoyando las manos en el suelo. —¿Nena, estás bien? Esos escalones resbalan mucho.

Levantó la vista cogiendo su mano y susurró —Esa zorra me ha empujado.

Melissa jadeó. —Eso no es cierto. ¡Intenté agarrarla!

Greg se tensó levantándola. —Seguro que intentó agarrarte, Xana. ¿Por qué iba a tirarte por las escaleras? —A Xana se le cortó el aliento al ver que la defendía. —¿Estás bien? ¿Te duele algo?

—Yo nunca haría algo así —dijo Melissa llegando a su lado aparentando una preocupación que no sentía—. ¿Estás bien? De verdad que intenté agarrarte, pero no llegué a tiempo.

—Estoy bien —dijo molesta soltando los brazos de Greg, que pareció sorprendido con su actitud—. Solo ha sido el susto.

Melissa sonrió viéndola ir hacia las escaleras cojeando ligeramente. —Mejor me voy a descansar un rato.

—Te acompaño —dijo Greg intentando cogerla del brazo de nuevo.

—No, gracias. Quédate con tu invitada —le soltó con burla.

—Sí, Conde. Por favor —rogó Melissa—. Está bien y me encantaría conocer toda la casa.

Sin querer escuchar la respuesta, salió al pasillo y caminó tocándose la cadera hacia el hall, diciéndose que necesitaba un descanso. No podía evitar sentirse tremendamente decepcionada con la actitud de Greg. Su padre habría creído a su madre y hubiera echado a esa bruja de la casa. Que Greg no la creyera, le acababa de demostrar que no era nada importante para él.

Estaba claro que no les entendía. Su tía no la tragaba. Aunque en varios momentos parecía que conectaban, le dejaba claro continuamente que prefería la compañía de Melissa. Y ahora Greg se ponía de su parte. Y no era la primera vez. La noche anterior la sentó a su lado despreciándola y siempre tenía gestos con ella que con Xana no había tenido, como lo de mostrarle la casa. Le daba la sensación de que ella era la única beneficiaria de sus gritos y sus desprecios.

Cuando llegó a su habitación, se tumbó sobre la cama tomando aire para evitar las lágrimas. Lo que menos necesitaba en ese momento era ponerse ñoña, se dijo limpiándose con rabia una lágrima de su mejilla. Esa tía había intentado quitarla del medio y estaba claro que quería a Greg. Dios, estaba

deseando que llegara Philip.

Como no podía dormir, se decidió a bajar a la biblioteca para leer un rato el diario de Robert. Milton la llevó a la impresionante biblioteca. Al darse cuenta de que cojeaba un poco le preguntó —¿Se encuentra bien?

Ella forzó una sonrisa. —Sí, claro. Un pequeño accidente, pero estoy bien.

Él frunció el ceño. —¿Debería llamar al médico?

—Oh, no. No es nada. —Se giró para ver los libros en las estanterías. —Bueno, ¿y cuál es?

Milton le señaló una vitrina que había en el lateral y al acercarse vio en su interior más de veinte libros con tapas de cuero. A Xana se le cortó el aliento. —¿Son los diarios de la familia?

—Los que se encontraron. Desgraciadamente creemos que varios se perdieron, porque esa tradición parecía pasar de padres a hijos. Aunque hace unas cuantas generaciones que ya no se hace.

—Greg dice que tiene una vida muy aburrida. —Perdió la sonrisa y Milton disimulando que no se había dado cuenta levantó el cristal.

—Ahí tiene los guantes, señorita.

Xana los vio al lado del mueble y se los puso a toda prisa. Estiró las manos y Milton le mostró el tercer diario. —Manipúlelo con suavidad. Nada de movimientos bruscos o se desprenderán las páginas.

—De acuerdo. —Le miró maliciosa. —¿Los has leído?

—¿Me guarda un secreto?

—Por supuesto.

—Los leí hace años. —La miró a los ojos. —Va a entender mucho después de leerlos. Éste en especial. Aquí se demuestra cómo son los Sheringham.

Intrigada le vio salir y cogiendo suavemente el libro con ambas manos fue hasta la mesa de caoba y lo colocó encima con mucho cuidado. Se sentó en la silla de cuero marrón y sonrió emocionada por descubrir esa historia. Abrió lentamente la tapa de cuero para leer la primera página. Se le cortó el aliento al ver que originalmente no debía ser un libro, sino que habían escrito en hojas que después habían encuadernado porque empezaba directamente con la fecha.

Siete de mayo de mil ochocientos cuarenta y dos.

En este día mi corazón ha empezado a latir al ver sus preciosos ojos verdes, demostrando que hasta ahora no vivía. Su risa me ha dado la vida y su voz me ha embriagado al igual que su belleza. Mi preciosa Eloísa será mi

esposa. Tiene que serlo, pues es la mujer que altera mi corazón y mi alma. Mucho me temo que lo hará para siempre y también temo que no sienta lo mismo por mí.

Xana emocionada con esas primeras palabras que demostraban hasta qué punto se había enamorado el conde, devoró cada una de ellas inmersa en la historia. Sin poder creerse lo que leía, pasó una página tras otra viendo un hombre que al principio se había mostrado distante intentando que su amada no se diera cuenta de cuanto la amaba. Eso provocó que Eloísa halagada por muchos, se sintiera rechazada, y mostrara su interés por otro hombre de mejor posición que el Conde durante varios meses. Robert observaba como bailaba con sus pretendientes aumentando el dolor en su alma y el dolor se volvió rencor y después odio. Pero después de una merienda ella intentó acercarse a él. Robert escribió como lo planeó todo sin ser consciente de la locura de su plan.

La cortejó a la vista de todos y la halagaba continuamente, haciéndole regalos o saliendo a cabalgar con ella. Una noche fue a recogerla a su casa, cuando ella pensaba que se iban a fugar juntos y Eloísa se entregó a él en la primera posada. Cuando regresaban a Londres, ella se horrorizó porque no se habían casado y él se burló de ella diciendo que jamás se casaría con una mujer que ofrecía sus favores a cualquiera. Eloísa destrozada y orgullosa no

volvió a hablar durante el resto del recorrido y en ese momento Robert se dio cuenta que había cometido el mayor error de su vida, porque había perdido lo más valioso que tenía. Fue el orgullo lo que le impidió detenerla al bajar del carruaje y fue el orgullo lo que le volvió a impedir suplicarle perdón por sus actos.

A la mañana siguiente su padre se presentó en su casa exigiendo una reparación y Robert se burló de él diciendo que si quería un duelo exponiendo su hija ante todos, era asunto suyo. Apenas un día después se presentaron en su casa los padrinos del duelo y los rumores corrieron por todo Londres. La reputación de Eloísa cayó en picado y al día siguiente al alba se retó con el padre de Eloísa a duelo. Al ver al hombre tirado en el suelo herido en la pierna se volvió apretando los puños con fuerza antes de ir hacia su carruaje sin mirar atrás.

Su amada totalmente destrozada se embarcó en el primer barco que partió a las Américas, pero no sin antes enviarle una nota donde le decía que no entendía sus razones para comportarse así. Pero si la trataba de esa manera, significaba que no era el marido que estaba buscando, aunque le había querido más que a su propia vida.

Una lágrima cayó de la mejilla de Xana sobre la letra del conde sin darse cuenta y sólo fue cuando pasó la hoja cuando vio que la gota se escurría hacia el borde interior del libro. Asustada pasó la mano por la hoja,

provocando que la antigua tinta se corriera. Gimió cogiendo la manga del jersey y poniéndola encima rezando para que no se notara, pero cuando levantó el brazo el borrón de su lágrima era muy visible. —Mierda.

Sin poder evitarlo siguió leyendo y casi se le rompe el corazón cuando Robert escribió lo que sintió al ir a ver cómo se iba de su vida para siempre. Escondido en un carruaje de alquiler, la observó subir la pasarela al barco con un bonito vestido rosa y vio como en cubierta miraba la ciudad con una tristeza tan profunda en sus ojos que Robert estuvo a punto de ir a buscarla. Pero su orgullo y el dolor que éste había provocado, le impidieron moverse hasta que el barco desapareció de su vista.

Robert había tardado mucho en escribir de nuevo, porque la siguiente anotación era de cinco años después y se volvió a emocionar al leer que se acababa de casar con Lady Meredith Carpenter. Una mujer a la que no querría nunca y que sí que se había casado con él por fortuna y posición. En el momento que se había casado con ella, se había dado cuenta que jamás dejaría de amar a Eloísa. Apenas seis meses después llegó a sus oídos que su amada había fallecido. Nunca se casó.

Xana se tapó la boca con la mano incapaz de retener las lágrimas al leer al final del diario que Robert había muerto tres años después. No sabía quién había hecho aquella anotación, pero para Xana fue un golpe.

Cerró la tapa trasera lentamente mordiéndose el labio inferior sin

poder comprender porque él se comportó así haciéndole tanto daño a la persona que amaba. Y estaba claro que la quería.

Una mano en su hombro la sobresaltó asustándola y al volverse vio a Julia a su lado. —Así que lo has leído.

—Sí. —Incómoda se levantó cogiendo el diario con cuidado. —Es muy triste. —Sorbió por la nariz llevándolo hacia la vitrina y guardándolo.

Julia frunció el ceño. —Ella no tuvo el carácter que se necesitaba para ser condesa y él se dejó llevar por el orgullo. Ambos cometieron errores.

—Él muchos más que ella.

La tía se sentó en la silla que ella había ocupado. —¿Te lo imaginas? Todo un conde que se enamora de una debutante cualquiera. Él, que tenía a todas las mujeres que pudiera desear. ¿Crees que ella no lo sabía?

—¿Qué quieres decir?

—Le rechazó al principio porque sabía que así llamaría su atención. Pero cometió el error de ir demasiado lejos durante demasiado tiempo. Robert no lo soportó.

—Le defiendes. La destrozó y le defiendes.

—No le defiendo. —La miró con sus ojos negros fijamente. —Pero entiendo la posición de él. Durante meses la vio flirtear con otros y de repente muestra interés por él. Estaba dolido y destrozó sus vidas. Creyó que le

utilizaba para ser condesa y le robó lo único valioso que tenía una doncella en ese momento. Su reputación.

—¿Cómo si su mujer no le hubiera utilizado y bien que se casó!

—Cuando el amor está por el medio, suelen pasar esas cosas. Su mujer no le importaba nada. —Parecía que le estaba advirtiéndolo y Xana se tensó.

—Vete al grano. A mí no me hables con esos rodeos aristocráticos que no hay quien entienda.

Julia suspiró levantándose de la silla. —¿Crees que tener dinero te hace apropiada para él?

A Xana se le cortó el aliento al escucharla. —Mira a tu alrededor. Estás en una vida que no entiendes y que desprecias. Que tengas millones no te hace apropiada para compartir su vida y ser condesa. Eres tan inapropiada como cuando creíamos que trabajabas en una gasolinera. —Se mordió el interior de la mejilla sabiendo que tenía razón. —Puede que pienses que Melissa es una zorra arribista y lo es. Pero tiene todo aquello de lo que tú careces. Sería la condesa apropiada para mi sobrino. Lo sería. —Dio un paso hacia ella. —Pero no quiero que mi sobrino pase por lo mismo que mi hermano y dentro de unos años casi no pueda hablarse con su esposa a punto del divorcio. Quiero que sea feliz y si para eso tengo que pasarte por alto, lo haré incluso por encima del título.

A Xana se le cortó el aliento. —Aunque si es cierto que le amas, que no lo sé aunque me lo imagino, igual deberías plantearte a todo lo que tendrás que renunciar por él y si merece la pena. —La cogió por la barbilla levantándosela. —También deberás plantearte si le quieres lo suficiente para cambiar por él.

—No tengo que cambiar ni por él ni por nadie —dijo orgullosa—. O me quiere como soy o que le den viento fresco.

Julia dejó caer la mano como si estuviera decepcionada. —Muy bien. Tú decides como vivir tu vida. —Se volvió para alejarse. —Plantéate si tu orgullo no está en medio de tu relación.

Se quedó tan sorprendida con esas palabras, que miró la puerta cerrada durante varios minutos preguntándose si era cierto. Había sido el orgullo lo que le había hecho irse la última vez y lo que había propiciado que les provocara continuamente. Ella era como era y debían aceptarla así, pero era cierto que había sido su orgullo el que había salido a relucir en sus disputas, cuando igual debería haberse callado por Philip ya que eran su familia. Si hubiera pasado en otra casa, sabía que se habría callado por su amigo, pero con Greg no podía soportarlo y que la hubiera rechazado le había dolido muchísimo, huyendo de esa casa rápidamente por vergüenza. Y ahora no soportaba que Melissa le demostrara lo inadecuada que era. Aunque era una zorra traicionera, sabía que la dejaba en evidencia continuamente,

mostrándole lo diferentes que eran.

Insegura fue hasta la ventana y vio el muñeco de nieve en el jardín. Greg no se había divertido sacándose fotos ni viendo su muñeco de nieve. A cualquiera de sus amigos le habría hecho gracia, pero él simplemente le había seguido la corriente para que entrara en casa cuanto antes. Y luego estaba lo de la caída y como no la había creído cuando le había dicho que la había empujado esa zorra. Ya no sabía qué pensar porque era verle y dejarse llevar por los impulsos en lugar de por la razón.

Mordiéndose el labio inferior ni se dio cuenta de que se abría la puerta y que Greg la miraba desde allí. Parecía preocupada y Greg frunció el ceño.
—¿Nena?

Sorprendida le miró y forzó una sonrisa. —¿Es hora de comer?

Él se acercó a ella sentándose a su lado. —¿Estás bien? ¿Es el golpe?

—Sí, estoy bien. ¿Por qué no debería estarlo?

—Si es por Melissa... No me interesa, preciosa. Solo soy amable por Philip.

Suspiró mirando por la ventana. —No me creíste —dijo sin poder evitarlo.

—¿Por qué iba a hacerlo?

Sorprendida le miró a los ojos. —Porque te lo he dicho yo.

Greg se tensó. —Bueno, no es que hayas sido un pozo de sinceridad hasta ahora.

—¿Perdona? —Se levantó asombrada. —¿Qué acabas de decir?

—¿No fuiste sincera sobre quién eras! Si lo hubieras sido...

Totalmente decepcionada dio un paso atrás negando con la cabeza. —No puedo creer que me hayas dicho eso. ¿No me crees porque no te dije quién era mi padre? Lo que te jode es que al enterarte, quedaste como un estúpido snob.

Greg se tensó. —¿Snob? Si fuera un snob, no hubiera dejado que volvieras a pisar esta casa.

Xana palideció porque acababa de ser muy claro y con esas palabras le demostraba que para él nunca estaría a la altura. Dio un paso atrás y Greg se levantó arrepentido. —Nena, no quería decir eso.

Salió corriendo de la biblioteca y subió a la habitación encerrándose dentro. Reprimiendo las lágrimas cogió su teléfono, pero cuando iba a llamar a su padre para pedirle que la sacara de allí, se dio cuenta de que se estaba comportando como la primera vez. Estaba claro que no podía huir de lo que sentía por él cada vez que discutían. Debía enfrentarse a ello. Además, no podía volver a casa ahora y preocupar a sus padres aún más después de todo lo que había pasado. Sin poder evitarlo llamó a Philip deseando hablar con

alguien.

—¿Diga?

—Soy yo —susurró al teléfono.

—¿Xana? Iba a llamar a casa ahora para hablar contigo. —Parecía muy contento y sonrió sentándose en la cama. —No te vas a creer lo que ha ocurrido. ¡Me he enamorado!

Sonrió sin poder evitarlo. —Te dije que era estupenda.

—Es fantástica. Es divertida y hemos pasado una noche... —Se echó a reír. —No hemos parado de hablar. Me ha dicho que en la oficina era así porque no me fijaba en ella, ¿te lo puedes creer?

—Melissa está aquí.

—No, está conmigo. Ahora está en el aseo, pero...

—La otra.

Su amigo se quedó callado. —No me estás vacilando, ¿verdad?

—No. Se presentó aquí ayer y ya que estás enamorado, creo que tengo que decirte que me da la sensación de que va detrás de Greg.

—¡Me cago en la leche! ¿Eso crees?

—Me tiró por las escaleras cuando tu hermano nos estaba enseñando el salón de baile. Tu hermano no me ha creído, pero...

—Voy para allá.

—¡No! Si tenías pensado quedarte con nuestra Meli, quédate. Solo...

Philip suspiró al otro lado de la línea. —Cuéntame qué ocurre, Xana.

Respiró hondo para no llorar dándose cuenta de que era una egoísta poniendo a Philip entre la espada y la pared. —Nada. Solo quería hablar contigo y saber cómo había ido todo.

—Estaré ahí lo antes posible —dijo antes de colgar.

Se tumbó en la cama y abrazó la almohada agradecida de que Philip volviera a casa. Le necesitaba allí y demostraba que era un amigo al ir a toda prisa. Cerró los ojos viendo la cara de Greg en su mente cuando hicieron el amor y una lágrima cayó por su nariz sin poder evitarlo. Estaba claro que él nunca la querría, así que tenía que llevar todo aquello con la mayor dignidad hasta que volviera a casa.

Capítulo 11

Un golpe fuerte en la puerta la sobresaltó sentándola en la cama desorientada. —¡Xana! —La puerta se movió al intentar abrirla. —¡Xana abre la puerta! ¡Milton, trae la llave de una puta vez o la tiro abajo!

—Estoy bien —susurró dándose cuenta de lo que ocurría. Sacó los pies de la cama y fue hasta la puerta para abrirla. Greg la miró preocupado entrando en la habitación—. Me he dormido.

—Te has dormido. —Se pasó la mano por el cabello como si estuviera nervioso. —No has bajado a la comida y...

—No tengo hambre. Estoy cansada y... —Sin mirarle volvió a la cama y se tumbó dándole la espalda. —Quiero dormir.

—Cuando comas algo. Levántate, Xana.

Sin querer discutir, se arrastró fuera de la cama y se puso las botas sin

mirarle. —Nena, sobre lo de antes...

Le miró con odio levantándose de la cama y yendo hacia la puerta donde Milton llegaba con la llave en la mano. Suspiró de alivio al verla y sonrió, pero perdió la sonrisa al ver su rostro pálido.

Milton la observó durante toda la comida remover el contenido de su plato de un lado a otro concentrada en sus pensamientos, sin darse cuenta de lo que ocurría a su alrededor mientras la cotorra de Melissa no paraba de hablar con el conde, que observaba a Xana de reojo. Julia también la miraba preocupada mientras participaba en la conversación, pero en ningún momento le preguntó si se encontraba bien.

Cuando llegó el postre, Xana susurró —Si no os importa, estoy cansada.

—Por supuesto, querida —dijo Julia preocupada—. Ya me parecía a mí que no te encontrabas demasiado bien.

—Será por la caída —dijo Melissa sonriendo.

—¿Qué caída? —Julia se volvió a su invitada.

—Oh, se cayó en el salón de baile. Se resbaló.

Sin importarle lo que dijera, salió del comedor subiendo las escaleras a toda prisa con ganas de dormir una semana.

Se desvistió y desnuda se metió en la cama abrazando la almohada.

Escuchó como unos minutos después alguien entraba en su habitación y se tensó cuando se sentaron a su lado. —Nena, no quería decir lo que has entendido. Quería que te dieras cuenta de que no soy un snob y... —Parecía frustrado. Como si intentara hacerse entender y no pudiera. —Si fuera un snob no habría dejado que volvieras, porque cada vez que te veo, te deseo tanto que me vuelves loco. —A Xana se le cortó el aliento. —No me gusta verte así. Ésta no eres tú. ¿No quieres subir al piso de arriba y empezar a catalogar los muebles? ¿Quieres que te ayude con el puzle?

Ella se volvió para mirar sus ojos. Esos ojos negros que no podría olvidar nunca. —Me he enamorado de ti.

Greg se levantó de golpe como si tuviera la peste y a Xana se le rompió el corazón al ver que no sabía qué decir. —Nena, yo...

Sonrió con tristeza intentando quitarle hierro al asunto. —No pasa nada, Greg. Sé que nunca seré apropiada para ser tu condesa. Eso es lo único que tengo claro.

—No lo entiendes. Tengo unas obligaciones y...

—No me quieres —susurró mirándole a los ojos. Como él no respondió nada continuó —En cuanto me vaya esto se habrá acabado —dijo deseando volver a unos segundos antes—. Pero eso no significa que no podamos divertirnos mientras tanto.

Su conde pareció aliviado, aunque algo contrariado y forzó una sonrisa sentándose de nuevo. —¿Eso significa que me has perdonado?

—¿Perdonarte por ser sincero? No tengo que perdonarte nada. —Se sentó en la cama y le abrazó. Greg la pegó a él con fuerza como si la necesitara y puede que fuera así, pero él nunca cambiaría y ella tampoco. Solo tenían unos días para estar juntos antes de separarse para siempre y ella estaba enturbiando su relación, poniéndose demasiado intensa cuando acababan de acostarse por primera vez.

—Xana, te creo —susurró en su oído, pero ambos sabían que era mentira.

Ella sonrió apartándose y le besó en los labios. Greg tomó el control del beso y antes de darse cuenta estaba apartando las sábanas para besar y acariciar su cuerpo apasionadamente. Cuando sus labios llegaron a sus pechos, gritó arqueando su espalda. Sus manos acariciaban su sexo, estremeciéndola de placer antes de poder detenerle mareada por lo que le ofrecía. Entró en su interior apoyándose en sus antebrazos, provocando que sus corazones se sintieran uno mientras movía las caderas en un ritmo salvaje que la hizo tocar el cielo con las manos.

Suspirando sobre su pecho, miró hacia la ventana mientras él le acariciaba la nuca.

—¿Lo decías en serio?

A Xana le dio un vuelco el corazón y disimuló levantándose de la cama yendo desnuda hasta el baño. —Voy a ducharme.

Greg se incorporó viéndola meterse en la ducha y se levantó siguiéndola. —¿Nena?

—¿Qué te parece si vamos a dar un paseo? —Levantó la cara hacia el agua cerrando los ojos, intentando aparentar que no pasaba nada.

Greg apretó los puños observándola. —Hace mucho frío. ¿No te apetece más empezar con los muebles?

No se sentía capaz de rebuscar en las cosas de su familia, descubriendo historias de amores imposibles que solo le amargaban la existencia. —He pensado en ello y tenías razón. Mejor que se encargue un profesional que entienda de eso, ¿no crees? ¿De qué sirve que yo escriba en una lista que tienes tres armarios si no sé de qué siglo son?

—Parecía que te divertía y que así estarías entretenida.

—Ya me entretendré en otra cosa. —Se encogió de hombros como si le diera igual antes de enjabonarse su cabello corto.

Greg entró en la ducha y la cogió por la cintura volviéndola lentamente. —¿Estás bien?

—Sí. —Sonrió radiante, aunque se moría por dentro. —Todo va bien.

Él asintió antes de besarla en los labios suavemente como si quisiera reconfortarla, pero eso era imposible.

Después de la cena en la que ella había intentado comportarse como siempre, fueron hasta el salón del piano como de costumbre. Para su sorpresa Julia hablaba con ella normalmente de sus viajes por Europa, mientras Melissa se aburría mortalmente intentando disimular.

Greg la observaba como un halcón desde la chimenea, cuando se abrió la puerta de repente dando paso a Philip, que entró en la casa de la mano de su Melissa. —¡Buenas noches, familia!

Xana chilló porque no le esperaba tan pronto y se levantó para abrazarle con fuerza. Philip miró a su hermano sobre su hombro y se tensó al ver algo en su mirada, pero ella no lo notó mirando a Melissa que sonreía encantada de estar allí. Xana la abrazó. —Me alegro de conocerte en persona.

—Lo mismo digo —dijo la novia de Philip—. Hemos hablado mucho de ti.

Melissa perdió la sonrisa al ver a la invitada que estaba levantándose del sofá y Philip se giró para mirarla fríamente. —Melissa, qué sorpresa. ¿Qué haces aquí?

—Bueno, yo... —Atónita miró a la secretaria de Philip. —¿Estáis juntos?

Philip cogió la mano de su novia. —Sí, estamos juntos, pero no entiendo muy bien qué haces aquí. —Levantó una ceja mirando a su hermano, que se encogió de hombros.

—Pensaba que tú...

Su amigo entrecerró los ojos. —¿Que yo qué?

Totalmente sonrojada susurró —Pensaba que te gustaba.

Su secretaria la miró asombrada. —¿Perdona? —Se giró hacia Philip. —¿Te gustaba?

—Es atractiva. Habría que estar ciego para que no me atrajera. —La cogió por la cintura. —Pero eso era antes de ti.

Melissa sonrió radiante. —Vale, te perdono. Pero...

—Sí, ya.

Se volvió hacia la otra Melissa, que era obvio que buscaba una excusa para quedarse. —Siento decirte que tienes que abandonar mi casa.

—¡Philip! —dijo Julia asombrada por su grosería.

—No, tía. No te metas. —Miró a Melissa muy tenso. —Es obvio que tuviste meses para hacer un gesto así cuando era evidente que me gustabas, pero decidiste venir aquí precisamente ahora y seguramente era para tantear a

mi hermano. —Su novia le miró asombrada. —Que hayas tirado por las escaleras a mi mejor amiga, que tiene una relación con él, me lo ha dejado claro. Así que por favor recoge tus cosas.

Greg se tensó. —Philip es de noche y... ¿cómo sabes que tengo una relación con Xana?

—¡Eso lo vería un ciego! ¡Me has mirado como si quisieras matarme cuando la he abrazado!

—Recogeré mis cosas —dijo Melissa yendo hacia la puerta.

—Greg tiene razón. Es de noche y las carreteras están heladas. —Xana no quería sobre su conciencia que tuviera un accidente con el coche.

—Melissa quédate esta noche —dijo Julia molesta porque odiaba esos numeritos.

—Gracias. Me iré a primera hora.

—No hay prisa —dijo Greg haciendo que Philip, Xana y Melissa le miraran.

Melissa se volvió saliendo de inmediato con la cabeza bien alta y Philip ayudó a Melissa a quitarse el abrigo. —Bien, ¿qué más me he perdido?

—Ésta va a traer problemas en el trabajo —dijo Melissa antes de acercarse a Julia extendiendo su mano con una agradable sonrisa—. Melissa Perkins.

—Encantada. ¿Tú crees que os dará problemas?

—Es una arpía que nunca va de frente —dijo dejándolos helados sobre todo a Philip—. Tranquilo, yo la controlo.

Su novio se echó a reír acercándose y la besó en la sien. —¿A que es fantástica?

—¿Se lo has explicado todo?

Philip negó con la cabeza imperceptiblemente y Xana gimió escurriendo el bulto, pero Melissa no era tonta. —¿Qué tenía que explicarme?

—Que me enamoré de ti al instante.

—Mentiroso. —Soltó una risita encantada antes de decirle a Xana — Ya te lo sacaré.

¿Era una amenaza? Madre mía, qué lío. Ahora no podía decir nada porque su amigo no había sido sincero. Aunque ella le había dicho que no se lo dijera, pero él dijo que iría de frente. No era culpa suya. Miró a Greg con temor y él reprimió la risa.

—No tiene gracia —susurró.

—Si se entera, le va a sacar los ojos. No parecía muy contenta de ver a la otra Melissa aquí.

—No pasa nada. Me haré la tonta tanto tiempo como pueda.

—Así que le llamaste por teléfono. No lo mencionaste.

Xana se sonrojó. —¿No?

—¿Ahora te estás haciendo la tonta?

—¿Se nota mucho? Tengo que practicar.

Greg se echó a reír a carcajadas y Philip sonrió aliviado al verles tan bien. Xana disimuló sonriendo porque no quería preocuparle. Tendría que lidiar con lo que sentía ella sola.

Estaban hablando de cómo había sido la cena que había unido a Philip con su secretaria y Xana se emocionó al ver que verdaderamente su amigo se había enamorado. Era tan evidente viéndoles sentados en el sofá cogidos de la mano, que se alegró muchísimo por él, pues Melissa era la mujer idónea para su amigo.

—Así que la cena fue bien —dijo Julia con una sonrisa en la cara que la mosqueó un poco.

Philip miró a Melissa apretando su mano. —Al principio fue un poco accidentado porque nos pusimos algo nerviosos.

Su novia se echó a reír. —Se tiró el vino encima y yo al intentar arreglarlo, tiré del mantel haciendo que cayeran los platos. El maître no sabía qué hacer con nosotros.

—Disculpar. —Se volvieron para ver en la puerta a Melissa, que sonreía de oreja a oreja. Levantó un móvil y Xana se tensó al ver que era el

suyo. —Vaya, vaya, vaya. Qué sorpresa me acabo de llevar.

El tono de su voz indicaba que quería guerra y Xana se levantó mientras Greg aun al lado de la chimenea se tensaba. Melissa caminó hacia ellos. —¿Sabes lo que acaba de pasar, Xana? ¿O debo llamarte Alexandra?

—No tengo ni idea de lo que me hablas.

—¿Ah, no? Cuando llegué arriba para hacer mi maleta, tu teléfono estaba sonando y como es lógico me acerqué para traértelo. ¿Sabes dónde estaba?

—Sobre el tocador.

Melissa se echó a reír. —Exacto. Al lado de esto. —Levantó la tarjeta de crédito de su padre y Xana juró por lo bajo por haber sido tan descuidada. —Robert Madison. Sorpresa, sorpresa. Si tenemos aquí a la heredera que está buscando toda la prensa mundial. —Miró a Greg. —No me extraña que ni me miraras, teniendo este pez tan gordo entre manos.

Xana palideció mientras Greg dejaba la copa de coñac sobre la repisa de la chimenea. Philip se levantó apretando los puños. —¿A qué viene esto, Melissa?

—Oh, viene a que necesito dinero —dijo como una niña poniendo las manos en la espalda. —Mucho dinero. Había pensado que el Conde caería, pero me acabo de impacientar. Debe ser que no me gusta que me echen.

—¿No me digas? —Xana entrecerró los ojos dando un paso hacia ella, pero Philip la cogió del brazo.

Melissa se echó a reír. —¿Me vas a pegar?

—En este momento te partiría la cara. Sí.

—¿De qué está hablando? —preguntó la novia de Philip asombrada—. ¿Eres Alexandra Madison?

—¡Bingo! ¡Qué chica más lista! Ahora vamos al grano. Me he encargado de enviar a mi nube esas fotos tan bonitas que os habéis sacado ante ese horror de muñeco de nieve y he fotografiado esta tarjeta de crédito para darle credibilidad a mi historia. ¿Cuánto crees que me pagarán por ellas?

—Una mierda. Eso es lo que te van a pagar porque ella está en Suiza, no aquí —dijo Philip furioso.

—Oh, pero puedo demostrar que es ella, ¿no crees? Aunque la pregunta más importante es... ¿cuál es la razón para que se esconda aquí mientras sus padres hacen teatro en Suiza? —Sonrió maliciosa. —¿Sería muy interesante que la prensa indagara en eso? Yo creo que sí.

Xana miró a Greg que no había abierto la boca.

—Sé que esta es noticia de un día, así que ahora mismo vas a llamar a tu papaíto, para que me transfiera tres millones de libras a un número de cuenta que te voy a dar.

Julia y Melissa jadearon del asombro mientras que los demás no movieron un músculo. Greg dio un paso hacia ella sonriendo. —Así que tres millones de libras.

—Si no lo hace antes de dos horas, me pondré en contacto con un amigo mío que trabaja en la prensa amarilla. Ella no podrá salir de aquí y sin que la vean.

—Acabas de cometer dos errores —dijo Greg aparentando estar muy calmado.

—¿No me digas? —Sonrió cruzándose de brazos. —¿Cuáles?

—Nunca amenaces estando sola lejos de la civilización y jamás expongas tus planes. Nena, toda tuya.

Xana sonrió con maldad y Melissa la miró con horror antes de que saltara por encima del sofá tirándose sobre ella. Julia se levantó para ver como a horcajadas sobre aquella zorra, la agarraba por su melena rubia y le daba un tortazo mientras chillaba como una loca.

Philip se echó a reír sujetando de la cintura a su novia, que asentía cada vez que le arreaba un tortazo y Greg con los brazos cruzados dijo — Nena, es una pelea injusta.

—¡Espera, uno más! —Le arreó un porrazo en toda la nariz que casi se la rompe. Xana la miró con aburrimento antes de levantarse, cogiendo la

mano de Greg que la besó en la sien, mientras Melissa se arrastraba hacia tras chocando con las piernas de Milton. Asustada le miró para ver que llevaba una pistola antigua en la mano.

—¿Y ahora qué hacemos con ella? —preguntó Julia como si fuera un incordio.

—¿No quería ser nuestra invitada? Pues que se quede. Se quedará hasta que Xana se vaya.

—¿Pero y si la buscan? —dijo Melissa preocupada.

—Cariño, tiene un cómplice. La escuché decir el día que llegó que no podía hablar porque acababa de llegar.

Greg levantó una ceja antes de mirar hacia aquella chantajista encogiéndose de hombros. —Diremos que se ha ido. Es así de simple. Mi finca es lo bastante grande como para esconder su coche. Y la casa también lo es para no verla hasta dentro de varias semanas.

—¡No podéis hacer eso! —gritó histérica—. ¡Esto es un secuestro!

—Querido, ¿sabes dónde la puedes meter si vienen a buscarla? —dijo Julia sorprendiéndolos—. En el pabellón de caza.

Melissa les miró con horror al darse cuenta de que la iban a encerrar. —Lo borraré todo y me iré.

—Es que ya no podemos fiarnos —dijo Philip como si fuera una lata

—. Por cierto, estás despedida.

Xana se echó a reír. —No podemos encerrarla. Seguro que ahora colabora.

—Nena, no me voy a arriesgar a que mañana aparezca aquí la prensa. Se tomará esas vacaciones que quería tanto. Seguro que el año que viene estará encantada de irse a Madrid. —Le hizo un gesto a Milton. —Enciérrala en su habitación y quítale el móvil o el ordenador si tiene. —La miró fijamente a los ojos. —Provócame otra vez y te aseguro que nadie te encontrará. ¿Me has entendido?

Asustada asintió dando un paso atrás y Xana reprimió una sonrisa. Milton la cogió con fuerza del brazo antes de sacarla de un tirón del salón. Se agachó a coger el móvil y la tarjeta de crédito que habían caído en la pelea, sabiendo que no podía dejar que se metieran en un lío así por su culpa. Sonrió con tristeza dando la vuelta. Todos la observaban. —Al parecer se ha acabado mi estancia aquí. Está claro que no puedo pasar más de un par de días bajo este techo.

—No tienes que irte —dijo Philip acercándose—. Estará encerrada y nadie se enterará.

—Sabes que en la fiesta de Nochevieja habrá mucha gente en la casa. Además, alguien del servicio se puede ir de la lengua.

Julia asintió dándole la razón. —El pabellón de caza es el mejor sitio para esconderla. Lo que yo decía.

—No puedes hablar en serio.

—Xana tiene razón —dijo Greg muy tenso—. Si la prensa se entera de esto, sería un desastre.

Ella le entendió perfectamente. —Voy a llamar a mis padres.

Todos la observaron irse y Philip miró a su hermano que aún observaba la puerta. —¿Vas a dejar que se vaya?

—¿Qué quieres que haga? ¡Esta situación se nos ha ido de las manos! ¡Si la prensa se entera de que está aquí, rodearán la casa!

—¿Y? ¡Sabes por qué está aquí!

—Precisamente por eso. ¡Debemos proteger su reputación y si existe la posibilidad de que la descubran aquí, debemos hacer algo!

—A ti no te preocupa eso. ¡Te preocupa que te relacionen con ella! ¡Qué vean esas fotos y que piensen que tienes una relación con Xana!

—No tienes ni idea de lo que dices —dijo con desprecio—. ¡Y métete en tus asuntos que tienes bastante que callar sobre cómo llevar una relación y la sinceridad de pareja!

Melissa miró a Philip asombrada. —¿Qué ha querido decir?

Philip apretó los puños con ganas de matar a su hermano que en ese

momento salía del salón. —Ahora te lo explico, cielo.

—Me da la sensación de que no me va a gustar.

—Muy lista tu novia —dijo Julia exasperada—. Te llamas Melissa, ¿no es cierto?

—Sí.

—Pues eso.

—¡Tía! ¡Ya se lo explico yo! —Miró a su novia inseguro. —¿Estás calmada?

—¡Cada vez menos, la verdad!

Philip hizo una mueca. —Ante todo quiero que sepas que me he enamorado de ti.

—Oh, cariño. —Le abrazó por la cintura. —¿De veras?

—Por eso no es tan importante lo que voy a contarte.

Xana estaba explicando la situación a su padre cuando Greg llegó al despacho. Le miró de reojo. —Sí, papá. —Frunció el ceño. —¿Dónde?

—¡Cómo que no es importante! —gritó Melissa a los cuatro vientos. Xana asombrada miró hacia la puerta, pero Greg ignorándolos la cerró a toda

prisa, haciéndole un gesto para que no se preocupara.

—Papá, ¿cómo voy a hacer algo así? ¡No puedo encerrarme en la habitación hasta que pase el rumor porque no puedan entrar en la casa para comprobar que estoy aquí! —Greg sonrió cruzándose de brazos. —Además sería un trastorno para los Huntley.

Él le cogió el teléfono. —No te preocupes, Robert. Se me acaba de ocurrir una idea. En realidad, se le ha ocurrido a mi tía. Tengo un pabellón de caza a unas millas de la casa. Puede trasladarse allí. Tiene todas las comodidades. Es prácticamente una casa y la prensa no la encontraría.

—¡Me voy a volver loca allí sola!

—Si la prensa no se entera porque Melissa no diga nada, se trasladará de nuevo a la casa —dijo ignorándola mientras la advertía con la mirada—. Si vienen hasta aquí con las fotos, diré que tuve una relación con ella el invierno pasado.

—El invierno pasado no tenía el cabello corto, listo.

Greg entrecerró los ojos. —Bueno, algo se me ocurrirá. ¿Cómo va todo? —escuchó atentamente a su padre e intrigada le siguió por medio despacho mientras tanto. —Entonces la prensa ya se está calmando. —Suspiró pasándose la mano por la nuca. —Espero que esto no vaya a más.

—¿Qué dice?

—Nena, déjame hablar. No seas pesada.

Jadeó alucinada y molesta apoyó la cadera en el escritorio viéndole pasear por el despacho atento a la conversación con su padre. —No te preocupes. Si veo que la cosa se pone fea, tengo un amigo que puede sacarla del país discretamente. Ya lo he hablado con él.

¿Ya había hablado con un amigo sobre como despacharla? Increíble. Se cruzó de brazos observándole. —No, no te preocupes. Los rumores sobre una relación con ella a mí no me afectan.

¿Ah, no? ¿Cada vez alucinaba más? A ese hombre no había quien le entendiera. Entonces se le pasó por la cabeza que a él le daba igual que pensarán que se había acostado con ella, pero quererla de esposa era distinto. ¿De esposa? Le miró asombrada deteniéndole en seco. ¡Ella no quería casarse con él! ¿O sí?

—Sí, Robert. Ya me encargo yo —dijo antes de colgar haciéndola protestar. Ignorándola preguntó —Nena, ¿qué estabas pensando?

Se sonrojó intensamente. —Nada.

—Sí —dijo con desconfianza—. Parecías horrorizada. ¿No quieres quedarte? ¿Estás usando esto de excusa para largarte?

—¡No! —Esa respuesta pareció aliviarle. —No te lo digo porque te vas a cabrear y bastantes cosas tenemos en la cabeza.

—No me voy a cabrear.

—Sí que te vas a cabrear.

—¿Quieres soltarlo de una vez? —le gritó a la cara.

—¡Así que no te importa que la prensa piense que tenemos una relación, pero no quieres tener nada conmigo!

Greg parpadeó sorprendido. —¡Claro que quiero tener algo contigo! ¿Estás loca?

—¡Pero no me quieres!

Él levantó las manos mirándola como si le faltara un tornillo. —Con todos los problemas y malentendidos que hemos tenido, creo que vas un poco rápido, ¿no crees?

—¡Philip solo ha pasado una noche con Melissa y mírale!

—¡No me hagas hablar de la sinceridad en esa pareja!

—¿Te gusto o no? ¡Porque no me ha quedado claro! ¡Estoy harta de intentar descubrir lo que piensas!

—¿No dijiste que nos divertiríamos durante el tiempo que estuvieras aquí? —Parecía asombrado. —¿A qué viene esto? ¡Eso fue hace unas horas!

—¿Ves como no eres sincero?

—Me cago en la... —Se pasó la mano por su pelo negro. —¡Nena, se

te está yendo la cabeza! ¡Primero dices que no quieres tener nada conmigo y después te metes en mi cama! ¡Malinterpretas todo lo que digo!

—¿Yo?

—¡Sí, tú! ¡Y después de haber discutido por la tarde, me sueltas que me quieres y por cierto, no me lo confirmaste después! ¿Ahora quieres que te lo diga yo? ¡Perdona, pero yo cuando lo diga, lo diré de corazón!

—¡Yo lo dije de corazón!

—¡No! ¡Lo dijiste para que me sintiera culpable después de lo que había pasado!

—¿Cómo puedes pensar algo así? —gritó desgañitada haciéndole sonreír—. Y ahora de qué te ríes. ¿Eres tonto?

Greg la cogió por la cintura pegándola a él. —Así que me quieres.

Parpadeó porque parecía encantado. —Sí, ¿y?

—Pues me parece muy bien. —La besó suavemente en los labios y fue hasta la puerta. —Vamos nena, traslado al pabellón.

Atónita se quedó allí de pie. ¿Le parecía muy bien? No salía de su asombro. Corrió tras él. —¡Me vuelvo a casa! —gritó sobresaltando a Milton que estaba en el hall.

—Nena, no te pongas pesada. ¡Mueve el trasero!

Frustrada dio una patada al suelo apretando los puños. Ese hombre la

iba a volver loca.

Capítulo 12

Philip se alegró un montón de que se fuera al pabellón, pero cuando Greg le dijo que nadie debía visitarla, todos protestaron. —Solo serán unos días hasta que pase la tormenta.

Resignada se subió al cuatro por cuatro de Greg con la maletita de su hermana dispuesta al aburrimiento. Cuando vio el mini palacio de cristal en medio de la nieve iluminado por los faros del coche se quedó con la boca abierta y emocionada cogió el brazo de Greg. —Es precioso.

—¿Te gusta? —La besó en los labios. —Pues ya verás el interior.

Lo estaba deseando y salió del coche casi de un salto haciéndole reír.

—¿Es todo de cristal?

—Sólo el salón —Le tendió la maleta y cogió una de las cajas que Milton había preparado para ella yendo hacia la entrada principal. —Ten

cuidado. Los escalones están helados.

—¿Aquí no hará mucho frío?

—Hay chimeneas.

Abrió la puerta y encendió la luz. Impresionada miró hacia arriba para ver la nieve a través de los cristales. Había dos sofás de piel marrón enormes ante la pared de piedra que tenía una enorme chimenea. Al lado había una puerta que debía dar paso al resto de la casa. Caminó por el suelo de parquet en forma de espiga hasta una maravillosa alfombra de estilo persa. —¿Para qué usas esta casa?

Él se echó a reír por la desconfianza de su tono. —En realidad no se utiliza —dijo dejando la caja sobre la mesa rectangular de madera rústica que había al otro lado del salón.

—Pues es una pena. Tiene carácter. —Las pinturas colgadas de las paredes mostraban partidas de caza antiguas.

Greg se acercó a la chimenea y metió unos leños. —Tendrás que mantener el fuego encendido continuamente. Tienes bastante leña.

—Sé encender un fuego. —Molesta porque tenía que quedarse allí sola fue hasta la puerta.

—¿A dónde vas?

—A traer la otra caja.

—Ya lo hago yo. Vete encendiendo el fuego de la habitación del conde.

—Ah, ¿pero aquí hay habitación del conde también? —preguntó con burla.

—Ya veo que quieres discutir. —Divertido se incorporó. —Nena, esto es temporal.

—¡Qué te den!

Greg se echó a reír cogiéndola por la cintura de la que pasaba hacia la puerta al lado de la chimenea. —Vendré a verte. —La besó en el cuello. — Todos los días.

—¿De verdad? —Movi6 la cabeza para darle mejor acceso.

—Claro que sí. Y te traeré un puzle.

—Ja, ja. ¿Sabes que se te está desarrollando el sentido del humor?

—A tu lado tengo que desarrollarlo.

Ella se revolvió haciéndole reír y la cogió en brazos metiéndola a un pasillo y yendo hasta la habitación del fondo. —¿Y la caja?

—La recogeré después —respondió con la voz enronquecida antes de atrapar sus labios como si quisiera devorarla.

Fueron las dos semanas más maravillosas de su vida. Excepto por un pequeño incidente el día de Nochevieja, pues él no se pudo escapar de la fiesta y ella se enfadó por tener que pasar esa noche sola, el resto de los días fueron maravillosos porque los pasaba prácticamente a su lado. Nunca había sido más feliz que estando allí solos y se preguntaba continuamente qué haría para superarlo cuando tuviera que irse. La prensa no había aparecido después de soltar a Melissa y aunque ninguno lo había mencionado, ambos sabían que debían volver a sus vidas.

El miércoles de la tercera semana estaban sentados en el sofá ante la chimenea abrazados mirando el fuego cuando ella susurró —Has faltado mucho al trabajo.

—Es la suerte de ser el jefe. Puedo escaquearme lo que quiera.

—Philip me ha dicho que tenéis mucho trabajo.

Él suspiró. —Hemos conseguido unos contratos con el gobierno y hay que reestructurar la empresa.

Xana se mordió el labio inferior pensando en cómo sacar el tema. — Yo debería irme. Han pasado casi tres semanas y mi padre ya está trabajando.

Greg tensó la mano que tenía en su cintura, pero no dijo nada y ella cerró los ojos decepcionada. Puede que estuvieran allí solos y aislados del mundo, pero la realidad era que ella seguía siendo inadecuada para él y tenía

un imperio que dirigir a miles de kilómetros de Inglaterra.

Se quedaron en silencio mirando el fuego y Xana no lo soportó más levantándose del sofá. —Voy a llamar a mi padre.

—Nena... —Se volvió esperando que le dijera que la amara y se miraron a los ojos. —Podrías quedarte otra semana.

A Xana le dio un vuelco el corazón y reprimiendo las ganas de llorar, levantó la cabeza con orgullo intentando demostrar que sus palabras no le habían dolido. —Han sido unas vacaciones estupendas, pero debo volver a casa.

Greg se tensó. —Entiendo.

Sin decir nada más fue hasta el dormitorio cogiendo el móvil. Aquella fue la llamada más dura de su vida porque rompería con Greg para siempre. Cuando colgó sintió su presencia tras ella y forzó una sonrisa antes de volverse. —Un helicóptero vendrá a recogerme en una hora a la casa grande.

Él con la cara tallada en piedra asintió. —Recoge tus cosas. Voy a ir cerrando la casa.

Con las manos temblorosas hizo la maleta metiendo toda su ropa nueva y la de su hermana, intentando que el dolor que sentía en su alma no la traicionara. Le entendía. Y él a ella. No eran compatibles para vivir juntos y ambos lo sabían. Xana no era adecuada para ser condesa y él no podía irse a

los Estados Unidos. Además nada de eso se había planteado, así que era absurdo darle vueltas.

Cerró la maleta que estaba a rebosar y miró a su alrededor sabiendo que echaría de menos aquella habitación donde había disfrutado de momentos a solas con él y noches interminables de amor. Escuchó sus pasos acercándose y se puso el abrigo.

—Nena, si queremos llegar a tiempo, tenemos que irnos —dijo él sin mirarla a los ojos.

—Estoy lista.

Greg se acercó a ella y cogió su maleta, pero no se movió. Xana le miró a los ojos y él susurró —Te echaré de menos.

Los ojos de Xana se llenaron de lágrimas. —¿De verdad? Yo a ti también.

—Puedo ir a verte en primavera y... —Al ver la decepción en sus ojos se detuvo. —Al parecer es mala idea.

—Sí, es una idea pésima. —Salió de la habitación antes de que dijera algo que le hiciera más daño como que fuera su amante y salió de la casa sin mirar atrás.

Cuando él se subió al coche, la miró de reojo antes de arrancar, pero afortunadamente no dijo palabra hasta llegar a la casa. Parecía enfadado, pero

Xana no se sentía capaz de hablar.

Aparcó el coche en el garaje y ambos se quedaron sentados allí sin moverse escuchando el sonido del helicóptero que se acercaba. —Tengo que irme.

—¡Pues lárgate de una puta vez!

Asombrada y dolida le miró, pero él se bajó del coche dando un portazo. Temblando salió del coche para ver como entraba en la casa por la puerta lateral sin mirarla siquiera. No se podía creer que se hubiera ido así. Pálida y temblorosa rodeó el coche y sin molestarse en coger su maleta, salió del garaje atravesando la terraza para bajar las escaleras. Miraba sin ver su transporte mientras las lágrimas corrían por sus mejillas y cuando llegó al lado del piloto, cogió su mano para subirse lo más rápidamente posible. Sin poder evitarlo miró hacia la casa. La impresionante mansión se alzaba ante ella y cuando el helicóptero empezó a elevarse, deseó verle de nuevo por última vez. Vio una figura salir al exterior y despedirse con la mano. Julia.

Con los pies apoyados sobre la mesa de su despacho, miraba distraída por el enorme ventanal la ciudad de Nueva York.

Ariel entró sin llamar como siempre y suspiró cerrando la puerta. —

¿Has revisado las previsiones de ventas de esa fábrica de coches?

—Es una ruina —dijo sin moverse—. Prepara los papeles y haz una oferta. No más de cuarenta millones. Tienen deudas que superan su activo.

Su hermana dejó el expediente que tenía en la mano sobre la mesa. — Te he traído una posible inversión en Singapur. Inmobiliaria. Un hotel. —Xana siguió mirando la ventana y Ariel puso los brazos en jarras. —Eh. ¿Qué te ocurre?

—No me ha llamado. Han pasado tres meses y no me ha llamado.

—¿Qué te ha dicho Philip?

Tomó aire bajando los pies de la mesa y cogiendo el expediente. Su hermana la miró preocupada porque últimamente no hacía más que trabajar.

—No hablamos de él.

—¿No te ha dicho nada sobre Greg en tres meses?

—Creo que no quiere verse en medio. Y yo tampoco le he preguntado.

Su hermana la miró fijamente viéndola cerrar el expediente y decir — Ni hablar. Ese mercado está saturado. No quiero un hotel vacío en esa zona.

—De acuerdo. ¿No quieres consultarlo con papá?

—Él me ha puesto al frente de fusiones y adquisiciones durante dos meses. Es mi decisión.

—Has cambiado.

Sorprendida miró los ojos verdes de su hermana. —¿Qué dices? Sigo siendo la misma.

Ariel negó con la cabeza. —Ya no te ríes, ni bromeas. Hasta vistes distinto.

—No voy a venir al edificio Madison en vaqueros.

—Estás más seria y ya no sales a divertirte.

—Mira, ahora sería perfecta para ser condesa. ¿Qué más me traes?

—¿Y es lo que querías? —La miró sin comprender. —Ser condesa, digo.

—No digas tonterías. Me hubiera muerto de aburrimiento en seis meses. Ya viste como eran.

—Está hablando tu orgullo.

Miró sorprendida a su hermana. —Es lo único que me queda después de que no me pidiera que me quedara a su lado, ¿no crees?

Ariel apretó los labios antes de ir hacia la puerta. —Pues entonces esto no te va a gustar. Mamá les ha invitado a pasar una semana en la casa de Maine.

—Sólo viene Philip con Melissa.

—Pues no.

Asombrada se levantó sintiendo que el corazón se le salía del pecho.

—¿Viene Greg?

—Papá le llamó en persona haciéndose el tonto y le dijo que quería hablar de negocios. Sabes lo persuasivo que es papá cuando quiere algo.

—¿Es una broma? —gritó furiosa—. ¡No se tiene que meter en esto!

Caminó hacia la puerta apartando a su hermana para salir de su despacho a toda prisa. Fue hasta el fondo del pasillo donde su secretaria intentó interceptarla. —¡Ahora no!

Abrió la puerta de su padre viendo que estaba reunido con tres de sus abogados. —Dejarnos —dijo Robert levantándose al ver lo furiosa que estaba.

Los abogados salieron a toda prisa y ella cerró de un portazo. —¡Le has llamado!

—Ariel tiene la lengua muy larga.

—¡No pienso ir! Si va él, no iré yo.

—Lo harás. Es una orden de tu jefe.

—¿Es una broma?

—Voy a invertir mucho dinero en su empresa. Vamos a ser socios. Él dirigirá los negocios desde Inglaterra a cambio de acciones de la compañía.

—Se reclinó en su asiento. —He hablado con él y estoy convencido de que es la persona que necesito en Europa. Es trabajador y tiene los contactos necesarios.

—¿Y no hay nadie más? —gritó a los cuatro vientos.

—¡Esto son negocios, Xana! ¡Si quieres dirigir esta empresa, deberás dejar a un lado tus sentimientos!

Xana palideció. —No es justo que digas eso cuando me he deslomado desde los dieciséis años.

Su padre la miró preocupado y se levantó de su sillón. —Hija, es lo mejor para todos. Os dará una oportunidad.

—¡Tú lo que quieres es que vea que estoy embarazada y me pida que me case con él, cuando Greg antes no me consideraba digna de ser su mujer!

—Abrió la puerta saliendo al exterior. —¡Métete en tus asuntos! ¡Dimito!

Robert la miró asombrado siguiéndola afuera. —¿Pero qué dices? —Vio que pulsaba el botón del ascensor. —Alexandra...

—¿Ahora tengo que dejar que entre en mi vida? ¿Por negocios? —Entró en el ascensor pulsando el bajo. —Buena suerte con tu nuevo socio.

—Xana, en la habitación seiscientos cuatro quieren toallas.

Agotada después de seis horas de pie, se volvió mostrando su vientre de cuatro meses bajo su uniforme negro de doncella. —Enseguida se las llevo, señora Wallace.

La mujer sonrió. —Después tómame un descanso de veinte minutos.

—Gracias, señora Wallace.

Cogió cuatro toallas y se dirigió al ascensor deseando llegar a su pequeño apartamento. Al menos debía agradecer a su padre la formación que le había dado, porque gracias a eso podía trabajar en un millón de cosas. Pero en el único sitio donde la habían admitido embarazada había sido en un hotel de la competencia. Se quedaría allí hasta después de dar a luz y entonces buscaría otra cosa mejor. Pero iban a ser unos meses larguísimos. Llegó a la habitación y llamó a la puerta tres veces. Como no le contestaron, sacó su tarjeta y abrió la puerta. —Servicio de habitaciones. Les traigo las toallas.

Entró en el pequeño salón que parecía sin usar pues hasta los cojines estaban en el orden que ella los había colocado y cuando entró en el dormitorio fue directamente hacia el baño. Se detuvo en la puerta al ver que todas las toallas estaban sin usar, pero acostumbrada a las rarezas de los clientes, colocó las que llevaba en su sitio. Al volverse se detuvo en seco al lado del lavabo al ver a Greg con un traje de chaqueta gris mirándola desde la habitación.

—Hola, nena. —No sabía cómo sentirse en ese momento. Había imaginado mil veces que volvían a encontrarse y esa es la única situación que no había pensado. Xana no movió un gesto mirando sus ojos. —He venido...

—No me interesa. —Salió del baño a toda prisa deseando huir lo más rápido posible.

—Me enfureció que prefirieras volver a quedarte a mi lado —dijo rápidamente—. Nena, lo siento.

Incrédula se volvió. —¡No me pediste que me quedara! ¡Ni siquiera me dijiste que me querías ni una maldita vez cuando yo te lo dije mil veces! —gritó desgarrada sin poder evitarlo. Greg palideció dando un paso hacia ella, pero Xana salió corriendo.

—¡Xana!

Afortunadamente el ascensor de servicio estaba allí y se metió a toda prisa viéndole correr hacia ella. —¡Xana, escúchame!

—¡No tengo nada que escuchar de ti! —Las puertas se cerraron antes de que él pudiera evitarlo y Xana suspiró de alivio.

Le dijo a la señora Wallace que no se encontraba bien y al ver lo pálida que estaba, le dio permiso en el acto. Vestida con unos leggins negros y una camiseta que le llegaba a las rodillas, salió del trabajo poniéndose el bolso en bandolera. Caminó hacia el metro a toda prisa pensando en qué hacer.

¿Lo sentía? Pues ella también. Después de que no le pidiera que se quedara a su lado, ya no quería saber nada de él. Que su padre maquinara cómo emparejarlos se la traía floja.

Se subió al metro y se agarró a la barra porque estaba repleto. Se tensó cuando alguien se acercó demasiado a su espalda sin llegar a tocarla. Se le cortó el aliento al sentir el aroma de su after shave. —Me enamoré de ti cuando escuché tu risa al otro lado de la pared y me acerqué para ver a una descarada que se me insinuó apenas dos minutos después. Me vuelve loco todo de ti y no he podido dejar de escuchar esa risa desde que te conozco. Te busqué cuando desapareciste porque estaba enfermo de preocupación y me enfadé el día que abandonaste la finca porque no me dijiste que me querías y que deseabas quedarte conmigo más que nada en el mundo. Soy un estúpido que ha perdido a la única mujer que ha amado por orgullo, pero te juro mi amor que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para recuperarte.

Xana ni se dio cuenta de que estaba llorando hasta que una mujer la miró preocupada. Avergonzada agachó la cabeza secándose las lágrimas. —Solo me quieres por los negocios con mi padre. Que estés aquí lo confirma. No era apropiada para estar contigo y ahora aún menos.

—No hay nadie más apropiada que tú, porque eres la mujer que quiero a mi lado.

Xana se mordió el labio inferior negándose a creerle, aunque era lo

que más deseaba del mundo. —Nena, por favor mírame.

—Esto se ha acabado—susurró saliendo del metro a toda prisa.

Greg, sintiendo su dolor, vio como corría por el andén huyendo de él. —No te des por vencido, chato —dijo una adolescente que estaba a su lado—. Esa chica te quiere. —Miró a su alrededor y vio que varios asintieron. — Además está el bebé. Debes cuidar de ella.

—¿El bebé? —Confundido miró a la chica. —¿Qué bebé?

La desconocida levantó una de sus cejas negras y Greg palideció yendo hacia la puerta que se cerraba en ese momento consiguiendo salir por los pelos.

—¡Te digo que le darás un disgusto a mamá como no vengas! ¡Ella no tiene la culpa de que papá metiera las narices donde nadie le llamaba!

Suspiró sentándose en el sofá mientras su hermana paseaba por su pequeño salón de un lado a otro. Le iba a desgastar la alfombra. —Estoy cansada. He tenido un turno de doce horas y no quiero hablar de esto.

—Por Dios, ¿qué haces trabajando para la competencia? ¡Papá está al borde del infarto! ¿Quieres entrar en razón de una maldita vez? ¡Estás embarazada de cuatro meses y se te empieza a notar! ¡No necesitas turnos de

doce horas! ¡Necesitas a tu familia y llevas un mes casi desaparecida! Mamá no habla a papá. ¡Ni yo le hablo! ¡Y como no vengas mañana a la casa de Maine, tampoco te hablaré a ti! —Se volvió para verla mirando el suelo con las manos sobre las rodillas como si no hubiera escuchado una palabra. Preocupada se sentó a su lado. —¿Qué te ocurre? ¿No te encuentras bien?

—Ayer vi a Greg

La cara de sorpresa de su hermana indicaba que no tenía ni idea. —
¿Dónde?

—En el hotel.

—Por tu cara deduzco que no lo habéis arreglado.

—Me dijo que me quería y que quería recuperarme.

—¡Eso es estupendo!

—¿Por qué ahora? ¿Por los negocios de papá? ¿Antes no era la mujer adecuada para él y ahora sí? —Gimió pasándose las manos por las sienes. —
¡No puedo creerle!

En ese momento llamaron a la puerta y su hermana al ver que no se movía fue a abrir. Sorprendidas vieron como Philip con su habitual sonrisa en la cara entraba en su casa. —¿Qué haces aquí? —preguntó mirándole con desconfianza.

—¡Vaya! No me esperaba ese recibimiento.

Se echó a llorar tapándose la cara con las manos y su amigo se sentó a su lado abrazándola. —Al parecer no me lo has contado todo en estos meses.

—Lo siento.

—¿Qué sientes? ¿Haberme mentido o haber rechazado al padre de tu hijo y al hombre que amas?

—Él no me quiere.

—Te quiere más que a nada en este mundo. —Se le cortó el aliento y miró los ojos negros de su amigo.

—Mientes.

—¿Te he mentido alguna vez? No quería venir, pero él me ha obligado.

—Así que estás aquí por él.

—Quiere convertirme en conde. ¿Te lo puedes creer? —La cara de horror de su amigo fue de risa. —Tenía que venir de inmediato para que lo impidieras. —Sin comprender lo que quería decir, vio cómo se levantaba. — En este momento está reunido con sus abogados para renunciar a su título en mi nombre, convencido de que eso te demostrará que sí que te quiere.

—Eso no hará que vuelva con él.

Los dos se quedaron de piedra al escucharla. —Va a renunciar a todo por ti —dijo su hermana atónita.

—¿Qué más quieres que haga mi hermano para convencerte de que te

quiere?

—Convertirme en condesa —dijo como si fueran idiotas—. ¡A mí, a la imperfecta y poco adecuada americana que tiene la boca demasiado grande! ¡Me ha pedido perdón, pero no me ha pedido que me case con él! Solo ha dicho que quiere recuperarme. ¿Para qué? ¿Para volver a empezar? No, gracias. ¡Qué renuncie al título demuestra que no me cree capaz de hacerlo y que sigue pensando que nunca estaré a la altura! ¡Y lo que debe pasar, es que le de igual si estoy a la altura o no!

—Voy a llamar a Greg antes de que me arruine la vida —dijo Philip levantándose a toda prisa.

—¡No le digas nada!

—Sí, claro.

Sacó su móvil sin hacerle caso y ella se levantó para intentar arrebatárselo, sintiendo una vergüenza enorme por haber mostrado lo que quería. Philip fue más rápido y le apuntó con el dedo. —¡Hablo en serio! ¡Tiene que salir de él!

En ese momento llamaron a la puerta con tres fuertes golpes y los tres se la quedaron mirando con sorpresa. —Xana, abre la puerta. ¡Sé que estás en casa!

Philip gimió. —¡Ya ha firmado los papeles! —La fulminó con la

mirada. —¡Me has jodido bien!

—¿Yo?

—¡Si fueras sincera con el hombre que quieres, esto no habría pasado!

—¿Philip? ¿Eres tú? ¡Abre la maldita puerta! —gritó su hermano al otro lado.

Ariel se adelantó abriendo ella misma y Greg entró furioso mirándola como si quisiera matarla. Xana levantó las cejas sorprendida por su actitud después de lo romántico que estuvo el día anterior. —¡Tú... tú me has hecho dudar de todo!

—¿Yo? —No salía de su asombro.

—¡Llegas a mi casa con esos pantaloncitos que apenas te cubrían el trasero insinuándote cada dos por tres! ¡Me vuelves loco durante meses y remuevo cielo y tierra para encontrarte! ¡Eres muy desagradecida!

—¿Yo? —Miró a Philip que hizo una mueca.

—¡Mírame! —Le miró a los ojos. —¡Para colmo después de pasar esas semanas juntos, dices que tienes trabajo y no quieres quedarte otra semana conmigo! ¡No sabía cómo hacer que te dieras cuenta de que éramos el uno para el otro y me rechazas!

—¡No me pediste que me quedara!

—¡Dijiste que me querías! —le gritó provocándole un vuelco al

corazón al sentir su dolor—. ¡Si me querías, debías haberme dicho que querías estar conmigo! ¡Tú siempre demuestras lo que sientes y en ese momento no me dijiste nada! ¡Creí que querías irte! Dijiste que nos divertiríamos, pero yo solo esperaba que me quisieras tanto que renunciaras a todo por mí, como me dijo ella que harías si me querías de verdad.

Asombrada miró a Ariel, que se sonrojó intensamente. —¿Quién me manda a mi abrir la boca?

—¡Entonces él me dijo que te encontraba rara! —Señaló a su hermano que también se sonrojó. —¡Y tuve la esperanza de que me echaras de menos, aunque fuera un poco! ¡Por eso hablé con tu padre! ¡Porque si creías que había un nexo de unión entre nosotros, puede que te dieras cuenta de que podíamos estar juntos! —Se pasó una mano por el cabello. —Pero eres impulsiva y muy cabezota y renunciaste al trabajo. ¡Eso me hizo decidirme a venir!

—¿Por qué?

—Porque si estabas tan dolida para ni querer trabajar con tu padre después de que hablara conmigo, es que me querías y me di cuenta de que había hecho mal al no pedirte que te quedaras conmigo. Como dijiste en el metro, también fue culpa mía porque no te pedí que te quedaras y porque no te dije que te amaba.

—Eso nos ha quedado claro a todos. ¿Quieres ir al grano? —preguntó

Ariel a la expectativa.

—¡Ariel, cierra la boca! —dijo Xana impaciente dando un paso hacia él—. Continúa.

—He estado a punto de renunciar a todo por ti, pero me he dado cuenta de que... —Apretó los labios como si estuviera midiendo sus palabras. —Sé que odias que sea conde, pero tendrás que fastidiarte.

—¿Perdón?

—Es mi vida. ¡He nacido así y tú tendrás que acostumbrarte! ¡Está decidido!

A Xana se le cortó el aliento. —¿Acostumbrarme?

—A las cenas aburridas, al mausoleo, a nuestro comportamiento anticuado. A todo. —La miró con amor. —Pero sobre todo a mí, nena. Porque no puedo vivir sin ti.

Xana sonrió viendo como arrodillaba una pierna y Ariel jadeó tapándose la boca. Él metió la mano en el bolsillo interior de su traje y mirándola a los ojos dijo —Alexandra Madison. Eres la mujer que más me hacer reír, sufrir y a la que amo más que nada en la vida. ¿Quieres convertirte en mi Condesa para aburrirte mortalmente a mi lado? Una vez me dijiste que te necesitaba y tienes toda la razón. Dime que sí, nena.

Xana emocionada asintió antes de decir —Sí. Seré tu condesa e

intentaré alegrar tu vida. —Philip al igual que Ariel se alegraron muchísimo, pero ella solo miraba sus ojos mientras se levantaba. —¿Estás seguro de que quieres que sea tu esposa?

—Te aseguro que nunca he estado más convencido de algo en mi vida.

La cogió por la cintura pegándola a él y Xana levantó la mano para abrazar su cuello viendo algo en su mano. Asombrada miró el anillo que tenía en su dedo. Una esmeralda enorme de al menos cinco quilates. —¡Madre mía, qué exageración!

Greg se echó a reír pegándola a él y Xana sonrió abrazándole. —Te quiero.

—Nena, tienes algo que contarme, ¿verdad?

—¿Qué eres el hombre de mi vida y que te amo?

Él la besó suavemente en los labios. —No me refería a eso y lo sabes.

Le miró a los ojos demostrando todo lo que le amaba. —No se llamará Gregory.

Greg riendo la abrazó a él y susurró contra su oído —Ya veremos.

Epílogo

Sonrió al ver a su marido al lado de su cama con su bebé en brazos. Cada día la sorprendía más porque sin darse cuenta iba cambiando poco a poco y ya no era tan estirado.

—Todavía no me puedo creer que le dijeras eso a la doctora. —Xana se echó a reír mientras su marido gruñía.

—¡Me dijiste que era un niño!

—¡Yo nunca te dije eso!

—¡Dijiste que no se llamaría Gregory!

—Y no se llamará Gregory. —Se rió sin poder evitarlo al ver su cara de indignación.

—¡Se ha pintado su habitación de azul!

—¡Me preguntaste si me gustaba el color y me gusta! ¡Nunca te he

dicho que era un varón! Tú llegaste a esa conclusión. Casi me muero de la risa cuando la doctora me puso a la niña en brazos y pálido le dijiste que había perdido algo por el camino. —Las carcajadas se escucharon en toda la planta del hospital de Londres donde estaba ingresada. —Tengo que llamar a Ariel para contárselo.

—Cuéntale también como por cabezota y por no decirme que estabas de parto, casi das a luz ante los príncipes de Gales.

—Ella estaba de lo más preocupada. Es majísima.

En ese momento llamaron a la puerta y Philip asomó la cabeza. —¿Se puede?

—Pasa hermano —dijo Greg orgulloso—. Te presento a Lady Mary Anne Huntley.

Su hermano parpadeó confundido entrando a la habitación. Cuando miró a su alrededor como si buscara a alguien, Xana no lo pudo evitar riendo a carcajadas. —Estoy deseando ver la cara de Julia.

Philip lo entendió y miró a la niña con asombro. —¡No!

—Mi mujer tiene mucho sentido del humor. —Greg la miró con amor y ella le guiñó un ojo.

—¡Le he comprado un coche de paseo que lleva su nombre bordado!

—Dije que no se llamaría Gregory. ¿Es que nunca me hacéis caso?

—Puedes guardarlo para el siguiente, nena. —Su marido sonrió a la niña. —Ven, ¿a que es lo más bonito que has visto nunca?

Philip se acercó rápidamente. —¡Es morena!

—Bueno, eso está por ver —dijo Greg—. Pero parece que sí, ¿verdad?

—Cariño, es morena. Tiene una mata de pelo que no había visto nunca en un bebé. —Con los ojos como platos miró a su amigo. —Casi puedo hacerle trenzas.

Philip se echó a reír a carcajadas mientras Greg sonreía encantado.

—Déjame coger a mi sobrina.

Greg se la pasó con cuidado advirtiéndole de mil cosas como de que cogiera la cabecita con cuidado. En ese momento se abrió la puerta y Julia entró en la habitación agitada cargada de regalos. Su marido se sentó a su lado mientras ella sonreía maliciosa.

—Oh, no he llegado a tiempo... —Se acercó impaciente y chilló de la alegría —¡Qué sobrino más guapo tengo!

Greg carraspeó. —Tía...

—Y es muy grande. Ya verás cuando le vean mis amigas. Se van a morir de la envidia. Espero que le valgan los trajecitos que le he comprado, parece muy grande. —Extendió los brazos. —Déjame cogerlo, Philip. No seas

acaparador.

Philip levantó una ceja. —¡Si acabo de llegar!

—¡Suéltale antes de que te salte al cuello! ¡Dame a mi Gregory!

—No se llama Gregory. —Xana sonrió de oreja a oreja. —Es Anne.

La tía con los brazos extendidos, la miró como si hubiera dejado caer la bomba del siglo antes de mirar a su sobrino. —No es broma, ¿verdad?

—Siento todo lo que has bordado tía, pero ella dijo que no se llamaría Gregory y era verdad.

—¡Serás bruja! —gritó la tía sorprendiendo a sus sobrinos—. ¡Sabías que estaba bordando sus sábanas! ¡Hasta he bordado sus trajecitos con sus iniciales!

Xana sonrió de oreja a oreja. —Dije que no se llamaría Gregory. Nunca me haces caso.

—Puedes guardar esos trajecitos para el siguiente. Seguro que será niño. —Greg intentó tranquilizar a su tía. —¿Por qué no coges a la niña?

Mosqueada estiró los brazos de nuevo y Philip se la pasó en el acto como si fuera una sargento. —Aquí tienes.

Julia miró a la niña y sonrió. —¡Es igualita que tú, Greg!

—¿Él tenía esas greñas? —preguntó Xana divertida.

—¡No son greñas! Oh por Dios, eres imposible.

—Gracias.

Su marido se echó a reír pasando un brazo al otro lado de su cuerpo.

—¿Cuándo vas a dejar de provocarla?

—Cuando estire la pata.

Julia disimuló una sonrisa mirando a la niña.

Greg la miró con amor y ella acarició su mejilla. —¿Estás contento?

—Nunca podía imaginar que mi vida sería tan feliz. Y es gracias a ti.

—Te amo, mi conde. Me alegro de haberte cazado.

—Es que eres irresistible, condesa.

—Pues eso será ahora, porque al principio... Por cierto. —Abrazó su cuello atrayéndole a ella. —¿Cuándo vas a seguir con las lecciones para salir del laberinto? La última vez casi conseguí salir sin que me atraparas.

—Nena, que acabas de dar a luz.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que tiene entre sus éxitos “Vilox” o “No me amas como quiero”. Próximamente publicará “Lady Emily” y “A sus órdenes”.

Si quieres conocer todas sus obras publicadas en formato Kindle, solo tienes que escribir su nombre en el buscador de Amazon. Tienes más de noventa para elegir.

También puedes seguir sus novedades a través de Facebook.